

Archivo General de la Nación

ALMA DOMINICANA

FEDERICO GARCÍA GODOY



Colección Juvenil, Vol. XI

ALMA DOMINICANA

Archivo General de la Nación
Colección Juvenil
Volumen XI

Federico García Godoy

ALMA DOMINICANA

Santo Domingo, R. D.
2018

Archivo General de la Nación
Colección Juvenil, volumen XI
Título: *Alma dominicana*
Autor: Federico García Godoy

Cuidado de la edición y corrección:
Área de Publicaciones

Diagramación y diseño de portada:
Harold Frías Maggiolo

Motivo de cubierta: de izquierda a derecha Pedro Antonio Pimentel,
Gregorio Luperón, Ulises Francisco Espaillat, José Antonio Salcedo (*Pepillo*).
Fuente: Personajes Restauración dominicana, en <https://elnuevodiario.com.do/los-rostros-la-restauracion-la-republica/>

Primera edición: Imprenta Cuna de América, 1912

De esta edición
© Archivo General de la Nación (vol. XI)
Departamento de Investigación y Divulgación
Área de Publicaciones
Calle Modesto Díaz, núm. 2, Zona Universitaria,
Santo Domingo, República Dominicana
Tel. 809-362-1111, Fax. 809-362-1110
www.agn.gov.do

ISBN: 978-9945-9131-1-8

Impresión: Editora Búho, S.R.L.

Impreso en República Dominicana / Printed in the Dominican Republic

Índice

Presentación. <i>Roberto Cassá</i>	9
Prólogo. <i>Armando Cordero</i>	21
Página preliminar	23

PRIMERA PARTE

La Bandera

I	37
II	41
III	45
IV	51
V	55

SEGUNDA PARTE

La Anexión

I	61
II	65
III	71
IV	75
V	79
VI	83

TERCERA PARTE

Santiago de los Caballeros

I	91
II	95
III	101
IV	105
V	109

CUARTA PARTE

Camino del triunfo

I	115
II	121
III	125
IV	129
V	135

SELECCIÓN DE CARTAS

.....	141
-------	-----

PRESENTACIÓN

La aparición de *Alma dominicana*, en 1912, se insertó en la intención de Federico García Godoy de preparar una serie de relatos novelados, que designó como Trilogía Patriótica. El proyecto surgió tras la publicación de la primera entrega, *Rufinito*, en 1908. Pasaron cuatro años entre la aparición de *Rufinito* y la de *Alma dominicana*, señal de las exigencias que se autoimpuso para llenar el cometido pedagógico de contribuir al desarrollo de la conciencia nacional. *Rufinito* tuvo repercusiones inmediatas, lo que acentuó el compromiso del autor por lograr una siguiente entrega que respondiera a las expectativas. Como lo registró Pedro Henríquez Ureña, esa obra llenaba la demanda de que la historia dominicana se hiciera asequible a un amplio público gracias a una aproximación novelada.

En aquellos tiempos, agregó García Godoy, se imponía la incorporación de la enseñanza del ideario nacional como contenido crucial del sistema de educación. Proponía que un nacionalismo cívico le diera cuerpo al conjunto del programa en el nivel básico. Había que traer a colación los momentos estelares en que se había formado la nacionalidad desde 1844. El heroísmo de los próceres debería ser el principal motivo de inspiración para tales propósitos.

La Trilogía Patriótica fue concebida como una sucesión de momentos que tuvieron por efecto cuajar entre los dominicanos el ideal nacional. Delimitó el espacio temporal al transcurrido



Federico García Godoy.

entre mediados de 1844, inmediatamente después de la fundación del Estado dominicano, y julio de 1865, con la definitiva ratificación de su existencia tras una guerra de veintitrés meses. Visualiza en esos años la etapa estratégica en que se forjó la nacionalidad. Pedro Henríquez Ureña, en memorable intercambio de correspondencia con el autor de estos textos, corrigió un tanto la apreciación, al proponer que, en realidad, la consolidación de la intelección de la conciencia nacional se había producido a raíz de la caída del cuarto gobierno de Buenaventura Báez, propiciador del fallido proyecto de anexión a Estados Unidos, a finales de 1873.

La intención pedagógica de la trilogía no radicaba únicamente en transmitir lo acontecido, sino, sobre todo, en derivar consecuencias políticas y morales. Fue ese imperativo el que definió los perfiles literarios de los tres libros. No son estrictamente novelas, como se encargó de aclarar García Godoy, posiblemente por dos de sus componentes básicos. El primero, la pretensión de veracidad absoluta de los hechos narrados, lo que se apartaba de uno de los fundamentos de la novela, la ficción. Pero el formato asumido tampoco se adecuaba al discurso histórico. Aunque basado en hechos reales, contenía un margen de recreación literaria del entorno natural y social y de la subjetividad de los personajes. Buscaba tornar atractivo el conocimiento de lo acontecido, gracias a un relato centrado en personajes anónimos. El segundo componente diferenciador era que el tipo de texto adoptado permitía, a diferencia de la novela en su vertiente más común, la exposición sistemática acerca de la naturaleza de los procesos, propia del texto historiográfico. En consecuencia, en las tres obras se superponen explicaciones históricas al hilo central de los hechos traídos a colación.

Este mismo propósito pragmático experimentó una maduración entre la primera y la segunda de las obras. En *Alma dominicana* la convocatoria a la propagación de la conciencia

nacional se particulariza en la advertencia del peligro representado por el imperialismo norteamericano. Tomaba nota de que, entre 1908 y 1912, se había asistido a la consolidación de un régimen de tutela de Estados Unidos sobre el Estado dominicano, primero a través de la Receptoría de Aduanas y luego de intromisiones directas en los asuntos políticos del país, además del incremento de las inversiones directas en la industria azucarera. Tal objetivo no podía expresarse en los hechos narrados en *Alma dominicana*, por haber transcurrido entre 1861 y 1863, época de la Anexión de la República al Reino de España, mucho antes del avance alarmante de los estadounidenses. Por ello, García Godoy optó por insertar una «Página preliminar», destinada a enfocar ese problema.

La «Página preliminar» de *Alma dominicana* es el fragmento más denso de toda la trilogía. Llamaba en él a cuestionar el pesimismo que se había apoderado de muchos a causa de la expansión del imperialismo. Esto podría contrarrestarse sobre la base del conocimiento de la historia propia, que permitía descartar así supuestos basados en factores adversos que pretendidamente tornaban inviable la autodeterminación nacional, como la escasez de población y la pequeñez geográfica del país. Como tesis central para afirmar la nacionalidad, García Godoy propone la existencia de una «personalidad nacional». Pero no se limita a la enunciación interpretativa, sino que llama al combate por su integridad ante el imperialismo: «Ese espíritu, cuando como sucede en el pueblo dominicano está ya en gran parte formado, cuando ha adquirido la relativa consistencia que sólo puede darle una serie de hechos convergentes realizados en un determinado período de tiempo, se resiste enérgicamente a morir, no deja que impunemente se la arranque lo que constituye su timbre más alto de orgullo ante el mundo y ante la historia».

Tal «personalidad» deriva de un componente crucial del cuerpo de ideas del autor: la adopción de las propuestas del escritor uruguayo José Enrique Rodó acerca de un trasfondo

latino en la cultura de Hispanoamérica, contrapuesto con el anglosajón de Estados Unidos. El legado latino implica un idealismo ético que pugna por realizaciones del espíritu, a diferencia del materialismo utilitario de Estados Unidos, centrado en aspectos económicos.

Esto implicaba, en primer término, la recuperación de la cultura de España. Había llegado la hora de superar los rencores hacia la Madre Patria, en aras de la concertación de un movimiento de nuevo tipo sustentado en la idea de la «solidaridad étnica», que implicaba «una gradual comunidad de aspiraciones y de intereses, cada vez más precisas y definidas como la manera más adecuada de realizar determinadas finalidades de común adelanto y alzar pujante valladar a la marcha invasora del imperialismo norteamericano».

Alrededor de esa propuesta subyace el contenido de este libro, que se desarrolla a partir del sustrato cultural del colectivo dominicano, que lo define en todos los órdenes. Los términos utilizados resultan intercambiables. El trasfondo latino propugnado por Rodó se rehace en esta obra en un «alma» que denota la esencia recompuesta de lo hispánico. Se infiere que, fruto de las circunstancias históricas del pueblo dominicano, el alma española se ha redefinido como «alma dominicana», concepto que elocuentemente queda como título del libro.

Como parte de su elaboración, sostiene que esa «alma nacional», derivada de la española, fue modificada por la intervención de elementos étnicos distintos. Aquí se presenta un grave problema para la interpretación, porque, en definitiva, afirmaba que las desventuras de la comunidad dominicana se habían debido a la disminución de los componentes hispanos que definían la perpetuación de una personalidad colectiva. Sería materia de evaluación el alcance de racismo en esta afirmación. Pero el problema principal radica en la hostilidad declarada hacia la química cultural criolla. García Godoy enaltece al pueblo sólo en la medida en que ha conservado en lo esencial el alma española, y lo cuestiona precisamente en la

medida en que se ha apartado de ese condicionamiento ontológico. Es fácil inferir que el componente no racional, instintivo, que achaca a los dominicanos, equivalente al «bárbaro» de otra terminología, se desprende de la mezcla de esos ingredientes étnicos «exógenos», visualizados como generadores incesantes de inferioridad. De ahí que la acción del pueblo como agente de la guerra nacional conllevaba el germen de los males canalizados y capitalizados por el personalismo de los políticos.

Esas características contradictorias de las elaboraciones de García Godoy se encuentran explícitas en los fragmentos explicativos que intercala a lo largo de las narraciones. Las cualidades psicológicas de los dominicanos no eran sino derivación de una mezcla de razas, en términos somáticos. Así lo expresa sin ambages: «Todas las cualidades buenas o malas que poseía debidas a la mezcla, bajo el ardiente sol tropical, de la sangre española con gotas más o menos numerosas de la sangre africana, gradualmente, por un proceso natural de expansión íbanse poniendo de bulto y dando de sí las naturales consecuencias». El atributo de los jefes insurgentes no era otro que una impulsividad que degeneraba en «fermentos de un caudillaje desapoderado y estulto». El individualismo, la fe ciega o la salvaje fiereza daban por resultado al heroísmo, pero también podían conducir a un caudillaje ignorante, violento y desordenado.

La postura hispanista de García Godoy no era aislada. Emiliano Tejera había comenzado ese movimiento bastante antes, al elogiar la capacidad auspiciosa del orden colonial español para integrar a todos los sectores étnicos en torno a la trascendencia religiosa. Se operaba un giro tradicionalista dentro del liberalismo, no exento de cierto trasfondo conservador. Américo Lugo culminó ese giro al postular la superioridad moral e intelectual de la cultura española sobre la estadounidense, como atributo del pueblo dominicano. No por casualidad Tejera y Lugo fueron pilares del movimiento nacionalista contra la ocupación militar estadounidense, y tampoco fue un hecho

aislado que García Godoy escribiera, en el mismo 1916, inmediatamente después de la invasión de la Infantería de Marina de Estados Unidos, *El derrumbe*, obra de denuncia y de recapitulación sobre los sentidos de la historia dominicana.

Los tres pensadores aceptaban la validez de la emancipación de Hispanoamérica en el siglo XIX, pero, como acentuó García Godoy, afirmaban una comunidad espiritual al indicar que «nuestra alma continúa íntimamente influida por la herencia espiritual que informa muchos aspectos de la vida social hispanoamericana».

Ese pasado de gloria había sido opacado por la acción disolvente del «personalismo», concepto con el que aludía al tipo de acción de los políticos profesionales que habían detentado el protagonismo de los asuntos de poder desde la fundación de la República. Las consecuencias nefastas de semejante personalismo, comportamiento diametralmente contrario al nacionalismo ético, hicieron posibles la Anexión de 1861 y la intromisión del imperialismo décadas después.

La recuperación del hispanismo idealista de Rodó venía en mayor medida a colación por el hecho de que las páginas de *Alma dominicana* se desarrollan a partir del retorno a la soberanía española decretado por Pedro Santana y su camarilla el 18 de marzo de 1861. Estaba en juego hacer compatibles el repudio al anexionismo colonialista de Santana y la reivindicación de la herencia hispánica como único trasfondo espiritual para generar una compactación nacional, susceptible de resistir la embestida del imperialismo.

La Anexión supuso la imposición de una potencia dotada de un ejército formidable sobre un pueblo pobre y exhausto, tras guerras contra Haití y desavenencias personalistas intestinas. Explica la Anexión como un producto del personalismo de los políticos, es decir, sitúa su génesis en los sectores dirigentes. Establece la interdependencia entre la falta de fe en la nación característica de esa clase y la acción de una camarilla dirigente constituida alrededor de Santana con vistas a

permanecer indefinidamente en el poder a la sombra de los nuevos amos. En lo primero interactuaban factores como el peligro haitiano, la pobreza del país, su pequeño tamaño y la falta de condiciones del pueblo para la vida democrática. En cuanto a lo segundo, en uno de los párrafos explicativos que intercala con la narración de los hechos aclara el móvil de Santana: «La obra anexionista no era, en ningún caso, producto reflexivo y espontáneo del pueblo dominicano sino la cristalización de un propósito largamente acariciado por el caudillo y principales corifeos de un bando político entronizado en el poder por la fuerza...».

La falta de fe en la solución de los problemas se había extendido a los sectores populares, que además eran afectos a Santana. García Godoy registra la empatía inicial de muchos del común con los españoles recién llegados, que atribuye al sentido de comunidad con España. Interveníá asimismo cierta ilusión en los beneficios materiales que podría conllevar el nuevo régimen español. «Ese sentimiento de simpatía tiene su recóndito origen en la afinidad étnica, permanente, indestructible, existente ayer como hoy entre el alma dominicana y la vieja alma española, la vieja alma hecha de heroísmo y de gloria, que aunque algo atenuada o modificada en nosotros por la injerencia o mezcla de otros elementos étnicos, aún conserva en Santo Domingo todos sus más nobles y excelsos atributos...».

Encontró como acción definidora de la guerra nacional la capacidad de resistencia en la población humilde, la más afectada por las exacciones del nuevo orden colonial. La tesis del protagonismo popular en la guerra restauradora había sido expuesta por Alejandro Angulo Guridi, quien tuvo la oportunidad de ser testigo de muchos de los eventos narrados en este libro. La todavía escasa literatura historiográfica sobre el tema había puesto el énfasis en la historia militar, obviando la consideración social, que es precisamente lo que acomete García Godoy.

La pretensión de situar al pueblo como protagonista del relato se concreta por medio del principal personaje, Perico Antúnez, un campesino joven de las cercanías de Santiago, por definición perteneciente al prototipo del sector social vinculado al cultivo del tabaco. Su padre, Juan Antúnez, se había identificado con la existencia independiente desde el primer momento por efecto de la animadversión a los haitianos. El hijo hereda ese rechazo y lo traslada a los «blancos» traídos por Santana.

La trama de la obra se divide en tres episodios, separados tajantemente entre sí. El primero fue con motivo de la novedad insólita de otra bandera en la fortaleza San Luis, en marzo de 1861; el segundo trata el conato de sublevación el 24 de febrero de 1863, y el último el ingreso de los insurgentes mambises a Santiago en los primeros días de septiembre de 1863. En todo momento Perico Antúnez se encuentra en el centro de la trama. Queda descrito inicialmente como un sujeto rural más, de mentalidad rústica, amante de los fandangos, imposibilitado por su escasa educación a formarse criterios racionales sobre las cosas. Con el tiempo adquiere mayor capacidad, gracias a que había recibido un mínimo de instrucción elemental en la ciudad.

A través de él se canaliza el pueblo como sujeto colectivo. García Godoy asevera la tesis de que la Restauración fue posible porque un sinnúmero de hombres humildes no pusieron cuidado a los asuntos materiales y decidieron correr todos los riesgos para reponer la soberanía nacional. El ideal de patria libre ya había echado raíces, a su juicio, en el «alma popular». Los insurgentes triunfaron porque no perdieron la fe en su ideal. Pero la percepción era prerracional, instintiva, derivada de una cosmovisión cultural particular de la masa, bien diferenciada de la de los sectores urbanos instruidos: «Entre esa clase inculta, resuelta y fiera, y el régimen colonial recientemente implantado no hubo desde el principio avenencia más o menos cordial y duradera. Con rápida intuición de la realidad, el sentir popular comprendió desde

muy temprano, casi por instinto, sin poder razonar sino muy confusamente su propio pensamiento, que el régimen colonial fracasaría sin remisión en plazo más o menos dilatado».

En el comportamiento de esa «clase inculta» no intervino únicamente un apego deliberado a la independencia, sino el contraste que supuso el nuevo orden colonial con el estilo de vida libre asociado a la existencia del Estado nacional. España impuso un régimen burocrático que lesionaba usos consuetudinarios. Y en vez de atenuarlo con concesiones, procedió a reforzarlo con medidas represivas que denotaban un irrespeto a los usos y costumbres de los dominicanos en su conjunto. La agresión a la masonería por los clérigos llegados de la península fue una de las tantas actitudes que de inmediato chocaron con un repudio generalizado.

Ese choque de ideas y de estilos de vida contribuyó a que porciones de personas instruidas, cuidadosas de sus conveniencias materiales, terminaran sumándose a la empresa patriótica, como se puso de manifiesto el 24 de febrero de 1863. Esa jornada se inició con una protesta callejera espontánea de los de abajo, pero de tal calibre que arrastró a los integrantes del ayuntamiento y a otros personajes distinguidos de la ciudad, mencionados por sus nombres, como se hizo tónica en estos relatos. El desarrollo de ese episodio es reconstruido con minuciosidad, de forma que sus claves se tornen comprensibles en el propio desenvolvimiento de los hechos. Por ejemplo, asevera que los sucesos de ese día no tuvieron mayores consecuencias por falta de tiempo para que el tumulto espontáneo de los de abajo fuese canalizado por los burgueses competentes agrupados en el ayuntamiento, como Pablo Pujol y Alfredo Detjeen.

Además de explicar las raíces de los procesos, en este libro se busca recrear, a través de personajes y episodios, planos no presentes en el típico discurso histórico. La psicología popular es uno de ellos, como la religiosidad devota de las mujeres y la afición por los lances de los hombres. Santiago de los Caballeros

es objeto de una minuciosa descripción, que traspasa el momento de los hechos para remontarse a costumbres ancestrales.

En otras palabras, no se describe *per se*, con una perspectiva costumbrista, sino para dar cuenta hasta el mínimo detalle de cómo transcurrieron las cosas, única forma de tornar la exposición como ajustada a la verdad y a la capacidad explicativa. En cierto aspecto este libro condensa una perspectiva de larga duración de la historia de la ciudad, pero en ella se intercalan criterios no verificables recogidos de la tradición. Sólo a partir de 1844, por medio de Perico y de los otros personajes, es que este retrato localista empieza a ganar verosimilitud, precisamente cuando García Godoy estuvo en condiciones de interrogar a protagonistas. Y concluye con que el comportamiento heroico de la ciudadanía de la capital provisional de la República en los dos años de guerra contra España constituyó el hecho de mayores dimensiones de toda la historia dominicana.

Perico Antúñez, como personaje principal, sintetiza los móviles del pueblo al lanzarse en contra del régimen español. Aunque obró como un patriota, en él subyacía el mal de raíz étnica. Fue depurándose como efecto de la toma de conciencia nacional en medio del debate. Escaló a una posición de jefatura en la marcha iniciada el 16 de agosto de 1863 en la frontera y que culminó con la expulsión de los españoles de Santiago y de toda la región del Cibao, con excepción de Puerto Plata. El relato concluye con la muerte de Antúñez en combate, a inicios de septiembre, después de ganar el rango de coronel y de fungir como asistente del jefe de los rebeldes, el general Gaspar Polanco.

Puede leerse la desaparición de Antúñez como procedimiento de ruptura de lo que ocurrió hasta agosto de 1863, es decir, la Anexión, y lo que vendría inmediatamente después, la prolongada guerra nacional, en la que aparecería un héroe de nuevo corte, Fonso Ortiz, el personaje central de *Guanuma*. Esta segunda entrega de la trilogía se desenvuelve, así, entre

dos realidades distintas, dos momentos en la evolución de la conciencia nacional, a manera de bisagra, entre la ruptura con Haití y la lucha contra España.

A pesar de sus limitaciones literarias y de la interferencia de tesis discutibles o incluso insostenibles, *Alma dominicana* y las otras dos obras que componen la trilogía llenaron un vacío perceptible. Había escasos antecedentes al respecto, como *El montero* y *Engracia y Antoñita*, y fue sólo en los años iniciales del siglo xx cuando comenzó a germinar una novelística dirigida a recuperar lo propio. Deliberadamente García Godoy se apartaba de lo que él mismo calificaba de «exotismo», que encontraba su motivo de inspiración en otros contornos geográficos y temporales. Contribuyó así, por encima de imperfecciones literarias y contradicciones intrínsecas, a la gestación de esa literatura nacional que reclamaba para la consecución de la calidad y la utilidad social de los textos.

La obra de García Godoy constituye un patrimonio cultural inapreciable de los dominicanos, de consistencia intelectual y moral y, por consiguiente, con notable capacidad de reciclaje de su vigencia a lo largo del tiempo.

La publicación de la Trilogía Patriótica culmina la tarea asumida por el Archivo General de la Nación de poner al alcance de los lectores todo lo disponible escrito por Federico García Godoy. La recopilación hecha por Andrés Blanco, *Obras casi completas*, en seis tomos, comprende libros de crítica literaria, reseñas, ensayos históricos, artículos políticos y correspondencias con destacados intelectuales. Después de los tres tomos de la trilogía quedará poco pendiente, sobre todo artículos y reseñas todavía no localizados en revistas de otros países.

ROBERTO CASSÁ

PRÓLOGO*

Visión sintética de *Alma dominicana*

El nacionalismo literario de Federico García Godoy tiene como fundamento cardinal los ensayos de exposición histórica mediante los cuales este notable pensador exalta el concepto de patria.

«La interpretación viva del pasado —dice Pedro Henríquez Ureña—, el conjuro que saca la historia de los laboratorios eruditos y la lleva a través del arte, a comunicarse de nuevo con el espíritu público, apenas ha sido ensayada en América; y en Santo Domingo es usted el primero que sin desviarse por el camino de la tradición popular, sin acudir a la deformación novelística, nos da la historia viva. No diré que su obra puede llegar directamente al pueblo; pero sí creo que debe agitar el espíritu de la clase dirigente, no menos necesitada de enseñanza, en ciertos órdenes, que en otras las clases inferiores».

«Obras como *Alma dominicana* —agrega el insigne escritor— en que el interés episódico y narrativo sirve para difundir un concepto sintético y superior de la historia nacional con las más útiles en nuestros países».

En *Alma dominicana*, Federico García Godoy, inspirándose en un ideal histórico-nacionalista tan alentador como fecundo,

* Presentación a la edición de la Trilogía Patriótica del año 1974. (*Nota de la edición*).

exalta nuestras grandezas y orienta a las generaciones del futuro hacia el culto de la patria.

Perico Antúnez, el protagonista de *Alma dominicana*, representa la dominicanidad en acción patriótica. Como su padre Juan Antúnez, hombre que siente olor a sangre cuando un haitiano le pasa a menos de cien metros de distancia, es prototipo de serenidad y bizarría. Con el mismo vigor con que abate al toro más fuerte o domina al potro más cerril, se enfrenta al soldado que esgrime la tisona del Cid; y su mano es como garras de águila rasgando una epidermis blanca en busca de una entraña roja. Hombre a quien «no se le puede toser muy cerca de la cara», se ofrenda en aras de la patria en protestas contra el ultraje español.

En *Alma dominicana*, García Godoy da la sensación de un pintor trazando a pinceladas geniales el trágico curso de la historia nacional.

José Eustasio Rivera, describiendo la selva y su embrujo en *La vorágine*, no lo supera en la calidad estética de la inspiración cuando en *Alma dominicana* describe «El incendio de Santiago».

Nuestra historia, grávida de pasiones y salpicada de heroísmo, ejerce en García Godoy el poderoso influjo que convertido en nacionalismo literario, resulta para José Enrique Rodó, en su juicio de *El mirador de Próspero*, estandarte de americanidad.

ARMANDO CORDERO

Santo Domingo,
1ro. de abril de 1974.

PÁGINA PRELIMINAR

Es este un libro de sincero y bien intencionado amor patrio. Es también un tributo de viva gratitud a la ciudad culta y gloriosa que aparece en estas páginas nimbada con la épica refulgencia de su magnífico pasado y que tantos títulos tiene conquistados a mi admiración y a mi afecto. No hay ciertamente en este relato conceptos de verdadera alteza mental ni la rica floración de atrayentes bellezas de estilo, pero en él se siente, a cada paso, la serena e intensa vibración de un alma que, desde hace tiempo, labora con toda la savia de su escasa inteligencia y todo el caudal de sus privativas energías en el empeño de contribuir lo más eficazmente posible al cumplimiento de una obra de consciente vigorización del sentimiento nacional, de llevar fructuosamente a la encendida arena de los hechos cuanto integra y resume la bien definida aspiración a conservar incólume, en vista de las probables emergencias del mañana, la herencia de supremas abnegaciones y de pujantes heroísmos que recibimos de los excelsos fundadores de la nacionalidad dominicana.

Ya sé que muchos, amedrentados por la potente y metódica expansión del imperialismo yanqui y decepcionados por las repetidas y sangrientas algaradas de nuestro personalismo político, torpe e infecundo, como que han perdido por entero la fe dejando que penetre en sus almas, inundándolo todo, la formidable ola de glaciales y disolventes escepticismos. No son ya pocos, desdichadamente, los que fungiendo de augures y

pretendiendo vislumbrar lo que se esconde en el seno del misterioso porvenir, a guisa de fatídicas Casandras, repiten con acentos de convencidos que los días de nuestra independencia están contados. Para esos heraldos de un pesimismo negro y desesperante estamos perdidos irremisiblemente. Más o menos pronto la rapaz águila del Norte, siempre en acecho, nos aprisionará en sus garras. Y no sólo sucederá tan horrible cosa por el metódico e irresistible avance del yankismo, sino —lo que es muchísimo más doloroso y humillante— por nuestro levantisco carácter impenitentemente revolucionario, por el continuo fermento de las bastardas ambiciones del personalismo político que tan profunda raigambre tiene en nuestro organismo nacional y que en más de una ocasión ha demostrado al sentir que el grupo antagónico va a quitarle al grupo imperante el poder, que mejor que a cederlo noblemente bajando resignado de las alturas, prefiere recabar la ayuda interesada del extranjero para por ese indigno medio afianzarse en la dirección de la cosa pública por más que el descontento popular asuma cada día mayores proporciones.

En mis oídos más de una vez, a modo de fallo definitivo, como toque funeral, ha resonado esta frase aterradora: ¡Ya es tarde! Contra ese amargo pesimismo me rebelo indignado. Para esos pobres de espíritu que en salones y corrillos murmuran tan lúgubre afirmación sin atreverse a proclamarla en alta voz, nuestra independencia, inconsistente y precaria, es algo así como cosa que se mantiene en pie disimulando con nombres sonoros su falta de característica realidad. Es algo tan frágil y quebradizo, que la primera racha revolucionaria puede dar con ella en tierra al ser causa o pretexto de una intervención en nombre de no sé qué benéfica curatela de pueblos inventada por la flamante y solapada diplomacia norteamericana. En abono de su creencia pesimista citan el infame bombardeo de Pajarito en 1904 por un crucero americano y diversos abusos penetrados por buques de esa marina de guerra en puertos y en aguas dominicanas.

No y mil veces no. No es cosa tan fácil en nuestro tiempo, cortar así tan bruscamente el hilo de la existencia de un pueblo. Y aun teniendo base más o menos sólida ese pesimismo, lo que se impone, lo que cumple a espíritus viriles es erguirse frente a él para combatirlo noble y esforzadamente. Dudar de la eficacia del esfuerzo, es ya considerarse derrotado. Un pueblo vive, debe vivir, merece vivir, mientras tiene conciencia de su historia, de lo que es, de lo que puede ser. Importa poco lo reducido de su territorio, lo escaso de su población, su situación geográfica, los accidentes exteriores que le dan mayor o menor importancia, su misma vecindad con naciones más poderosas, ni en la urdimbre íntima de ese pueblo, en lo que constituye su psicología, en la innegable fuerza interior que unifica y cohesiona su personalidad nacional, vive robustamente el espíritu que dio orientación permanente a sus empeños de toda especie en las diversas fases de su actuación secular. Ese espíritu, cuando como sucede en el pueblo dominicano, está ya en gran parte formado, cuando ha adquirido la relativa consistencia que sólo puede darle una serie de hechos convergentes realizados en un determinado período de tiempo, se resiste enérgicamente a morir, no deja que impunemente se le arranque lo que constituye su timbre más alto de orgullo ante el mundo y ante la historia. En ciertos instantes pueden adueñarse de parte de una personalidad nacional ideas impregnadas de acerba desconfianza sobre su porvenir, puede sentir más o menos agudamente la dolorosa punzada de torpes escepticismos; pero si la ocasión aparece los hechos se encargan de demostrar prontamente, con irrefutable elocuencia, que todo eso, a pesar de su aparente gravedad, era sólo inconsistente espuma, cosa puramente superficial y externa sin alcance peligroso ni positiva transcendencia.

Lo urgente y necesario es que por ningún concepto, decaiga ese espíritu que es la esencia permanente y vivificante de toda personalidad nacional. Hay que mantenerlo casi en perenne tensión reviviendo intensamente el recuerdo de los

hechos de verdadero valor e importancia cumplidos durante la existencia histórica de ese organismo colectivo. A esa labor de serena previsión patriótica obedecen la fundación de la sociedad nacionalista Patria en La Vega, la apoteosis de Duvergé llevada a cabo últimamente en la capital de la República y otros actos de resonante culto patriótico verificados recientemente en otras importantes ciudades del país. Pero eso no basta. Se necesita cosa de más enjundia y eficacia que solemnidades patrióticas de pasajero alcance y resonancia.

La enseñanza cívica netamente nacionalista arrancando de la base fundamental de la escuela primaria: he ahí el luminoso punto de partida. He ahí el indispensable soporte de cuanto se intente en mira de prestigiar y conservar sin menoscabo un sentimiento de perdurable y consciente dominicanismo. El supremo ideal de nuestra enseñanza, en la hora presente, radica o debe radicar en el propósito de hacer dominicanos dignos de este nombre.

Por el hecho de haber nacido en un país o haber adoptado su nacionalidad, no se puede decir, en toda la plenitud del concepto, que se es ciudadano de ese país. Muchos viven en su país, son desgraciadamente legión, preocupándose muy poco de la suerte de la patria, y, en ocasiones, siéndoles abiertamente hostiles por la manifestación de ideas que directa o indirectamente tienden a socavar la nacionalidad de verdadero ciudadano de una nación cuando por todos los poros de nuestro ser moral hemos absorbido intensamente los efluvios espirituales esparcidos en su ambiente; cuando hemos sabido asimilarnos potentemente la fuerza recóndita de perenne vibración que la caracteriza y reviste de especial e inconfundible fisonomía; cuando sus triunfos nos hacen palpar de noble orgullo y sentimos sus dolores como si fueran golpes rudísimos asestados a lo más íntimo y puro de nuestro espíritu. Una enseñanza que no se inspire en un alto ideal de nacionalismo, que carezca de la comprensión exacta del peligro a que estamos abocados, será todo lo pedagógica, lo científica, lo moderna que se quiera,

dará de sí excelentes profesionales, pero es fácil asegurar que no formará dominicanos.

En nuestra historia, en toda nuestra actuación incoherente y anárquica como organismo nacional, tenemos como base principal para la obra de robustecer un radical y perdurable sentimiento patrio lo que llamé en *Rufinito* el febrerismo, doctrina que encierra en sus líneas generales un propósito preciso y definido de mejoramiento colectivo. En ese salvador derrotero lamentablemente oscurecido en todo el curso de nuestra historia por el vapor mefítico del personalismo, debe inspirarse la juventud dominicana que hoy se levanta y que influirá un día más o menos decisivamente en los destinos de la patria.

En el desenvolvimiento de nuestra vida nacional, subordinada, en casi todos sus aspectos, a un criterio de rancio tradicionalismo, adviértese constantemente militando, en primer término, un concepto de fuerza y de violencia que aún tiene en nuestro organismo político muy penetrantes raíces. La juventud culta, que piensa, que espera, que cree en la virtualidad de los principios, que alimenta una noble ambición de gloria, debe continuamente, para vigorizar su fe en la posible grandeza de la República, volver la mirada a lo más alto, puro y luminoso que hay en toda nuestra existencia como organismo independiente. El febrerismo debe constituir el más radiante ideal de la porción de nuestra juventud que labora tesoneamente por el gradual mejoramiento del país. Nada de más excelso timbre moral que el edificante ejemplo de aquellos insignes varones que dieron vida a la República dejando como estela luminosa de su paso el magno ideal febrerista: una República de libertad, de orden, de derecho y de justicia, civilista y progresiva, sin vergonzosos protectorados ni humillantes mutilaciones de soberanía.

Y ahora una explicación que juzgo necesaria. El argumento de esta obra se desenvuelve en los momentos resonantes y trágicos que comienzan a fines de marzo de 1861 y alcanzan su punto máximo de intensidad en los primeros días de septiembre de

1863. Al juzgar más o menos rápidamente los trascendentales sucesos ocurridos en ese interesantísimo período he procurado hacerlo con la serena imparcialidad y con la rectitud de conciencia que cumple a quienes por encima de prejuicios trastornadores y de apasionamientos mezquinos han colocado como diosa únicamente digna de su culto a la verdad austera y excelsa.

Se equivocaría grandemente quien supusiese que por halagar sentimientos nacionalistas o de cualquier otro orden pueda aparecer en estas páginas algo que tienda a denigrar u oscurecer lo que se refiere a nuestros hidalgos adversarios en la campaña restauradora. Muy al contrario. Reputo indigno de mi pluma justiciera cuanto no sea emplearla en la exultación o en el juicio sincero y mesurado de cosas que no tengan permanente e innegable valor humano. Y eso sucedería si tratase en esta narración de poner de relieve rencores que en momentos supremos y conflictivos tuvieron su razón de ser, pero que ya desaparecieron arrastrados por la onda del tiempo que se lleva siempre estas mezquindades y apasionamientos propios de épocas de lides resonantes y encarnizadas.

Hoy corren vientos de aproximación y de amor. Entre España y las actuales repúblicas que durante siglos fueron parte integrante de su inmenso imperio colonial existen lazos indestructibles cada vez más estrechos. Ya no hay ni puede haber espacio para los odios. La independencia de las colonias españolas fue un hecho histórico, enteramente lógico, que estaba en el orden natural de las cosas. Fue etapa culminante de un proceso evolutivo que tiene sus más hondas raíces en el complejo y eterno dinamismo de la vida social.

En toda Hispanoamérica predominan, en esta hora de fructuosos acercamientos, ideas de solidaridad étnica, de gradual comunidad de aspiraciones y de intereses, cada vez más precisas y definidas como la manera más adecuada de realizar determinadas finalidades de común adelanto y alzar pujante valladar a la marcha invasora del imperialismo norteamericano

esencialmente agresivo y absorbente. Al dominio reposado de la crítica histórica corresponde ya el estudio de lo que muchos consideran graves errores del proceso de colonización española en este Continente. Sobre esos errores ha pasado el tiempo con su influencia bienhechora atenuándolos y aun pretendiendo justificarlos desde puntos de vista críticos de más alta y amplia exégesis histórica. Evidénciase ahora, a cada instante, la tendencia a pasar la esponja del juicio benévolo sobre lo que en esa colonización hubo de equivocado y aun de terrible para hacer resaltar lo que ella tuvo de beneficioso, de valor humano, como se ve en ciertas sabias prescripciones de las famosas Leyes de Indias en su mayor parte incumplidas por desgracia.

Hace pocos años que en los campos de Cuba, iluminados por las reverberaciones del incendio, Máximo Gómez y Maceo escribieron con la punta de sus espadas los últimos cantos de la magna epopeya emancipadora de América. Pero nuestra alma continúa íntimamente influida por la herencia espiritual que informa muchos aspectos de la vida social hispanoamericana. Olvidados los odios que suscitó la contienda nos hemos confundido en un estrecho abrazo como miembros de una familia que pasado el enojo de inevitables desavenencias tornan a estrechar los viejos lazos con mayor fuerza que antes. Y esos lazos tienen aquí mucha fuerza de anudación, pues Santo Domingo fue cuna y centro privilegiados de la civilización española en este Continente. De aquí tomó rumbo luminoso esa civilización para esparcir su savia por las vecinas Antillas y regiones americanas más distantes.

En estas repúblicas como en la misma España manifiéstase en estos momentos un movimiento de cordial y fecunda aproximación. Cada vez tienden a ser más fuertes los vínculos entre la dueña del solar glorioso en que vieron la luz nuestros progenitores y las naciones que en este vasto Continente perpetúan su idioma majestuoso y sonoro y conservan el espíritu de la raza que ha realizado tantas cosas asombrosas en el

escenario del mundo. Hay que dar toda la robustez posible a esa solidaridad espiritual que anhelan estadistas, escritores y poetas para que no se pierda o extravíe lamentablemente el conjunto de fuerzas y direcciones espirituales integradas en la civilización latina, la más ilustre de todas. Quien recorra las páginas incoloras de este relato sentirá que en ellas, sin mengua de lo que considero verdadero y justo, palpita un propósito de serena imparcialidad en el examen y en la exposición de los hechos.

La campaña restauradora en todas sus partes y las interesantes circunstancias que la precedieron determinándola merecen por su excepcional importancia ser estudiadas, como tal vez lo realice algún día, en un trabajo más detenido y extenso que el presente libro. Pero, deficiente y todo, no se hallará en él nada que lleve trazas de resucitar, torpemente, extinguidos rencores. Quizás fue necesario pasar por la ruta sombría cuajada de sangre y horrores de la guerra para que en el actual instante de apaciguamiento encontrasen terreno abonado para prosperar formas nuevas y progresivas de común adelanto social. A veces, en la historia, con mayor o menor precisión, atísbase un proceso de renovación de modos y maneras de comprender la vida cuya génesis, en grandísima parte, se escapa casi de continuo a la mirada más sagaz e investigadora.

Como en la vida individual existen también en la vida social misteriosos factores subconscientes que, aun patentizándose en la realización de ciertos movimientos colectivos, son de tan íntima esencia que resisten siempre victoriosamente al análisis más penetrante y prolijo.

En Perico Antúñez, el protagonista de esta narración novelesca, he querido personificar en cuanto me ha sido dable el sentimiento de las clases populares con motivo del rápido, inesperado y radical cambio realizado por el personalismo imperante en la República en aquella hora tremenda de su historia. En este relato, positivamente histórico en el fondo, he pretendido, sin haberlo alcanzado de seguro, dar la visión

más o menos artística de una época de excepcional interés en la vida de la sociedad dominicana. Cualquier error de más o menos bulto que haya cometido en tal empeño tiene su excusa en la sana intención patriótica que resplandece en este libro desde la primera a la última página.

Creo no haber vulnerado en lo más mínimo los fueros de la verdad histórica, por más que no dudo pueda haber incurrido en algunas insignificantes inexactitudes que atenúa o justifica el carácter novelesco de la presente obra. Nuestra historia, en un amplio sentido crítico, está aún por escribirse. La inesperada vuelta al *status* colonial bajo la monarquía española y la guerra restauradora que fue su necesaria consecuencia constituyen, quizás, el episodio más curioso y cruento de nuestra agitada y trágica existencia histórica.

La Restauración, particularmente en su primera fulminante etapa, desde la salida de David hasta la retirada de las tropas españolas de Santiago, presenta aspectos que la revisten de un interés creciente y de veras sugestivo. En esa primera y decisiva fase —aun precedida de trabajos serios en que intervinieron distinguidos ciudadanos—, fue obra, poco menos que exclusiva, de gente inculta salida casi en su mayoría de las últimas clases sociales, que naturalmente experimentó mucho primero que las clases más elevadas el golpe de procedimientos, ordenanzas y prácticas del régimen colonial incompatibles con algunos de sus usos y costumbres que en todo tiempo respetó la recién asesinada República. Del alma de ese pueblo, del alma de esa muchedumbre inculta y desheredada, surgió, como de oculto volcán, el torrente de hirviente lava que como mar de fuego iba a extenderse hasta los últimos rincones del territorio dominicano.

En la cima, en el asiento de la parte más culta y acomodada de la sociedad dominicana, hubo algunos que por simpatía o por interés se encontraron desde el primer momento bien hallados con la dominación española. Otros de esa misma estratificación social, mucho más numerosos, allá, en lo más

recóndito de sus almas, continuaban rindiendo una especie de fervoroso culto al caro recuerdo de la recién muerta nacionalidad; pero juzgándose por su relativa cultura en posesión del verdadero sentido de las circunstancias del momento, se les figuraba vana e imprudente quimera la pretensión de derribar casi sin recursos el nuevo régimen colonial afianzado como suponían sobre bases de solidez inconmovible.

Es claro que la dominación española, poderosísima, podía en breve tiempo poner en las costas dominicanas el ejército relativamente numeroso y muy disciplinado que mantenía en sus posesiones de Cuba y Puerto Rico para extirpar en germen cualquier intentona revolucionaria que contribuiría indudablemente a empeorar la situación del país en muchos conceptos. Esa manera de considerar las cosas parecía en realidad, pensando dentro del marco de la más rudimentaria lógica, lo más prudente, discreto y razonable. Pero en ciertas circunstancias de la vida de los pueblos, lo que en muchísimas ocasiones aparece a flor de mirada como muy preciso y claro con todos los atributos requeridos para ser objeto de un juicio sólido y exacto, resulta muchas veces radicalmente antitético a lo que se suponía fundadamente, y ello quizás debido a la impulsión de cierto dinamismo que se desenvuelve con misterioso ritmo en la vida social casi siempre fuera del alcance de nuestras percepciones.

La Restauración de la República fue un hecho, se hizo, y esto es lo que a primera vista resalta, porque un grupo numeroso de gente del pueblo —que teniendo poco que perder— se encontraba por entero desligado de espíritu de conservación que origina siempre el amor de los intereses materiales y se lanzó al campo sin pararse en barras invocando un ideal de patria libre que ya había echado bastantes raíces en el alma popular. Triunfaron al fin a pesar de tantísimos obstáculos hacinados en su camino, se salieron con la suya, porque tuvieron fe, porque creyeron, porque a toda hora contemplaron como la inmutable estrella polar de su pensamiento la visión de la

patria independiente que fulguraba como disco de fuego en el lejano horizonte. Dada ya la radical impulsión, perdiendo naturales temores, muchos de relativo valor intelectual y social fueron agrupándose alrededor de esa masa inculta que con sin igual arrojo había dado comienzo a la ingente empresa de reconstituir la República.

Muchos y connotados elementos aparecieron en el momento preciso para encauzar por oportunos y bien escogidos derroteros las masas ineducadas y sin apropiada coherencia que hasta aquel instante habían marchado como al azar, sin rumbo fijo, al capricho de las dramáticas vicisitudes de la lucha armada. Entre esa clase inculta, resuelta y fiera, y el régimen colonial recientemente implantado no hubo desde el principio avenencia más o menos cordial y duradera. Con rápida intuición de la realidad, el sentir popular comprendió desde muy temprano, casi por instinto, sin poder razonar sino muy confusamente su propio pensamiento, que el régimen colonial fracasaría sin remisión en plazo más o menos dilatado. Aunque sin ningún género de educación política, esa clase popular analfabeta e impulsiva, había gozado a su manera del bien supremo de una independencia alcanzada merced a un batallar porfiado y sangriento.

La memoria de lo que había perdido avivaba su encono. Tenían eso presente a toda hora, y de ahí, de esa sugestión permanente de raíz muy íntima, de ese recuerdo tenaz avivado a toda hora por actos de gobernantes locales que herían sus costumbres más arraigadas, a pasar a la lucha, a la abierta rebelión, no había más que un paso. Y lo dieron en memorable día con espanto de los tímidos o irresolutos que desde luego pronosticaron a los cuatro vientos el inevitable fracaso. No se equivocaron, porque ciertos componentes sociales, en toda la extensión del país, estaban perfectamente dispuestos a contribuir en esa obra arriesgada y de relevante alteza patriótica. De esa decisión, de ese estado de alma, surgió nuevamente, revestida de bélica majestad, la República extinguida el funesto 18 de marzo.

Hoy como ayer, en esa masa, en esa gente del pueblo aún no contagiada por destructores escepticismos, vibra robusto un sentimiento de que se encamine a lesionar nuestra autonomía.

En esa clase, lo mismo o más que hace cincuenta años, palpita potente el sentimiento salvador y viril que ha producido y producirá los Perico Antúnez dispuestos en todo instante a correr al sacrificio heroico para conservar en toda su prístina integridad la República gloriosa del 27 de Febrero y del 16 de Agosto.

PRIMERA PARTE

La bandera



I

Perico Antúnez se despertó sobresaltado. Parecióle que el viejo lo llamaba con acento colérico. ¿Qué hora sería? Por las rendijas de las mal unidas tablas de palma del bohío se filtraba una claridad muy tenue que iba creciendo por grados. ¡De día ya! Restregándose los ojos para sacudir el sueño que lo dominaba se sentó en el estrecho catre prestando atento oído a los vagos rumores de fuera.

En el patio cacareaban las gallinas. A ratos lanzaban los gallos las estridentes notas de su canto triunfal. Los sonidos de las campanas de la iglesia del Carmen, bastante amortiguados por la distancia, resonaban alegremente convocando a los fieles para la misa rezada. Sentía una laxitud inmensa en todos sus miembros y ganas irresistibles de poner de nuevo la cabeza en la blanda almohada para echar otro ratito de sueño.

El viejo Juan, su padre, *el Taita*, como cariñosamente lo llamaba, no había vuelto a abrir la boca. Se habría dormido de nuevo sin duda. Con el frío que hacía eso era lo mejor. Iba a acostarse de nuevo, bien arropado, cuando en la habitación contigua escuchó la respiración fuerte y entrecortada, interrumpida a menudo por una tosecilla de su hermana Maruca, y de pronto se acordó que el Taita le había recomendado con muchísima insistencia se levantara muy temprano para ir al pueblo con objeto de que en la botica próxima al Mercado le despachasen el medicamento que el doctor André había recetado para la enferma.

Sin más titubeos se puso en pie cogiendo de una silla de paja inmediata sus prendas de vestir, si no lujosas, propias por lo menos de un campesino acomodado que tenía muy buenas relaciones en Santiago adonde iba a cada rato. Mientras se dedicaba a esta ocupación casi maquinalmente, procuraba coordinar sus ideas amortiguadas o borrosas por el sueño para evocar el recuerdo, claro y preciso, de cuanto durante las primeras horas de esa noche le había ocurrido en el fandango verificado en el bohío de Paco López, el pedáneo, a cosa de una legua de allí y a que había asistido en compañía de Roque Núñez, su primo e inseparable compañero de tragos y jolgorios.

Cuando llegaron ambos primos, a eso de las nueve de la noche, la rústica fiesta rebosaba de animación y alegría. El aguardiente, tomado a pasto, empezaba a hacer de las suyas. La orquesta, compuesta de un tiple, cuatro, tambora y güirra, desgranaba las suaves notas de un cadencioso merengue, uno de esos merengues que Perico bailaba con insuperable maestría coreográfica. De color algo obscuro, alto, fornido, de pujante fuerza física, especie de Hércules campesino, de muy agradables facciones, con unos ojos negros de rara expresión que parecían mirar muy adentro; diestro como pocos en manejar un caballo, en preparar gallos para la lidia, y, sobre todo, en bailar con gallardía zapateo, carabiné, merengue y demás cosas bailables, gozaba Perico Antúnez de merecido renombre entre la juventud masculina y femenina de esos contornos.

Poco después de su llegada al fandango, excitado por algunas libaciones, sin encomendarse a Dios ni al diablo, sacó a bailar a Suna, la novia de Chago López, hijo del dueño de la fiesta, quien se mantenía celoso de Perico por las continuas atenciones que prodigaba a su novia. Y era cierto que Suna le gustaba de veras. Esbelta, robusta, bien proporcionada, de fisonomía fina y agraciada, de curvas bastante pronunciadas que al bailar se movían voluptuosamente, era una hembra de rechupete que Perico allá en sus adentros había decidido

conquistar a todo trance, cueste lo que costare. Hacía días que se había propuesto desbancar a Chago. Suna, aun manteniendo relaciones muy formales con el novio, ya como quien dice en vísperas de casorio, no podía, aunque lo intentaba, disimular el interés que le inspiraba Perico. Esa simpatía saltaba a los ojos. Era necesario ser muy lerdo para no verlo claro, y Chago ciertamente no tenía un pelo de zoquete. Aquello no iba a parar bien.

Los tragos se le habían subido a Chago a la cabeza, y, ya sin poder contenerse, en un momento en que Perico iba más embullado bailando con Suna y estrechándole el talle más de lo que era debido, dio un fuerte empujón al entusiasmado bailarador pretendiendo quitarle la pareja de los brazos. ¡Ave María Purísima! Y qué tiberio de dos mil demonios se armó incontinente. Las velas que alumbraban la sala se apagaron como por encanto. Palabras de insulto, rugidos de cólera se oían a cada paso dominando el continuo chis chas de los machetes.

Perico y su primo Roque estaban solos, puede decirse, tenían contra sí toda la fiesta, pero ni un instante perdieron los estribos al verse cada vez más estrechados. No dejaron ni un segundo de demostrar la serenidad y arrojo de que habían dado ostensibles muestras en lances iguales. Sin recibir ni un rasguño, aprovechándose de la densa oscuridad, lograron abrirse paso internándose en el monte. Una hora más tarde, en la tranquera de la estancia de Perico se separaron ambos primos dándose un fuerte apretón de manos. Juntos habían acabado fandangos más de una vez y siempre les había salido bien la cosa.

Todo eso rumiaba Perico mientras se vestía con esa rapidez eléctrica con que se asocian los pensamientos en el cerebro en determinados instantes psicológicos, cuando de improviso, empujando con fuerza la puerta del cuarto, apareció el viejo Juan con un papel en la mano y diciéndole con voz irritada:

—¿No acabarás de vestirme, jaraganazo? Ve volando a que te despachen eso en la botica.

II

En Otra-Banda, monte adentro, algo retirado del Yaque, en una especie de plazoleta tapizada de perenne verdura, se alzaba el bohío, espacioso y limpio, en que moraban el comandante retirado Juan Antúnez y sus dos hijos Perico y Maruca. Recientemente enjalbegada, la rústica vivienda alegraba con su nota de brillante blancura el monótono verde oscuro del paisaje circunstante. Cosa de ocho o nueve años hacía que vivía allí el comandante Juan Antúnez. No estaba por completo el viejo militar desprovisto de instrucción, pues en su infancia, en una escuelita de la ciudad había aprendido a leer con alguna soltura y a escribir con letra bastante regular aunque incurriendo a menudo en disparates ortográficos de a folio. Ya muchachón entró en una tabaquería donde, empezando por hacer empuños, llegó bien pronto a adquirir mucha fama por su insuperable habilidad en la confección de cigarros de forma y corte muy alabados por los consumidores. Ganó algunos reales, los suficientes para comprar una modesta casita en los Chachases, casándose poquito después con Colasina, la laboriosa y amante compañera muerta hacía diecisiete años al dar a luz a Maruca.

Juan Antúnez, que siempre se había distinguido por su furibundo antihaitianismo, estaba en el grupo que vitoreó con frenético entusiasmo a Domingo Daniel Pichardo cuando este distinguido ciudadano, en la sesión del Ayuntamiento en que se trataba de adherirse a la obra del 27 de febrero, en un vigoroso arranque tribunico, hizo cesar los titubeos y vacilaciones

de algunos arrastrando los ánimos con su verbo fulgurante por la vía de las resoluciones supremas.

En aquellos días de angustiosa expectación, y no obstante de estar ya casi tocando los cuarenta años, llamó siempre la atención por su decisión y su ardor por la causa separatista. Era sargento de la primera compañía del batallón La Flor, y en los días que precedieron al 30 de marzo se le contempló trabajando de continuo personalmente, como un peón, en los reductos que se improvisaban para hacer resistencia al ejército de Pierrot que venía a marchas forzadas con el designio de adueñarse de la noble ciudad asestando con ello golpe de muerte a la flamante empresa separatista. Disipado el humo de las últimas descargas del combate reñido en aquel glorioso día, ya cayendo la tarde, el general Imbert, alma de la defensa, dirigió en el Fuerte Dios ante un grupo de oficiales al sargento Antúñez calurosas frases de encomio por su serenidad y bizarría. Desde entonces no fue, no quiso ser más que un soldado. En su alma forjada por un tradicionalismo algo confuso y como estructurada para cosas grandes, florecía un sentimiento de perenne odio a los mañenses, sentimiento que, en los primeros tiempos, parecía como condensar todo su ideal de patria libre.

Cada vez que por la frontera asomaba el haitiano, Juan Antúñez era siempre de los primeros en volar al encuentro de la horda enemiga. En Beller recibió una herida en el brazo derecho de que sanó prontamente. En Sabana Larga, en el momento en que cumplía una orden del general Juan Luis Franco Bidó, un disparo de cañón demasiado cercano casi le quemó los ojos. Desde entonces sufría mucho de la vista, lo que, en los momentos agudos de la enfermedad, le agriaba el carácter de manera que se incomodaba con frecuencia por el más chico motivo.

Años después de morir Colasina, creyendo asegurar mejor el porvenir de sus hijos, se trasladó a la Otra-Banda a un terreno que había heredado de un tío donde fomentó una especie de potrero y se dedicó al cultivo de frutos menores que cotidianamente enviaba a vender al mercado de Santiago. Con el producto de

esos frutos y de la leche de algunas vacas se vivía con bastante desahogo en el bohío. Después de Sabana-Larga fue ascendido a comandante, y aunque pidió y obtuvo su retiro estaba siempre dispuesto, a pesar de sus achaques, a correr como en otro tiempo adonde quiera que se quemase la pólvora.

Tres amores vibraban intensamente en el alma de aquel guerrero que, no obstante su frecuente contacto con cosas de sangre y de exterminio propias del que sigue la carrera de las armas, conservaba en su organismo afectivo cierto fondo de innata bondad que lo hacía por lo general refractario a esos actos de extremada violencia en que incurren con frecuencia cuantos se habitúan por los azares de la lucha armada al desprecio continuo de la vida. Constituían esos tres amores, siempre intensificando su espíritu, la patria, sus dos hijos, y el recuerdo siempre vivo de la muerta, de la amante y abnegada compañera que, durante breves días, le habían proporcionado momentos de felicidad desvanecidos para siempre en melancólicas lejanías.

¡La patria! En él esa palabra, lo que para él simbolizaba, no tenía ni podía tener las condiciones de un concepto reflexivo, de una creación mental bien definida, sino era algo de espontáneo y de instintivo, algo así como llamarada de un sentimiento que llenaba perpetuamente, iluminándolos y caldeándolos, los más íntimos rincones de su espíritu. El tema inagotable de sus conversaciones eran los más resonantes hechos de armas en que había tomado parte. El 30 de Marzo, Beller, Sabana-Larga, estaban continuamente en sus labios.

Sus narraciones, escuchadas con deleite por algunos vecinos formaban su diaria tertulia, al caer de sus labios se teñían de cierta unción, se impregnaban de cierto calor íntimo que les daba como formas de plegarias o de himnos a alguna deidad desconocida. Seis sillas serranas, cuatro mecedoras y una mesita de pino cubierta con reluciente hule negro componían el más que modesto mobiliario de la salita del bohío. De uno de los setos, el más bañado por la luz, colgaba de un grueso clavo un cuadro o cosa que tenía pretensiones de tal.

Examinado a corta distancia podían leerse en su borde inferior estas palabras: Batalla de Beller.

La pintura, ordinarísima, obra de un pobre diablo de aficionado poco ducho en achaques pictóricos, carecía, casi por completo, de esa facultad de acertada y bella expresión que constituye la piedra de toque del genuino artista. El cuadro no atraía ni por la corrección del dibujo ni por la bien equilibrada sobriedad del colorido. Ni un sólo toque de efecto, ni una pincelada de mediano valor pictural. Las figuras representadas carecen de verdad, de animación, de vida. Delante, jinete en un soberbio caballo blanco, se destaca el caudillo vencedor en aquella jornada, el bizarro general Salcedo. A su lado, con los carrillos inflados, toca un corneta. Todo el campo aparece como cubierto por espeso humo.

Apenas se alcanza a divisar una especie de fortín de que acaban de apoderarse nuestras tropas como se ve por el pabellón cruzado que flamea en su parte más elevada. Esa bandera de colores muy encendidos, símbolo glorioso e inmortal de la patria, es lo que mejor se destaca en aquel abigarrado conjunto de líneas y de colores. En la imaginación del viejo Juan, la bandera no era sólo un símbolo, un objeto representativo, sino como la patria misma, viva y palpitante, su forma más plástica y visible puede decirse. ¡La había contemplado tantas veces, tremolando orgullosa, arrullada por el silbido de las balas y por vibrantes y prolongadas aclamaciones triunfales!

Se pasaba las horas frente al cuadro deleitado en la silenciosa contemplación de los vivos y alegres colores de esa bandera que para él compendia todo un poema de abnegación y de noble amor al terruño. Entre él y la bandera existían no se qué conexiones espirituales, cierto vínculo misterioso e íntimo, que agrupaba como en apretado haz las fibras más puras y nobles de su intensa sensibilidad. Todos los días, al rayar el alba, oía desde su lecho con recóndita fruición, los lejanos toques de corneta que anunciaban que en el Fuerte de San Luis iba a izarse su bandera, la bandera gloriosa de febrero.

III

Perico acababa de cumplir veintiún años y Maruca diecisiete. Antes de la mudada a la Otra-Banda había Perico frecuentado una escuela de primeras letras que sostenía y dirigía el cura de la parroquia donde aprendió a leer y escribir no del todo mal, las cuatro reglas y un mundo de oraciones que el buen sacerdote se había esforzado en enseñarle. Se sabía al dedillo todo el catecismo. Maruca, salvo cosas de rezo, no sabía nada. Era una ignorantuela de tomo y lomo. Caída su madre en la tumba a raíz de una operación quirúrgica indispensable para que ella pudiera venir al mundo, creció la niña endeble, flacucha, algo raquítica, con una salud muy delicada, pálida flor de cementerio, como quien espera recibir de momento el ósculo amoroso de la muerte.

Formaba curioso y resaltante contraste con Perico, su hermano, mocetón fornido que podía levantar un quintal sin mayor esfuerzo, que, con sus músculos de acero y su destreza abatía al toro más bravío y domeñaba el potro más cerril, resultado, en lo físico, hombre que no reconocía por todos esos contornos rival capaz de echarle la zancadilla.

La vida de Maruca era una queja continua. Unas veces la cabeza, otras el pecho, otras el estómago, siempre tenía algo que le doliese o la hiciese víctima de un nuevo sufrimiento. El doctor André, que tenía en mucha estima al comandante Juan, recetaba con frecuencia a la muchacha, aunque disimulaba poco sus temores sobre la enfermedad que minaba aquel

cuerpecito, verdadera ruina fisiológica. Atendía con ahínco a los quehaceres de la casa, por más que su padre y su hermano que la querían entrañablemente, con afecto profundo en que había dejos muy pronunciados de compasión, habían buscado una criada para que Maruca ni siquiera moviese una silla. Cosía algunas veces, pero su principal ocupación era rezar, cosa que hacía con fervor en ocasiones exagerado y aun extravagante. Se desvivía por rosarios, novenas, y en general cuanto oliese a cosas de iglesia.

Todos los años, así se sintiese indispuesta, se ponía en camino del Santo Cerro donde tenía una tía paterna que la mimaba mucho, para asistir a las fiestas patronales de la Virgen de las Mercedes, una bien coloreada estampa de la cual tenía pegada en la pared de su cuartito frente a su catre, y ante la que, todas las noches antes de acostarse se arrodillaba para elevarle sus cándidos y fervorosos ruegos. ¡Cuánto quería esa imagen, recuerdo de su madre, que tantas veces escuchó las plegarias del ser querido a quien Maruca no había conocido, pero cuyo nombre tenía grabado con caracteres indelebles en lo más íntimo de su corazón! En su fe infantil, espontánea, externa, producto de fuerzas ancestrales recónditas, sólo revestía carácter divino, sólo debía ser objeto de culto religioso, lo que aparecía de la divinidad bajo una forma sensible, lo que podía ver y tocar, la sacra figura pintada en el lienzo o de cualquier material plástico modelada por el arte.

Era naturalmente agraciada y poseía melancólica belleza, inconsciente y frágil, de las cosas destinadas a desvanecerse prematuramente. De su carita de un color indio bastante claro, ovalada, serena y pálida, suavemente iluminada a ratos por el rictus de una sonrisa luminosa que ponía en ella como lampos siderales; de toda su fisonomía emanaba no sé qué sutil perfume de encanto noble y casto que a primera vista inspiraba profunda simpatía.

Con todo eso, debido sin duda a su salud endeble, era lo cierto que hasta entonces ningún amartelado mozalbete había

clavado en ella su mirada con esa insistencia que es vehementemente indicio de admiración o de deseo ni había deslizado en sus oídos, a modo de ondas arrulladoras, esas palabras encendidas, verdadera música del alma, que a manera de dardos de fuego van a clavarse en el corazón de las vírgenes. Perico quería muchísimo a su hermana tomando continuo cuidado en que estuviese bien atendida y no cesando de aconsejarla que saliera siempre bien abrigada y cumpliera al pie de la letra las prescripciones del médico.

En el afecto entrañable de Perico vibraba, ennobleciéndolo, algo de inmensa piedad por aquella niña devorada por la anemia que, en lo exterior, en lo que delata fuerza física, era la antítesis viviente del mozo. Fuera de este afecto sincero y vivo, del cariño mezclado de respeto que experimentaba por el Taita, y de su intimidad con su primo Roque, casi de su edad, aunque diferentes en lo físico, pues era de menor estatura y más delgado que Perico, éste no tenía ningún otro verdadero afecto no habiéndose todavía sentido envuelto en las redes de una pasión amorosa lo bastante fuerte para arrastrarlo al matrimonio, sacramento que le era realmente antipático. Sus numerosos amores habían sido siempre momentáneos caprichos, pronto satisfechos. En él persistía potente, velada con formas más o menos aceptables, la salvaje rusticidad del hombre primitivo, del antepasado remotísimo que, en la selva virgen, en el seno fecundo de la Naturaleza serena e impasible, acecha a la hembra y se apodera de ella, obedeciendo al deseo brutal, para gozarla un instante y luego abandonarla desdeñosamente.

Perico era, puede decirse, el todo de la estancia. El viejo, achacoso y en camino de perder la vista, no podía ocuparse mucho en las faenas campestres, pero el mozo vigilaba continuamente los trabajos de manera que en la finca todo marchaba viento en popa. Gastaba las horas que le quedaban libres en montar a Lindo, arrogante potro bayo que tenía en mucha estima por sus bríos y su paso, en sostener fugaces amoríos, en

tirar alguito de la oreja a Jorge, y en asistir a los fandangos procurando en ellos despertar la admiración de mozos y de mozas por su destreza coreográfica y su generosidad en brindar tragos y empanadas. La fiebre patriótica del viejo no lo había contagiado. Sólo le impresionaban los relatos del Taita cuando en ellos salían a relucir actos individuales de arrojo o de fuerza personal. También ponía su miaja de atención cuando el viejo hacía referencia a la época en que Perico era chiquirrito, en los últimos años de la dominación haitiana, cuando los mañeses gobernaban el país como verdaderos señores de horca y cuchillo.

El viejo se acordaba mucho de un desaire que había recibido del general Morisset una vez que fue a la gobernación a practicar no sé qué diligencia de poca importancia. El jefe haitiano ni siquiera había atendido a lo que le decía despidiéndolo con unas palabras en patuá que ni el diablo mismo hubiera entendido. Siempre que se refería a la época haitiana el viejo Juan empleaba esta expresión: «cuando la otra bandera» y siempre la subrayaba con un acento en que había pronunciados matices de inveterado desprecio.

Perico nunca había visto en el Fuerte de San Luis otra bandera que la dominicana, la que el comandante amaba con un ardor que con la edad antes que enfriarse parecía hacerse más vivo y potente, de tal modo que decía de continuo aun a riesgo de fastidiar a los que le oían que viejo y cegato como estaba no tendría inconveniente en dejarlo todo, hijos e intereses, para empuñar las armas si el haitiano se atrevía a cruzar otra vez la frontera.

La luz solar empezaba a esparcir la pompa de sus fulguraciones sobre el rústico paisaje, pleno de esos mil confusos rumores que anuncian el solemne despertar de la vida en el campo. Las hojas de los árboles estaban todavía cubiertas de rocío, piedras preciosas inconsistentes y efímeras que despedían irradiaciones policromas al sentir la suave caricia de la luz. Todos esos ruidos asociados en un ritmo indefinible y fuerte, toda

esa creciente y soberana explosión de vida semejaba como un himno que de la tierra estremecida y fecunda se elevaba al cielo intensamente azul apenas surcado por una que otra ligera nubecilla.

Perico había ya ensillado el bayo, y con la receta escondida en el forro del sombrero para que no se la perdiese, sin esperar más saltó con ligereza suma sobre el caballo emprendiendo la marcha por una vereda que iba a terminar al pie mismo del cauce del Yaque. Antes de dar rienda al bayo gritó a Maruca que lo contemplaba desde la puerta del bohío y que no había cesado de recomendarle que se apresurara.

—¡Ahoritica estoy de vuelta!

IV

Pasó un espacio de tiempo como de una hora y después otra sin que Perico estuviese de vuelta. Ese tiempo era más que suficiente dado lo corto de la distancia y lo bien montado que iba para que en la botica le despachasen la receta y estuviera ya descansado en el bohío. ¿Qué haría ese tronera?

El viejo comenzaba a impacientarse. Seguramente diciéndole chicoleos de color subido a algunas mozas de buen semblante y amplias caderas, de esas color de canela que tanto le gustaban y que a esa hora solían frecuentar el mercado. Porque en viendo faldas, ya estaba Perico fuera de quicio. Y el viejo, para sus adentros, no se lo reprochaba demasiado. En sus mocedades había hecho lo mismo. Perico lo tenía sin duda en la sangre. Pero la pobre Maruca estaba impaciente por principiar a tomar su remedio a la hora señalada por el médico.

No tenía Perico perdón de Dios con esa injustificable tardanza. ¡Pero dónde estaría, Virgen de la Altagracia! De súbito levantose y se dirigió a la puerta creyendo haber percibido el ruido como de alguien que llegaba. Nada, nada. Y Maruca esperando con tanta ansiedad su remedio. Esta vez sí que tenía fe en que curaría completamente. Tenía hecha la promesa, si recobraba la salud, de ir a pie al Santo Cerro y subir la penosa cuesta de rodillas como hacían algunos romeros dando muestras de una devoción que para muchos pasaba de raya.

Esta vez sí no se equivocaba el viejo Juan. La voz que resonaba a lo lejos era la de Perico. Entre un millón la

reconocería. ¡Al fin! Efectivamente, por la estrecha faja arcillosa de la vereda que cortaba el césped como una línea ondulosa que desaparecía en un monte cercano, avanzaba Perico espoleando el caballo y dando muestras de una agitación que era en él cosa insólita. En sus ojos se pintaba el asombro. Toda su fisonomía revelaba profundo estupor. ¿Qué le ocurría? El comandante, inquieto, casi sin poder articular palabra, fijaba en él intensamente la mirada de sus ojos enfermos, una mirada en que palpitaban muchas interrogaciones. Perico se repuso pronto, miró de frente al viejo y con voz en que vibraba algo de una emoción en él extraña, pronunció estas palabras como quien hace un disparo:

—¡Ya hay otra bandera!

El comandante se quedó turulato sin comprender ni pizca de lo que acababa de decir Perico, quien había ya entregado su remedio a Maruca. ¡Qué jerigonza era esa! ¡Como si le hablaran en chino! Seguramente su hijo había empinado el codo más de la cuenta. ¡Los tragos, los malditos tragos! Sin duda se había o le habían ajumado en el pueblo. Perico lo negaba tenazmente afirmando que sólo había tomado la mañana.

Y repetía con insistencia:

—¡Ya hay otra bandera!

Y ya bien repuesto, completamente dueño de sí, repitiéndose a menudo, en frase cortada, pintoresca, interrumpida a trechos por exclamaciones muy expresivas, comenzó a narrar lo que había visto y oído en Santiago. Al entrar no notó nada, pero ya cerca de la esquina en que estaba la botica a que se dirigía comenzó a ver grupitos de gente que hablaban en voz baja como comentando un suceso de alguna importancia.

¿Se había cometido algún crimen? ¿Qué pasaba? Una mujer del pueblo, con una batea de frutas en la cabeza, al cruzar delante de Perico le dijo a una congénere suya que estaba de pie en la puerta de una casa como esperando algo, estas palabras que él oyó claramente: «Ya diz que semos de España». El viejo Juan, con los ojos muy abiertos, como si de repente se

hubieran curado, los clavaba como dos puñales en el narrador, quien proseguía relatando su rara odisea sin omitir el más breve detalle. Por la mente del viejo pasaba esta idea: ¡Si se habrá vuelto loco!

Después de comprar la medicina se fue detrás de unos cuantos que iban a oír no sé qué cosa en la plaza principal. Allí, frente a la cárcel vieja, un hombre leía lentamente un papel con voz clara y resonante. Hervía la gente en la plaza. A la distancia en que se encontraba sólo pudo recoger palabras que carecían para él de verdadero sentido: Santana, reincorporación, madre patria, Isabel Segunda. Casi pegado a él un hombre bien trajeado que conversaba con otro que tenía al lado soltó esta frase: «Al fin se salió Santana con la suya». Perico continuaba observando sin entender ni miaja de aquel intríngulis. Al fin, queriendo adquirir noticias positivas que traer al viejo, pues le habían asegurado que en el Fuerte de San Luis habían quitado la bandera dominicana para poner otra, se fue por la calle del Sol hasta cerca de la Altagracia y desde un punto en que se veía el fuerte adquirió la dolorosa seguridad de lo que contaba la gente. En lugar de la bandera dominicana habían puesto otra exactamente igual a una que había visto en meses pasados en la tienda de unos catalanes...

Mentira, mentira, berreaba el viejo. Y no obstante tal afirmación experimentaba como un gran dolor, como si le arrancaran algo del pecho, pues bien comprendía, aun queriendo engañarse, que había algo o bastante de verdad en el fondo de lo que lo relataba Perico. Pero quería continuar forjándose la ilusión de que eso no era verdad, no podía ser verdad. Así, tan de sopetón, sin que ninguno de sus viejos amigos del pueblo le hubiera dicho antes nada de esa trama páfida. Mentira, mentira, repetía.

Al verse apostrofado como un embustero Perico no pudo contenerse, lo que más le dolía era que le llamasen mentiroso, y en su casa lo sabían bien, Taita Juan principalmente.

—¡Es verdad, es verdad, aulló rabioso!

—Mire, Taita, si quiere convencerse vamos ahora mismo al cerro de Pedro Vera para que vea que yo no hablo embustes.

El viejo estaba como sobre ascuas. Rápido, con un movimiento instintivo, como si creyera que iba al encuentro del enemigo corrió al sitio en que tenía colgado su viejo machete y poniéndoselo debajo del brazo echó a andar diciendo con voz ronca a Perico:

—Pues vamos.

V

Y se pusieron en marcha, firme y erguido el viejo Juan como si sólo contara veinte años. Perico había tomado la delantera y guiaba apresurando el paso. El comandante detrás, casi tocándole, caminaba dando visibles muestras de la emoción que empezaba a enseñorearse de su pecho ante las repetidas afirmaciones de su hijo. Maruca formaba también parte del grupo lo mismo que algunos vecinos con quien habían topado a la salida de la estancia.

A pesar de estar ya bastante alto el sol todavía se hacía sentir algo el frío en aquella clara y luminosa mañana de marzo. Al través del entrelazado ramaje de los árboles la luz solar sembraba un piélago deslumbrante de oro fundido. En la arboleda, saltando, aquí y allá, gorjeaban pintorescas avecillas. Ladridos de canes, relinchos de caballos, mugidos de vacas, interrumpían a cada momento el silencio de la mañana. Por la estrecha vereda que a alguna distancia del bohío entraba bajo árboles frondosos cuyo extendido ramaje parecía formarle un fresco y amplio dosel de verdura y que a cosa de un cuarto de milla más lejos se dilataba al través de la gramínica como una línea rojiza ya cobijada solamente por el palio azulado de los cielos, caminaban aquellos pobres campesinos, en una especie de romería patriótica, agujoneadas por la curiosidad, sin percatarse bien ninguno de ellos, excepción hecha del viejo militar, de la verdadera naturaleza del sentimiento rudimentario e informe que ponía en sus almas rústicas, de espontaneidad

aún no comprimida por cientos convencionalismos sociales, el ansia de saber a ciencia cierta qué era lo que en la ciudad traía trastornados todos los ánimos. Y si ni los haitianos, si ninguna otra gente extranjera, se preguntaban, había invadido el territorio como en otras ocasiones, si nadie amenazaba el país, ¿por qué razón habían quitado entonces la bandera?

En sus cerebros de rudimentaria mentalidad la cosa no tenía explicación satisfactoria. En aquella radiante mañana de marzo, esos pensamientos, más o menos claros y precisos, eran los que se entrechocaban en el cráneo de aquella gente incapaz de desentrañar por medio de un trabajo mental las conexiones poco visibles de las cosas.

Se iban acercando. Hacíase cada vez más fuerte y distinto el ruido de la corriente del Yaque al chocar con los anchos cascajales de ambas orillas. Confusos rumores, atravesando el río, venían de la cercana ciudad donde bullía, incesante y estrepitoso, el hormiguero humano. De improviso, ya casi tocando el cerro de Pedro Vera, como si manos invisibles hubieran descorrido una cortina, surgió, cual radiante evocación de un poeta oriental, espléndido y magnífico, el amplio y deslumbrante panorama de Santiago y de los montes que rodean la gentil ciudad formándole como un anfiteatro de perenne verdura.

Tal grandioso espectáculo carecía enteramente de valor para aquella gente del campo habituada desde la infancia a contemplarlo indiferentemente. Santiago fulgía como una inmensa pincelada blanca que regocijaba la uniformidad del verde oscuro de la vegetación exuberante que le servía de incomparable marco. En la lejanía, envuelta en cierto tenuísimo vapor azulado, coronada de nubes, se divisaba la cúspide enhiesta de Diego de Ocampo.

Lo mismo que el viejo Juan las miradas de todos como atraídas por misterioso imán convergían al Fuerte de San Luis una parte del cual se dominaba desde aquel sitio. Claramente, como si estuviera a pocos pasos, veíase la línea irregular de sus rudimentarios atrincheramientos. Observábase distintamente

el ir y venir de los soldados de la guarnición. ¡Era verdad, era verdad, bendita Virgen de las Mercedes! Ninguno de los presentes, salvo el viejo Juan y Perico que la habían visto en una tienda, conocía la bandera roja y gualda que en el tope de elevada asta flameaba suavemente agitada por la brisa. ¡Ya no había bandera dominicana!

El viejo Juan, con los ojos desencajados, miraba, miraba. De pronto, de su pecho, como fuerza potente largo tiempo comprimida, brotó un torrente de sollozos, de sollozos de intensa vibración que parecieron, por unos instantes, dominar el rumor del río que, bruñido por el sol, semejaba como una inmensa sierpe de luz dilatándose hasta confundirse con el manto de espeso verdor que cerraba por ese lado el horizonte.

Y el viejo Juan, muy pálido, con voz de lágrimas, con acento entrecortado por los sollozos, frente al río que indiferente al inmenso dolor del noble soldado continuaba musitando el himno de su eterno murmullo, repetía con indignación:

—¡Han matado la República! ¡Los traidores, los traidores!

SEGUNDA PARTE

La Anexión



I

La Anexión se había consumado. La República acababa de morir víctima del vitando y disolvente personalismo que dirigía casi desde su fundación tiránicamente sus destinos. Como quien recibe un rudo golpe, con excepción de los directamente interesados en la obra anexionista, nadie, en los primeros momentos, acertaba a discernir cómo había sido el pueblo dominicano lenta, solapada y traidoramente conducido al acto de resaltante retroceso que lo despojaba de la noche a la mañana de sus preesas legítimamente conquistadas de organismo nacional dueño de su suerte para colocarlo en el rango muy inferior de colonia de la monarquía española.

Del cielo pavorosamente ensombrecido partió el rayo. El hecho nefando, producto principal de bastardas ambiciones personalistas en triste contubernio se consumó al fin con profundo asombro de la inmensa mayoría. Mudo, inerme, desorientado, presa de dolorosa inquietud, el pueblo dominicano escuchó sumido en prolongado estupor los ciento y un cañonazos que saludaban el descenso del pabellón nacional, glorioso sudario en que iba a envolverse la República que moría.

El bronce tronaba rindiendo los últimos honores a la nacionalidad asesinada con todos los caracteres de premeditación y acechanza ¿Y para eso, dioses inmortales, había estado tanto tiempo ese pueblo en la empinada serranía o en el llano inmenso que parecía confundirse con el lejano horizonte, bajo el latigazo ígneo del sol tropical o recibiendo la glacial

caricia de la lluvia de los días invernales, apercibido a toda hora al combate cruento, presto siempre a rechazar con nunca decaído vigor la brusca acometida de un contrario impertérrito y dispuesto con tremenda decisión a uncirnos nuevamente a su infamante yugo?

¿Qué aplanamiento general de almas fue ese que así consintió, sin que para impedirlo se alzase el puñal vengador de algún nuevo Bruto, que un soldado violento despedazase con mano airada en aquel 18 de marzo de 1861 de luctuosa recordación un pasado de épica resonancia, y desde el balcón del Palacio de Justicia lanzase con voz tonante sobre la amplia plaza desbordante de gente el grito pavorosamente siniestro de ¡Viva Doña Isabel Segunda! que quería decir pura y simplemente ¡Muera la República!

¿Para qué caísteis, muertos gloriosos de Azua, Beller, El Número, Las Carreras, Santomé, Sabana-Larga, en el reducto improvisado a la entrada de la ciudad heroica, en las faldas de la abrupta montaña o en el pajonal incendiado, abrazados hasta rendir el último aliento a la bandera nacional, a esa bandera que manos torpes acaban de rasgar en menudos jirones? Esos actos vergonzosos son como plantas envenenadas que sólo florecen bajo la acción continua de un personalismo absorbente y sin ningún linaje de escrúpulos.

El personalismo vinculado siempre en una oligarquía desapoderada y audaz sólo puede dar de sí frutos de maldición como nuestra inesperada e injustificable vuelta al deprimente estado colonial y la constitución de un imperio en México para un archiduque austriaco. Por fortuna, como detrás de esa caricatura de régimen imperial se destaca fúnebremente en el sombrío horizonte el patíbulo de Querétaro, detrás del ominoso 18 de marzo brilla, como faro de redención y de gloria, la cima iluminada de Capotillo.

La anexión se había consumado. Imperaba el silencio, un silencio de muerte que cubría el hondo duelo del alma nacional perturbada hasta en sus más recónditas fibras; un silencio

sepulcral que esparcía sombras de inquietud en muchos espíritus y en otros como estremecimientos de rabia impotente y que en breve sería interrumpida por el ruido de la protesta armada —estéril por lo prematura, pero honrosa y fecunda por la significación que entrañaba— con que unos cuantos hombres resueltos iban a demostrar de manera cruenta y resonante que la obra anexionista no era, en ningún caso, producto reflexivo y espontáneo del pueblo dominicano sino la cristalización de un propósito largamente acariciado por el caudillo y principales corifeos de un bando político entronizado en el poder por la fuerza y mantenido en él mediante procedimientos de extremada violencia.

II

Quien examine los hechos con la serenidad que cuadra a este linaje de investigaciones históricas, sin conexiones de familia o de partido con los que directa o indirectamente pusieron la mano en aquel trascendental acontecimiento, sin *parti pris* de ninguna clase, noblemente inspirado en un alto anhelo de verdad y de justicia, sin necesidad de ser muy lince, mediante un estudio sereno e imparcial del asunto, arribará sin gran esfuerzo a la conclusión de que la obra anexionista, en su esencia, en su verdadero fondo, es producto —poniendo a un lado otros motivos de muchísima menor importancia— de dos factores que, muy particularmente en los últimos años que precedieron a la Anexión se precisan claramente evolucionando en perfecta convergencia.

Caracterizan con positivo relieve esas dos causas determinantes, la persistente creencia, en primer término, con matices más o menos pronunciados de sinceridad, de muchos elementos conservadores de influyente posición social de que el país por la vecindad amenazante de Haití, por su escasez de población, por su pobreza, por su falta de preparación para la vida política en forma democrática y jurídica, carece de las condiciones indispensables para su existencia sin entorpecimientos ni peligros como organismo nacional positivamente estructurado para la realización de determinados fines de derecho y de adelanto individual y colectivo.

Esa creencia, aun antes de nacer la República se manifiesta en formas más o menos precisas y definidas, y después, aun en medio de nuestros repetidos triunfos en las guerras con los haitianos, aun en medio de ciertas formas de organización que por el personalismo no pudieron efectuar cumplidamente un proceso de eficaz desenvolvimiento, da a cada instante muestras de que prospera y fructifica en las esferas gubernativas, de que es la más viva aspiración de la oligarquía dirigente, como lo prueban indiscutiblemente las repetidas gestiones mendigando cuando menos el protectorado de alguna potencia extranjera.

El otro factor, embrionario, vago, sin fuerte consistencia en los primeros años de vida nacional, va adquiriendo fuerzas y revistiendo lineamientos más precisos a medida que, encrespándose las pasiones con el continuo pugilato de los bandos que se disputan sañudamente el poder y llegando a su *máximo* de intensidad los odios y rencores de que es tan pródigo el personalismo político, el caudillo de la agrupación que más largo tiempo y más implacablemente ha ejercido el mando supremo, siente la imperiosa necesidad, avivada cada día por el fundado temor de verse de la noche a la mañana despojado del poder por porfiada agresión de sus contrarios, de mantenerse en él contra viento y marea y considera para ello como único y supremo recurso la ayuda por medio de un protectorado o cosa peor todavía de alguna nación extranjera que lo haga en lo adelante invulnerable a los tiros de sus enemigos políticos.

En ciertas horas, el dictador imperante y el bando que identificado con él sigue ciegamente su carro de guerra, sintiendo a cada paso el terreno temblar bajo sus pies, contemplando por momentos amontonarse las nubes en el horizonte, como que pierden la cabeza ante el pensamiento de que la suprema dirección pueda pasar a manos de sus constantes e irritados enemigos que, naturalmente, tratarían de vengarse de los atropellos y persecuciones sufridas en su triste condición de vencidos.

Este empeño de continuismo disfrazado con nombres pomposos y con ideas tradicionales para ofuscar una gran parte del criterio público; este temor de verse de repente sin las prebendas del mando y expuestos a cada hora a oír el fúnebre *vae victis* de la vieja Roma, es el pensamiento capital de los autores de nuestra reincorporación a España. Los argumentos de orden sentimental que se aducen por ahí con la intención más o menos disimulada de justificar el insólito hecho del 18 de marzo y particularmente a su principal autor el tristemente famoso Marqués de las Carreras, aparte de no probar nada, son y tienen que ser secundarios. Un análisis imparcial y reflexivo los pulverizaría prontamente. Son, por lo general, las razones especiosas que, en todo tiempo, están al alcance de la mano cuando se pretende atenuar o desvirtuar hechos cuya especial naturaleza no conciente sino tales fáciles procedimientos mentales.

Esos dos factores determinantes —con acentuado predominio del primero en la primera fase de nuestra existencia nacional— comienzan a perfilarse con su verdadero aspecto después del fracaso en 1843 del Plan Levasseur y de las múltiples gestiones practicadas ese mismo año ante el capitán general de la isla de Cuba don Gerónimo Valdés, gestiones que, con tales o cuales intervalos de abandono, se repetirán insistentemente en formas variadas aunque siempre en el fondo sustancialmente las mismas hasta el momento en que por la porfiada gestión de Santana y su camarilla encuentran odio propicio en el general Serrano, y el partido de la Unión Liberal que lleva la batuta en la política peninsular juzga la reincorporación como hecho capaz de prestigiar y consolidar el nombre y la influencia de España en América.

Y en este momento, el segundo factor, el continuismo, ha asumido ya para quien lo observe con atención verdadero carácter determinante, constituyendo la base fundamental de la trama liberticida que se incubaba en la sombra, en el misterio, de tal manera que, el 27 de febrero del 1861, diecinueve días

solamente antes de arriarse la bandera nacional, en el mensaje presentado al Congreso en ese solemne día no hace Santana referencia de ninguna especie al proyecto anexionista que desde hacía tiempo formaba la principal obsesión de su espíritu. Pero si Santana en ese documento oficial no había hecho referencia al proyecto ominoso ya en vías de realización, en cambio, como asegura nuestro acucioso historiador don José Gabriel García (*Historia de Santo Domingo*, tomo III).*

las propiedades que como remanente de las que dejaron los haitianos le quedaban al Estado fueron distribuidas en pago de sueldos o de acreencias imaginarias entre los adeptos principales de la causa anexionista, tocándole a unos las casas, a otros los barcos y a muchos los más feraces terrenos; los ascensos militares fueron prodigados a manos llenas y hasta hubo distribución de grados masónicos, repartos que el vulgo apellidó bautismos, todo en previsión de quedar asegurados y sacar las mayores ventajas posibles del cadáver de la patria.

La Anexión, en la mente de sus principales partidarios, tuvo por blanco principal la permanencia bajo otra forma del bando santanista en el poder, el cual se forjó la ilusión durante un tiempo que todo aquello se limitaría a un simple cambio de decoración en que Santana, el principal corifeo, se limitaría a desceñirse la banda presidencial para revestir los arreos de capitán general de la nueva colonia y continuar, bien resguardado, su habitual rudimentaria política de violencia y de exterminio. Y lo prueba que en los primeros meses de vida colonial, aunque su continuación en el poder se justifica desde uno que otro punto de vista por parte del gobierno peninsular, ese mismo gobierno en cambio no tiene justificación dejando que el baecismo o agrupación contraria a Santana continuase mirado como enemigo, cuando desde el primer momento la más rudimentaria previsión exigía que España desarrollase

una política de atracción que sumase a su causa elementos de arraigo e influencia en el país, cosa que felizmente no pudo o no supo llevar al terreno de los hechos.

Lo que Santana realmente quiso, lo mismo que el bando que lo reconocía como su jefe indiscutible, fue dicho lisa y llanamente la continuación en el mando supremo, apoyado en un ejército numeroso y disciplinado y en una poderosa escuadra, elementos de guerra capaces de mantener a raya a los haitianos y convertir el poder en una fortaleza inexpugnable para sus numerosos enemigos políticos. Andando el tiempo comprendieron el férreo caudillo y algunos de sus principales compañeros en la triste aventura anexionista que tan hermoso sueño iba siendo de día en día más irrealizable, y ya en momentos en que les era materialmente imposible desandar el lóbrego camino recorrido.

III

Por nuestras calles comienzan a desfilar los lucidos batallones que hacía poco tiempo habían hecho reverdecir en las serranías y arenales marroquíes los viejos laureles de Las Navas de Tolosa y del Salado. Las músicas de los regimientos pueblan los aires de marciales acordes. En las esquinas, en las plazas, en ventanas y balcones, en apretado haz, hierve la gente para contemplar con entusiástica admiración el porte correcto, el paso acompasado, el aspecto de aquellos limpios y bien vestidos soldados y de aquellos gallardos oficiales cubiertos de deslumbrantes charreteras que hacen maniobrar acertadamente aquel conjunto con sus precisas y bien concertadas órdenes de mando.

El sol primaveral, un hermoso sol de abril, arranca fugitivos y deslumbrantes resplandores de las espadas desenvainadas, del bosque de bayonetas que avanza imponente, de los dorados de los uniformes. La muchedumbre agolpada en las aceras contempla con simpatía irrefrenable esos soldados de agradable y marcial continente y esos jóvenes oficiales de cutis blanco y delicado, ungidos por la gloria de las recientes proezas de la guerra de África.

Ese sentimiento de simpatía tiene su recóndito origen en la afinidad étnica, permanente, indestructible, existente ayer como hoy entre el alma dominicana y la vieja alma española, la vieja alma hecha de heroísmo y de gloria, que aunque algo atenuada o modificada en nosotros por la injerencia o mezcla

de otros elementos étnicos, aún conserva en Santo Domingo todos sus más nobles y excelsos atributos de virilidad e hidalguía y todos los fermentos nocivos que en gran parte explican sus frecuentes extravíos y sus caídas resonantes y dolorosas.

Los blancos recién llegados vienen con las escarcelas repletas de moneda contante y sonante. En lugar del papel moneda de la extinguida República, de la papeleta, depreciada, de circulación cada vez más difícil, empieza a correr con relativa abundancia la moneda de cuño español, y entre ella, atrayendo preferentemente la mirada, la faz amarilla de las peluconas de Carlos III y Carlos IV, todo lo que va engendrando el deseo de ver pronto substituida la despreciable papeleta con la moneda recién importada de verdadero valor intrínseco y poco o nada expuesta a las fluctuaciones del cambio o de otra causa económica.

En un país como el nuestro casi completamente desprovisto de desarrollo industrial y en que la agricultura —base ayer como hoy y mañana de la riqueza nacional por la relativa gran extensión de territorio sin cultivo y la excelente calidad del terreno— se encontraba en rutinario estado lo que originaba la natural escasez y pobreza de nuestras transacciones comerciales, era naturalísimo ver con buenos ojos la entrada y salida casi continua de vapores en su gran mayoría procedentes de Cuba y Puerto Rico que traían tropas, dinero, provisiones y otros elementos, produciendo con ello un movimiento que en realidad tenían poquísimo o nada de comercial, pero que contrastaba visiblemente con el silencio de nuestros puertos en épocas anteriores en que eran sólo frecuentados por los buques de vela destinados a trasportar nuestros escasos productos a lejanos mercados extranjeros. Algo artificial en el fondo ese movimiento aparentemente representaba como una mudanza favorable que hacía que muchos augurasen para lo porvenir más abundantes y sazonados beneficios.

Tal fue sin duda la impresión del mayor número cuando, pasado el primer momento de estupor y aceptada forzosamente

la realidad de los hechos, los recién llegados y los nativos principiaron a contemplarse frente a frente, a ponerse en diario contacto, a codearse en casas de familia y en sitios públicos comenzando a cambiar impresiones, formándose de esa manera en los primeros momentos una atmósfera de relativa cordial intimidad en que los más perspicaces de los flamantes dueños de la nueva colonia comprendieron presto que, salvo en algunos que hicieron lealmente causa común con los dominadores, detrás de aquellas demostraciones de agrado y benevolente acogida propias de un pueblo que entre sus virtudes atesora la de ser ampliamente hospitalario, palpitaba, en la masa principalmente, un sentimiento de «salvaje independencia», según frase de Gándara (*Anexión y guerra de Santo Domingo*, tomo 1) y que a pesar de cuanto vociferaban los autores de la irreflexiva y festinada reincorporación, no era ésta, ni con mucho, como se había asegurado en la Península en la prensa y en las Cortes, la aspiración espontánea y tenaz del pueblo dominicano pleno de amor intenso a la vieja metrópoli sino en realidad de verdad la obra transitoria y mezquina de un personalismo que por ese medio soñaba apuntalar sólidamente el cuarteado edificio del omnímodo poder que con cortos intervalos de alejamiento venía ejerciendo tiránicamente, sin plan ni método, con sólo el propósito de impedir que el poder pasase a manos de sus adversarios aunque para ello hubiese que recurrir a las más extremadas medidas de ilegalidad y de violencia.

IV

La divergencia entre elementos tan antagónicos como positivamente resultaban los representantes de la vieja política colonial española y la población criolla acostumbrada durante diecisiete años de vida independiente al disfrute de cierta libertad individual afincada en costumbres hondamente arraigadas, fue acentuándose gradualmente hasta culminar en un radical y cruento rompimiento. Con palpable desconocimiento del medio, sin un estudio previo y reflexivo de la realidad circunstante, España, siempre equivocada en su política colonial americana, instauró seguidamente en su nuevo dominio un régimen burocrático, por excelencia oficinesco, importando numerosos empleados para atender a servicios administrativos que antes, en la extinguida República, no necesitaban ni la tercera parte de ese personal para mediante un mecanismo mucho menos complicado y costoso ser satisfactoriamente atendidos.

Era la introducción de esas formas y expedientes oficinescos que en la misma España entorpecen y retardan el pronto despacho de los más simples asuntos administrativos. Las nuevas instituciones estaban calcadas en las que en ese momento regían en Cuba y en Puerto Rico con manifiesto y creciente descontento de los habitantes de esas dos islas. Como si se pretendiera romper de golpe con un pasado de existencia autonómica, deficiente en extremo sin duda, donde no había práctica ninguna de verdadera libertad jurídica propia de una

agrupación republicana, aunque sí existían como es natural formas privativas de expansión individual y colectiva, los intereses sociales vinculados en esas formas sintieron hondamente lesionados con muchas desacertadas disposiciones de la nueva administración colonial.

Requeríanse procedimientos oportunos discretos y graduales para remover o destruir costumbres de hondísima raigambre, formas y maneras de apreciar y considerar ciertas cosas, hábitos inveterados en parte quizás nocivos que procedían de un uso jamás interrumpido, todo lo que constituía un formidable amontonamiento de prejuicios, una inmensa mole de preocupaciones y de convencionalismos.

Hízose todo lo contrario. En lo civil como en lo religioso produjéronse múltiples manifestaciones por parte de las nuevas autoridades de escaso o ningún respeto a determinadas formas de vida social, avivando con ellos los rencores que fermentaban ya en las clases populares. No sólo en estas clases sino en muchos de los más conspicuos elementos de la sociedad dominicana empezaba a manifestarse un sordo descontento, ya que ellos por su relativa cultura podían apreciar mejor toda la trascendencia y peligros que necesariamente entrañaban medidas tan intempestivas y contraproducentes. El clero católico y la masonería habían vivido siempre en el país sin que ningún sensible rozamiento hubiera obstaculizado el correcto funcionar de ambas instituciones.

La masonería dominicana, sin hostilidad de ninguna especie a determinadas sectas religiosas, no tenía, como hoy mismo, otros fines que los de beneficencia y el fomento de cierta cultura por lo que jamás había inspirado temores a nadie gozando de merecido aprecio del uno al otro extremo del país. No lo entendieron así los nuevos gobernantes. Producto indudable de la lucha de ocho siglos con la morisma en que por parte del pueblo español predominó con vivos caracteres el sentimiento religioso, una radical intolerancia en asuntos de conciencia ha vibrado siempre en la Península, intolerancia

que aún conserva parte de su prístino vigor como lo demuestran las manifestaciones producidas allí últimamente en son de protesta contra la labor luminosa que con aplauso de la inmensa mayoría de la prensa universal está realizando en la patria de nuestros gloriosos antepasados el ilustre Canalejas.

En muchos masones fervorosos, en numerosos protestantes que ya no podían como hasta hacía poco practicar libremente su culto, y que a no ser por medidas tan rigurosas contra instituciones tan respetables habrían quizás aceptado el nuevo orden de cosa, fue creciendo paulatinamente el descontento convirtiéndolos por último en fogosos adversarios de régimen colonial que tan torpemente los hería en sus sentimientos y en sus creencias. Disposiciones de otro orden aún más imprudentes e irreflexivas —que en el fondo vinculaban un propósito de moralidad, de mejoramiento de las costumbres— que lesionaban la masa más numerosa, más ignorante, más impulsiva, más aferrada a sus añejas costumbres y a sus preocupaciones seculares, a la gente que por su carencia de medios de fortuna, por sus hábitos algo nómades y que en realidad no tenía nada que perder salvo la vida, fueron la causa de que sin pensar en la magnitud del empeño tomara resueltamente las armas dando comienzo al bienio épico que iba a cerrarse con la gloriosa restauración de la República.

V

Pero antes, mucho antes de que estallara el rompimiento definitivo, había resonado la protesta. No fue menester que se pusieran en evidencia las trascendentales torpezas del nuevo régimen para que, en toda la extensión del país, muchos que no se resignaban buenamente al cambio de instituciones que acababa de efectuarse alimentasen la esperanza del establecimiento de la República sin pasar mientes, ofuscados por su noble deseo, en las inmensas, casi insuperables dificultades de la gigantesca empresa. No iba tan fácilmente España a desprenderse del hermosísimo jirón de tierra americana que como valioso regalo habían puesto en sus manos algunos malos patriotas.

La lucha de emprenderse, tenía muchísimas más probabilidades de terminar en un ruidoso fracaso que de alcanzar el ambicionado laurel de la victoria. No era ciertamente lo mismo una guerra contra España que contra Haití. Acabando de vencer gloriosamente en África, no podía ni siquiera remotamente suponerse que España de buenas a primeras se resignase a una derrota que marchitaría los recientes triunfos que aureolaban nuevamente el épico prestigio del nombre español y abriría la puerta de la esperanza a los que desde hacía muchos años soñaban con la independencia de dos grandes Antillas vecinas. Con todo, como un clarín tocando a ataque, se escuchó casi inmediatamente la protesta poniendo estremecimientos de inquietud y de zozobra en el férreo dictador y en todos los que con él compartían las tremendas responsabilidades de la empresa anexionista.

En Moca, en la noche del 2 de mayo un asalto sangrientamente rechazado por la guarnición comenzó a poner de manifiesto la fragilidad de los cimientos en que descansaba el edificio de la Anexión, demostrando que la unanimidad del pueblo en su favor que tanto se había decantado era sólo un tema explotado a maravilla en proclamas y otros documentos por Santana y sus principales cómplices. Flores gastadas de la literatura oficial y nada más. Presto, con la celeridad requerida por las circunstancias, acude Santana. El temible caudillo sabía perfectamente que, en ciertos sucesos, hay que proceder rápidamente, que el tiempo cuando se trata de casos como éste es verdaderamente oro. Su obra de tantos años de labor tenaz parecía como que iba a desmoronarse. Sus agentes del exterior le informaban de los planes revolucionarios del ilustre Francisco del Rosario Sánchez y de otros expulsos de positiva significación.

Por las fronteras del sur empieza a obscurecerse el horizonte. De paso por La Vega para Moca a la cabeza de un contingente de tropas seibanas, con su habitual astucia zorruna, da la noticia a un vecino respetable de que se está preparando una nueva y formidable invasión haitiana. En Moca, un consejo de guerra, previo un juicio sumarísimo, condena al cadalso a Contreras y a varios de los que tomaron parte en el frustrado asalto del 2 de mayo.

El dictador se pone en marcha para Azua donde le espera una agradable noticia. En la gobernación se avista con el coronel García del Rizo, quien pone en sus manos el documento que contiene la completa aceptación por parte de España de la obra cumplida el 18 de marzo. El vencedor en las Carreras rebosa de júbilo viendo por fin la radiante cristalización del anhelo que ha constituido el supremo objetivo de toda su vida. Un joven acaba de regresar del destierro* y que hace antecámara esperando el momento de presentarse al expresidente

* Mi respetable y antiguo profesor en el colegio San Luis Gonzaga. Don Francisco X. Amiama, de cuyos propios labios he oído este incidente. (*Nota del autor*).

oye clara y distintamente desde el lugar en que se encuentran estas palabras de Santana refiriéndose al documento traído por García del Rizo: «Que se imprima, que se reimprima y se vuelva a imprimir si fuere necesario». Ha triunfado en toda la línea.

En el sur soplan vientos de tempestad. Sánchez, el abnegado caudillo del Conde, pone una vez más sus altos prestigios al servicio de la causa nacional, de la que es, de la que ha sido siempre uno de los más preclaros y abnegados adalides. Al frente de una reducida hueste entra por la frontera proclamando el restablecimiento de la República. Pero la desgracia, su eterna compañera, lo acompaña. La traición, serpiente venenosa, lo acecha. El gran patriota y muchos de sus compañeros hasta el número de veintiuno caen en poder de su implacable enemigo. Todos suben al patíbulo, en San Juan, con refinamientos de salvaje crueldad.

En vano un español dignísimo, el brigadier Peláez, formula enérgica protesta contra tal acto de barbarie que se ejecuta invocando el nombre de España. Todos mueren en la flor de sus años la mayoría. Van a ofrendar sus vidas en aras de un ideal excelso que cuatro años más tarde será realidad consoladora. Van a grabar sus nombres con caracteres imperecederos en las páginas luminosas de la historia. ¡Y Sánchez, el principal caudillo, herido, bañado en su propia generosa sangre, se cubre como glorioso sudario con la bandera escarnecida por los autores del 18 de marzo para ascender envuelto en ella a la cima serena y radiante de una gloriosa inmortalidad!

VI

Desde la amplia acera de la iglesia del Carmen, entre un amontonamiento de curiosos, Perico Antúnez y su primo Roque contemplan con espontánea admiración el correcto desfile de las dos compañías del regimiento de la Corona que acaban de efectuar su entrada en Santiago para constituir provisionalmente la guarnición de la plaza. Un sol espléndido, de radiante primavera, esparce sus ondas luminosas sobre la plaza y las esquinas adyacentes en que se agolpa una densa muchedumbre cada vez más compacta y que por instantes hace más difícil el tránsito.

Desde aquella riente mañana de marzo, justamente hacía un mes poco más o menos de ello, en que el desbordante dolor de su padre, el viejo militar, al ver una bandera extraña flotando como signo de dominación en el Fuerte de San Luis había levantado también una potente ola de emoción en su pecho, en Perico habíase principiado a operar una especie de íntima transformación de que él mismo no se daba cuenta y que empezaba a llamar la atención de su propia familia y de sus más íntimos allegados.

Ese cambio presentaba de día en día formas más acentuadas y precisas. Ya no se iba pareciendo al mozo de hacía poco, voluble, inquieto, jovial, locuaz, impetuoso, obseso sólo por vanas exterioridades, presto a desbaratar fandangos y desbancar rivales, que sólo tenía placer en montar a Lindo, tomar tragos y requerir de amores a las chicas guapas, de carnes exuberantes,

que moraban por esos contornos. Hasta se había descuidado en perseguir a Suna, la novia de Chago López, la que viendo tal indiferencia había sentado la cabeza y se preparaba seriamente a contraer matrimonio.

La creciente pena del Taita que a cada momento hablaba de salir de allí, de mudarse de la Otra-Banda, pues le era insopportable escuchar todas las mañanas los toques de corneta que en el Fuerte de San Luis saludaban la subida de una bandera que no era la suya, la de sus amores y sus glorias, depositaba en el alma de Perico gérmenes que fructificando más pronto de lo que se hubiera pensado se manifestaban a cada paso en frases en que palpitada su aversión hacia los blancos que se habían colado en el país con aires de dueños de la casa.

En su cerebro de campesino, rudimentario, de mentalidad embrionaria, bullían, entrechocándose, ideas extrañas, nuevas, sugeridas por la diaria contemplación de aquellos extranjeros que, en un santiamén, en lo que canta un gallo se habían cogido la tierra que el viejo, durante tantos años, había defendido de los mañeses con entusiasmo y decisión insuperables. El viejo, a todas horas, día y noche, insistía en el deseo, que ya iba tomando los caracteres de una idea fija, de irse con Maruca, que seguía algo mejor a vivir al Santo Cerro, en casa de su hermana Rosario, dejando a Perico la dirección y el cuidado de la estancia. Allí en aquel retiro que tenía algo de religioso, de paz claustral, desengañado, enfermo, pasaría sus últimos años, sin que viniese a turbar su espíritu el murmullo de lo que pasaba fuera, en las ciudades, donde quiera que restallase el látigo de los poderosos amos de la nueva colonia.

Por la irrupción lenta y progresiva de fuerzas ancestrales latentes en el espíritu de Perico, y que ahora, en aquel instante de crisis psicológica, encontraban ocasión propicia para adueñarse de su voluntad plasmándose en actos cotidianos, como si fueran productos directos de la fiebre que empezaba a apoderarse de él amenazando llegar pronto a su *máximo* de intensidad, germinaban en el mozo ideas de agresión, anhelos

belicosos, disposición a trabar disputas con los recién venidos cual sucedía cuando se encontraba con los soldados que bajaban a bañar al Yaque los caballos de los oficiales. Recogía con avidez, propagándolos corregidos y aumentados, los rumores de próximos trastornos que empezaban a circular con insistencia. Conocía al dedillo las pocas armas que, en un momento dado, podían conseguirse por aquellos contornos. Y empezaba a ponerse en contacto con ciertos elementos de Santiago que siempre habían distinguido a su padre y que al ver el excelente estado de ánimo de aquel fornido mocetón lo habían utilizado para su empeño de caldear la atmósfera con ideas de revolución que iban lentamente infiltrándose en las masas. No pudiendo de momento hacer otra cosa habíase convertido Perico en un propagandista de tomo y lomo. De esa manera exhibía su aversión a los de afuera, mientras sonase el instante de hacerlo de modo más práctico y decisivo. Su primo Roque, que en esos mismos días había asistido a un matrimonio en Licey, le contó, al regresar, que se preparaba algo serio, que se estaban reuniendo armas para dar de momento un golpe en Moca.

Reinaba majestuosamente la noche, una noche de principios de mayo, perfumada y tibia. Arriba, en la inmensa cúpula del espacio, hacía ella soberbia ostentación de todo el indescriptible lujo de su magnífica pedrería sideral. Interrumpían solamente el silencio augusto de la campiña uno que otro ladrido de canes vigilantes y el monótono estridor de los grillos. Paz inmensa, melancólica y solemne. En el bohío de la Otra-Banda impera la mayor tranquilidad. Maruca cose sosegadamente. El viejo dormita arrellanado en una mecedora. Perico, algo fatigado del trabajo del día, se columpia en una hamaca.

Muy lejano, casi imperceptible, como un murmullo tenuísimo, parece oírse, en el silencio de la hora, el rumor de la corriente del río. De súbito, detrás del bohío, del lado de la cocina, escúchanse pasos precipitados que corean insistentes y fuertes ladridos de canes. La figura de un hombre rechoncho, de tez muy

obscura, casi negro, descalzo, con signos de vivísima inquietud en el semblante, aparece, como terrorífica aparición, en la puerta del patio. Inquietos, sobresaltados, los tres de la casa se habían levantado casi simultáneamente.

En un abrir y cerrar de ojos, Perico había empuñado el machete dispuesto a hacer frente a cualquier agresión. El viejo Juan de pie, sereno, pregunta con voz ruda: «¿Quién es?» Con la prisa que exigen las circunstancias se da a conocer el aparecido tan bruscamente. Era Rufino Pérez, hijo de un compadre muy estimado del viejo Juan, un amigo de la infancia que vivía en Hinchita pegadito a Moca. Venía a rogar al viejo, en nombre del compadre, que lo tuviera oculto en su estancia por algunos días. Era por causa política. La curiosidad, una curiosidad devorante, que no daba tregua ni aún a respirar se había enseñoreado de todos. El viejo Juan repitió con fuerza mirando fijamente al mozo: «Pero, ¿qué ha sucedido?».

Rufino no da lugar a otra interrogación. Miró a todos lados como si temiese ser oído por otras personas que no fueran las presentes y con voz ruda que tenía dejos de doliente resonancia articuló estas dos palabras: «¡Nos fregaron!». El viejo, con viva inquietud, como quien espera algo desagradable, seguía clavando en el fugitivo la mirada amortiguada de sus ojos enfermos. Perico había ya adivinado de lo que se trataba. Rufino, en medio de un silencio sepulcral, con frase incorrecta, rápida, contó el lance. La cosa había sido en Moca. Juan Suero, el comandante de Armas, estaba en el campo, en su finca, en los llanos de Pérez, camino de Puerto Plata. El coronel Contreras quiso aprovechar la ocasión para dar el asalto con éxito seguro. ¡Pero quia! Un maldito sinvergüenza dio el soplo a Bernardo, el ayudante de plaza, quien volando mandó desde por la mañana, un expreso a Suero.

«Esperando la noche estábamos emboscados en un montecito cercano al pueblo y cuando oscureció bien el coronel Contreras nos dijo lo que debíamos hacer al llegar a la esquina de la plaza y gritó resuelto. “¡Adelante!”. Con tiros primero y

después a machetazo limpio casi llegamos a ponerle la mano a la Comandancia, pero allí fue la de Dios es Cristo. Suero estaba ahí vuelto un demonio. En todas partes se le veía dando gritos y tirando machetazos de a cuarta. Herido como estaba continuó peleando hasta que tuvimos que derrotarnos. Y nos buscan por todas partes para fusilar al que cojan en el mismo momento...».

TERCERA PARTE

Santiago de los Caballeros



I

—Espérate, hombre, espérate. Vas casi corriendo. ¿Qué ocurre? ¿Dónde es el fuego?

Miró el interpelado con temor en todas direcciones, llevóse el índice a los labios y respondió con voz que apenas se oía:

—Chis. Habla más bajo. Fíjate en aquel sargento español parado en la esquina que no quita la mirada de nosotros. ¿No sabes lo que hay? ¿Es posible?

—Vengo de Puñal ahora mismo llamado por Pablo Pujol con urgencia; pero acaba: ¿qué demonios sucede? Noto hoy una alarma y agitación que no me explico.

—Esta noche sin falta se dará el golpe. Todos los amigos están avisados. Y los españoles parece que han sabido algo porque están muy metidos en conciliábulos. Pero les vamos a liar la soga. Con la poca tropa que tienen no podrán resistir la montaña que se les viene encima.

Quedose con tamaño boca abierta el preguntón mientras su interlocutor seguía calle arriba como alma que lleva el diablo.

Eran las cinco de la tarde del 24 de febrero de 1863. El sol, en su ocaso, derramaba sus últimos y pálidos fulgores sobre las calles y plazas de la noble ciudad cibaëña. El manto de púrpura que cubría una parte del horizonte iba lentamente, suavemente, perdiendo su encendido color hasta desvanecerse en los tonos grisáceos del crepúsculo, doliente y presuroso heraldo de la noche que se avecinaba.

No sé qué de misterioso e impresionante se advertía en el semblante de los que iban y venían cambiando, al pasar, miradas y gestos sospechosos. Cerrábanse apresuradamente las puertas de los almacenes, tiendas y casas de familia, siendo cada vez más raros los transeúntes. En el Fuerte de San Luis se notaba agitación desusada. Acercándose a él podía verse, en la explanada, mucho movimiento de tropa. Se oían repetidos toques de cornetas; dos cañones de poco calibre guardaban como dos fieros dragones la entrada principal prestos a abrir sus fauces y soltar su carga de metralla, y de cuando en vez pelotones de tropa salían como a cerciorarse de lo que ocurría fuera o a ocupar cercanos y determinados puntos de resistencia.

En ausencia del veterano general Hungría, salido hacía dos días hacia la frontera noroeste para ahogar en su cuna la revolución que ya debía haber estallado, desempeñaba el mando superior el general Michel. Los dos jefes españoles de mayor graduación, Zarzuelo y Campillo, venían a Michel con malos ojos no sólo por su condición de criollo sino por sus titubeos e indecisiones para afrontar con rápida y enérgica decisión un estado de cosas que de minuto en minuto se hacía más tirante y peligroso.

El golpe, según las más fundadas versiones, debía ser simultáneo o poco menos en Santiago y en las poblaciones de la Línea para de esa manera desconcertar y aislar, obligándolas a deponer las armas, a las reducidas guarniciones españolas esparcidas en la zona que en breve debería estar completamente insurreccionada. Lucas de Peña, José Cabrera, Benito Monción, Santiago Rodríguez y otros, con armas y municiones conseguidas en Haití respondían de toda la región inmediata a la frontera. Hacía meses que mantenían frecuente correspondencia con algunos conspicuos conspiradores de Santiago. Pero el centro principal, el foco de la insurrección parecía ser el Ayuntamiento, donde gente muy fogosa y patriota creía llegado ya el momento de echar afuera a los españoles. Por lo menos, las autoridades coloniales de Santiago así lo creían.

En la gente del pueblo era general la convicción de que en un abrir y cerrar de ojos se obligaría a capitular a la escasa guarnición de la plaza.

A medida que cae la noche empiezan a verse grupitos de tres, cuatro, cinco personas, que cambian frases en voz muy baja, mirando a todos lados, misteriosamente, como dándose cita para algún punto. Afírmase que casi toda la oficialidad de las reservas estaba comprometida en el proyectado movimiento insurreccional. En el Fuerte Dios un grupo bastante numeroso de jóvenes en su mayoría, muchos desarmados o poco menos, esperan de momento la orden para ocupar la plaza de armas y la cárcel vieja, y después intimar la rendición al Fuerte de San Luis que muchos creían presentaría poca o ninguna resistencia. El Ayuntamiento, dirección suprema y más o menos oculta de aquel movimiento acababa, en vista de las circunstancias, de declararse en sesión permanente con el ostensible objeto de velar por los intereses del pueblo y la seguridad de las familias.

En el Fuerte de San Luis, Zarzuelo y Campillo, sin importárseles un ardite de Michel comienzan a dar órdenes para la defensa del fuerte o para tomar la ofensiva si las circunstancias se presentaren favorables para ello. Todos los destacamentos situados en diferentes lugares de la población, incluso la guardia de la cárcel, se habían ido paulatinamente reconcentrando en el recinto de la fortaleza. La ciudad acentuaba más y más su actitud de noble y fiera rebeldía. La suave luz de las estrellas atenúa un tanto la negrura de aquella noche en que van a ocurrir escenas de dolor y de muerte. Algo indefinible, pálido, de vibración trágica, se cierne en aquellas horas de angustiosa espera sobre la gloriosa ciudad cibaëña, presta, una vez más, a derramar la sangre de sus hijos en propicio holocausto a un magno ideal de libertad y de justicia.

II

En la orilla derecha del Yaque que la arrulla con su perenne y acompasado murmullo; circundada por montes que se destacan besados por albos jirones de nubes en el intenso azul de un cielo casi siempre limpio y sereno, y por dilatadas llanuras en que esplende una vegetación exuberante, pródiga en colores y matices; con la imponente majestad y el vago y sugerente misterio de las cosas extintas en que han puesto su sello romántico resonantes hechos legendarios emporio principal de la cultura y del comercio de las comarcas cibaenas, se extiende Santiago, la ciudad rica y heroica, en dilatado e irregular espacio, exhibiendo con el legítimo orgullo de quien posee una resplandeciente aureola de histórica resonancia, sus amplias y pintorescas plazas, sus largas calles, sus elegantes edificios públicos, cuanto en su recinto, cuna de tantos héroes y teatro de tantas hazañas, representa brillante y elocuentemente los tenaces esfuerzos de sus moradores para encaminarla, en todas sus manifestaciones de vida, en lo espiritual como en lo material, por las vías más radiantes y salvadoras de la civilización moderna.

Fortaleza primero emplazada en Jacagua por el Adelantado don Bartolomé Colón como para servir de útil y necesario jalón en la conquista y pacificación del territorio, alcanza presto, debido al número creciente de sus moradores, a merecer del rey Fernando como otras de la Isla el título de ciudad con la agregación de los caballeros, «porque en aquel lugar se habían

avercindado muchos de los hidalgos de la Isabela y de los venidos con el Comendador», gente que tenía por gracia especial atribuida a los Reyes Católicos «comulgar con espada ceñida a usanza de las de las Órdenes religiosas, y entrar a la iglesia en ciertas festividades con sombrero calado, botas, espuelas y espada».

Muchos años más tarde, trasladados sus principales moradores al sitio en que se encuentra actualmente a consecuencia del terrible acudimiento sísmico que redujo a menudos escombros sus edificios y los de la vecina ciudad de La Vega, conservó hasta casi las postrimerías del siglo 18 las pintorescas exhibiciones que acreditaban, en determinados casos, el origen nobiliario de muchos de sus principales vecinos y a los que se daba en aquella época grandísima importancia. Aquella nobleza de provincia, celosa de sus fueros y preeminencias, todos los años, la víspera y el día del patrón Santiago, desplegaba inusitado lujo y esplendor en lucidas cabalgatas y en magníficas fiestas religiosas.

Por las calles de Santiago, bajo el sol estival, imponente y pintoresca, destinaba la brillante comitiva a cuyo frente marchaba con aspecto solemne el Alférez Real llevando el Pendón regio entre la admiración, el alborozo de la abigarrada muchedumbre que de muchas leguas a la redonda había concurrido a aquellas grandes fiestas patronales. A la distancia de siglos, evocación romántica de cosas desvanecidas en el tiempo, surge a la imaginación el atractivo recuerdo de aquellas típicas solemnidades del tiempo colonial con todo su peculiar colorido y la fulgente grandiosidad que les comunicaba un sentimiento religioso, sincero y potente.

Destruída dos veces por los estremecimientos del suelo, saqueada e incendiada en varias ocasiones por piratas o invasores, escenario de acontecimientos cruentos y resonantes, vencedora unas veces y vencida otras, dispuesta de continuo a todo género de arrestos fulgurantes en defensa de la independencia nacional amenazada o del derecho conculcado, tan

pronto destruida como reedificada con mayor esplendor que antes, Santiago de los Caballeros vincula un pasado histórico de tal importancia que bien merece figurar en el número de las ciudades más ilustres de América.

En el período de latrocinios del filibusterismo, Delisle la hizo su presa al frente de quinientos aventureros exigiendo por su rescate 52,000 ducados. Más tarde, nuevos aventureros occidentales la saquearon e incendiaron. En Santiago nació aquel Antonio Minier, oficial experto y valeroso que con una oportunísima y hábil maniobra decidió el éxito de la batalla en la Limonade haciendo sangriento estrago en las huestes francesas. Y ya en el pleno tormentoso período de las *razzias* haitianas, cuando el feroz Cristóbal, Atila etíope, seguido de millares de negros desalmados le intima la rendición, uno de sus hijos digno de figurar en cantares de gesta por su caballescía bizarría, Serapio Reinoso del Orbe, se irgue con la decisión de los viejos paladines pretendiendo impedir el paso al invasor, nuevo Leónidas, a la cabeza de un puñado de héroes dignos de tan heroico caudillo.

Una parte de su escasa tropa es arrollada en el paso del Yaque, y el mismo Serapio, en la Emboscada, cae bañado en su propia sangre haciendo estremecer el suelo, como los paladines de la *Ilíada*, con el peso estruendoso de sus armas. La horda pasa como un huracán de sangre y de exterminio sobre el cadáver del héroe. Y un lunes de carnaval, entran los vándalos occidentales a Santiago tocando degüello. Todo cae bajo el cuchillo de los feroces vencedores. Muchos buscan refugio en la iglesia como para imponer respeto y mover a compasión a los verdugos. Vana esperanza. Sacerdotes, mujeres, niños, son sacrificados con extremos de africana crueldad. No hay en el cielo ni en la tierra, en aquellas horas terribles, nada que ablande el corazón de Cristóbal y de sus implacables sicarios. Como bien dice el gran Campoamor:

*Hay días muy negros
Y está muy lejos Dios en esos días...*

Ha pasado ya el gobierno de Ferrand culto y progresista en muchos aspectos. Y ha desaparecido también la España Boba, vegetativa y nirvánica. Circunstancias adversas hacen fracasar la patriótica iniciativa de Núñez de Cáceres, punto luminoso de partida de todas las tentativas posteriores para conquistar la independencia.

Bajo los veintidós años de ominosa dominación haitiana, Santiago gimió inconforme escrutando de continuo el sombrío horizonte para descubrir el signo anunciador de la definitiva cesación de aquel humillante orden de cosas. Y cuando sonó el 27 de febrero, la noble ciudad experimentó la intensa fiebre patriótica que contagiaba todas las almas desde el uno al otro confín del territorio dominicano. A la voz imponente de uno de sus hijos, Domingo Daniel Pichardo, Santiago se adhirió con demostraciones de férvido entusiasmo a la causa separatista.

Malgrado el éxito de la batalla de Azua por la intempestiva retirada de Santana a Baní, empezó a germinar la inquietud creyendo muchos que la República recién proclamada iba a ser sólo deslumbrante meteoro que ilumina un momento para desvanecerse prontamente en las negruras del espacio. Todas las miradas están fijas en Santiago, suprema esperanza de la patria, sobre la que marcha aceleradamente el general haitiano Pierrot comandando numerosa hueste. En la ciudad, en los primeros momentos, reina la mayor confusión. Menudean los pareceres. Se evidencia la falta de una dirección que imprima unidad a la defensa, de una cabeza organizadora. Al fin aparece. El general Imbert, modesto, hábil, práctico, toma las disposiciones indicadas por la gravedad de las circunstancias.

Empieza la concentración de las tropas para salir al encuentro del enemigo. Ya es tarde. Las primeras filas del

ejército haitiano hacen su aparición en la Sabana. *Aníbal ad portas*. Los haitianos son rechazados ataque tras ataque. Al morir la tarde del 30 de marzo envuelta en resplandores de gloria imperecedera, el ejército enemigo se encuentra en completa derrota. Santiago conquista un nuevo laurel para su historia, y con su espléndido triunfo consolida la bamboleana República. En las guerras sucesivas, en Beller, en Talanquera, en Sabana Larga, los aguerridos contingentes santiagueses, siempre en primera línea, consiguen poner en dispersión a las tropas haitianas, casi siempre superiores en número. Al transformarse la República en colonia de la monarquía española, varios santiagueses se negaron a poner sus firmas en el acta de pronunciamiento con que los autores de aquel hecho querían hacer creer en España que era hijo de la espontánea voluntad de los dominicanos.

En Santiago, con alternativas de esperanza o de desaliento, hubo siempre un núcleo de conspiradores que no cejaban en su empeño de preparar un movimiento revolucionario con el nobilísimo propósito de dar nueva vida a la nacionalidad traicionada por los hombres del 18 de marzo. En abril de 1863, por haber querido realizar ese ideal, algunos de sus hijos subieron al patíbulo. El poema de abnegación y de heroísmo escrito por Santiago en los días trágicos del bienio restaurador es indudablemente lo más alto y resonante de toda la historia dominicana.

Ha sido cuna de políticos, guerreros, literatos, poetas, historiadores de alto renombre. Y entre esos hombres descuella en primer término, como luminar de potentes y perdurables resplandores, la figura serena y austera, que bien puede parangonarse con la de muchas grandes personalidades de la antigüedad clásica, del insigne patricio Ulises F. Espaillat, quien es, después del excelso e inmaculado Juan Pablo Duarte, el ciudadano de más alto y ejemplar civismo que ha tenido la República.

En Santiago un grupo conspicuo de sus hijos inició en días memorables la Evolución, forma imperfecta pero que marca

nuevos rumbos en el luminoso propósito de buscar por medio de resortes legales, de verdadero carácter jurídico, la transformación o caída de una situación política, sin necesidad de recurrir al odioso y bárbaro procedimiento de las guerras civiles. En la actualidad, olvidada por completo de su pasado de bélica resonancia, con la vista puesta en el porvenir, despliega todos los recursos de sus bien encaminadas iniciativas procurando por todos los medios sugeridos por los modernos adelantos, fomentar en vasta escala el trabajo, ensanchar su esfera intelectual mediante la creación de instituciones educacionales conforme con los más avanzados procedimientos pedagógicos, y realizar a cada paso notables obras de ornato público que pongan en su aspecto material primorosas formas de belleza arquitectónica; pero dispuesta en todo momento a embrazar vigorosamente el viejo escudo y a empuñar la enmohecida espada de sus grandes paladines para si el caso lo hiciere necesario verter hasta la última gota de su generosa sangre en defensa de la patria y de la libertad amenazadas.

III

Noche oscura de febrero. De las casas herméticamente cerradas no se escapa ni el más leve rayo de luz lo que contribuye a que la oscuridad sea más densa y pavorosa. La joyería sideral hace en el inmenso firmamento magnífico derroche de suaves y luminosas titilaciones. Por las calles discurren grupos armados en dirección a la Plaza de Armas caminando sin hacer ruido como si fueran misteriosos fantasmas evocados de un mundo lejano. De la Casa Consistorial, puertas y ventanas abiertas de par en par, salen chorros de luz. Los regidores deliberan en sesión permanente. Se discurre con amplitud sobre la manera de evitar las desgracias que amenazan a la ciudad si llega a producirse un choque entre españoles y dominicanos.

Fuera, con intervalos más o menos largos, escúchanse confusamente cien ruidos distintos, entre los que se percibe claramente el murmullo de conversaciones y el resonar de armas. Los grupos que desde las últimas horas de la tarde se estaban reuniendo en el Fuerte Dios hacen tumultuosa irrupción en la plaza. Rasgan el aire gritos subversivos. De pronto circula con rapidez eléctrica entre los grupos la noticia de que las autoridades españolas han dirigido un duro oficio al Ayuntamiento exigiéndole que se traslade inmediatamente al Fuerte de San Luis para allí resolver las resoluciones que urge tomar en vista de la gravedad de las cosas. El Ayuntamiento, unánimemente, declara que en tales circunstancias su deber es continuar donde está para laborar más eficazmente en bien de los intereses

de la comunidad que representa. El síndico Belisario Curiel se levanta revelando en el semblante la indignación que arde en su pecho. Con su verbo vibrante y encendido pide que se rechace como humillante para la Corporación municipal la exigencia de las autoridades españolas.

Transcurren minutos que parecen horas. La oscuridad se espesa cada vez más. Los oficiales de la reserva comprometidos con los conspiradores hacen esfuerzos titánicos en el sentido de imprimir alguna organización militar a aquel movimiento que no es en el fondo sino una manifestación tumultuosa dirigida por algunos hombres ardientes pero irreflexivos y equivocados. Órdenes precisas, indicaciones más o menos oportunas, gritos repetidos de ¡firme! rompen el silencio solemne que a ratos impera, el silencio terrible que precede a las grandes catástrofes.

Por propio acuerdo o por delegación del Ayuntamiento, dos regidores, Pablo Pujol y Alfredo Detjeen, suben al Fuerte de San Luis para gestionar la manera de impedir la ruptura de hostilidades entre el pueblo y la tropa, visto el propósito de la guarnición de resistir a todo trance. Parece cosa cierta que tanto algunos regidores como la inmensa mayoría del pueblo congregado en la plaza creían a pie juntillas que la reducida tropa española, circundada por el oleaje popular que rugía enfurecido avanzando imponente, no podría oponer sino una muy débil resistencia.

Hungría estaba en Jaibón con parte de la guarnición en marcha hacia la Línea donde había ya comenzado la revuelta y había que aprovechar momento tan oportuno para dar el golpe sobre seguro. Pero en realidad aun disponiendo, como se disponía, de muchísima gente, el número que se quisiera, no había con que armar sino una pequeña parte ni el tiempo ni la oportunidad indispensables, para dar a aquellas masas incoherentes una sombra siquiera de organización militar, de modo que todo aquello que en apariencia parecía un formidable movimiento revolucionario no era en realidad, sino una

manifestación tumultuosa de deseos y de rencores largo tiempo comprimidos.

En tales condiciones los trescientos soldados que poco más o menos representaban el total de la guarnición española, constituían un ejército por su armamento, su férrea disciplina y el arrojo y la decisión de sus jefes. Pero esto que quizás fue observado por los más precavidos, no estaba, ni con mucho, al alcance de la inmensa mayoría ofuscada por propagandas exageradas y por la esperanza de un triunfo que pensaba obtener sin mayores sacrificios. Muy pocos eran sin duda los españoles, aislados casi puede decirse, sin probabilidades de inmediata o pronta ayuda; pero en ellos palpitaba fuertemente la vieja alma hispánica viril y heroica, acostumbrada a arrollar los más temibles obstáculos y en ciertos momentos imponer su voluntad de acero al mismo adverso destino.

Pasó una hora que pareció a todos muy larga. Crecía la excitación. Pueblan el espacio repetidos vítores a la República. Algunos soldados rezagados ganan en rápida carrera el Fuerte de San Luis perseguidos por grupitos del pueblo amotinado en la plaza. Aprovechando la confusión del momento, los presos encerrados en la cárcel vieja matan al alcaide y toman las de Villadiego campando por sus respetos. En la fortaleza todo está preparado para rechazar una agresión o tomar la ofensiva. Este último temperamento predomina. En ciertos momentos más vale anticiparse al contrario. Es mejor atacar que ser agredido.

En vano Pujol y Detjeen tratan de disuadir a Zarzuelo y a Campillo del propósito de embestir al pueblo, invocando razones de humanidad y asegurando que los grupos reunidos en la plaza no atacarán la guarnición. No se les escucha. Los jefes españoles no se dan por entendidos juzgando que tales razones son tretas para entretenerlos mientras los enemigos reunían hombres y municiones para asegurar el éxito. Una compañía de la Corona regida por el capitán Lapuente se dispone a atacar a los que Campillo llama con singular énfasis facciosos.

Cien hombres de San Marcial se forman también para sostener este movimiento cubriendo la retaguardia. Óyense breves frases de mando. ¡Firme la Corona! ¡Firme San Marcial! Se toman las postreras disposiciones, y en marcha. ¡Adelante! ¡Viva la Reina!

En la plaza, preparados lo mejor posible, esperan los sublevados la embestida confiados principalmente en su superioridad numérica. Están ya convenientemente situados los que disponen de fusiles y de una regular provisión de cartuchos. Súbito resuena un ¡ahí vienen! Casi inmediatamente se escucha un ¿quién vive? lanzado de la avanzada republicana. Una voz entera, que parece salir de las tinieblas, responde varonilmente, ¡España! Suenan un tiro, dos, muchos más. En correcta formación, impávidos, avanzan los españoles. Ya casi están tocando la plaza. De las filas revolucionarias parte una descarga cerrada que durante varios segundos como que desconcierta las primeras filas de la columna española. Repónense inmediatamente. «¡Firme la Corona! ¡A la bayoneta! A ellos», grita con voz estentórea el capitán Lapuente. Al fulgor de los disparos parecen las bayonetas como relucientes puñales, blandidos por manos invisibles en la tétrica negrura de la noche.

Ante actitud tan resuelta los amotinados comienzan a desconcertarse. Suenan tiros aislados, gritos, imprecaciones de heridos. Aquella tentativa de resistencia se trueca en retirada que bien pronto se convertirá en franca dispersión. En vano tres o cuatro intentan detener el empuje haciendo fuego en algunas esquinas a medida que retroceden. Inútil todo. Los españoles, acosándolos, los llevan en completa derrota hasta fuera de la población. Allí hacen alto prorrumpiendo en calurosos gritos de triunfo. «¡Viva España! ¡Viva la Reina!».

IV

Perico Antúnez y su primo Roque se encontraban en la guardia más avanzada, en el sitio de mayor peligro. Ambos veían por primera vez lo que era realmente la guerra. No era eso, ya lo creo, tan fácil como desbaratar bachatas por un quítame allá esas pajas. Y díganlo, repetía Perico con su habitual fraseología algún tiempo después refiriendo sus aventuras de esa noche a sus camaradas del campamento cuando la guerra estaba ya en todo su apogeo.

Perico y Roque desde hacía casi dos años no habían cesado ni un instante puede decirse de vivir en una atmósfera de planes revolucionarios, de perpetuo propagandismo, prestando utilísimos servicios a los que tenían en sus manos los hilos principales de la conspiración, ya en viajes frecuentes a Haití para llevar y traer correspondencia o en excursiones a algunos lugares cercanos de la línea fronteriza donde por circunstancias especiales de lo abrupto del terreno y de su inmediato contacto con territorio extranjero existía desde hacía algún tiempo un foco de revolucionarismo de que con frecuencia partían voces de aliento para toda la región cibaeña. Perico, principalmente, por su decisión y la entera confianza que inspiraba conocía al dedillo cuanto en esos días se maquinaba.

En él, a medida que el tiempo pasaba, ibanse despertando con ímpetu fuerzas atávicas que dormían en el fondo de su ser y que surgían ahora lentamente bajo la influencia del ambiente y de las circunstancias en que se movía. En el trato

diario con sus compañeros, sin exceptuar a su mismo primo Roque que no pensaba discutir su superioridad, empezaba a demostrar cierto carácter autoritario, cierta propensión cada vez más acentuada a dirigir, a arrastrar a los demás tras sí, a encadenarlos a su voluntad absorbente regida en aquel instante por el ideal sublime de redimir la patria; pero que más tarde, realizado ese propósito, tales impulsiones podían convertirse, como sucedió con casi todos sus compañeros, en fermentos de un caudillaje desapoderado y estulto que iba a entorpecer grande y peligrosamente el gradual desenvolvimiento de las instituciones republicanas. Mandar, ser jefe, desplegar en apropiado escenario condiciones de relevante valer personal que lo pusieran muy por encima de los demás, eran las ideas que en aquellos días bullían confusamente en su cerebro.

Todas las cualidades buenas o malas que poseía debidas a la mezcla, bajo el ardiente sol tropical, de la sangre española con gotas más o menos numerosas de la sangre africana, gradualmente, por un proceso natural de expansión, íbanse poniendo de bulto y dando de sí las naturales consecuencias. La fe ciega, el potente individualismo y la tenacidad heroica diluida en la primera en íntima compenetración con la característica de salvaje fiereza de la segunda iban a convertir a aquel campesino casi primitivo con sólo una que otra simiente de cultura en su mentalidad rudimentaria, según la impulsión de determinadas circunstancias, en un héroe sublime o en un caudillejo ignorantón y violento sin más freno ni ley que los ímpetus de una voluntad agresiva y desordenada.

Impetuoso, vehemente, mano abierta, siempre brindando tragos y prestando servicios a los compañeros, comenzaba a trillar la vía de una popularidad que lo envanecía y poco a poco casi insensiblemente, hacía sentir cierta superioridad en el círculo en que se agitaba esperando ansioso el instante de poner en evidencia las dotes de que se juzgaba poseedor en campo más vasto y apropiado. Continuaba como antes cuidando de la estancia de la Otra-Banda. Residía en ella sólo con el

peonaje ocupado en las faenas campestres, pues el viejo Juan ya casi ciego y Maruca siempre achacosa se habían trasladado al Santo Cerro adonde invariablemente iba a verlos Perico todos los domingos así lloviese a cántaros y se pusiera el camino realmente intransitable.

El comandante lo aguardaba siempre con impaciencia por las noticias que le llevaba de la marcha de los planes revolucionarios. Pero en realidad el viejo tenía poca o ninguna confianza en tales andenes. A su experiencia de hombre ya curtido en cosas de guerra y que conocía algo de la historia de la vieja metrópoli no se le ocultaba lo difícilísimo que sería vencer a los españoles tan inmensamente superiores a los haitianos por todos conceptos, mientras Perico, henchido de juvenil ardimiento, sin pizca de experiencia, con la ciega confianza propia de la edad creía a macha martillo, que, llegado el momento, sería lo más fácil del mundo echar a los blancos del terruño haciéndoles poner pies en polvorosa.

Influido a toda hora por el ambiente de misticismo que envuelve al Santo Cerro, el viejo Juan había encontrado un eficaz consuelo para sus dolores físicos y sus penas de espíritu en cierto recrudecimiento de los sentimientos religiosos de su infancia. De Maruca no hay que hablar. Aunque de continuo doliéndole algo estaba como a sus anchas en aquella atmósfera de prácticas religiosas. Allí, muy cerca, a pocos pasos de su morada estaba la iglesia, y en ella su Virgen, la Virgen de las Mercedes, sobre un rico altar coronado de luces, objeto continuo de fervoroso culto por las muchedumbres de peregrinos que acudían de todas partes atraídos por la legendaria santidad de aquel histórico lugar.

En el fondo de un antiguo baúl tenía el viejo sepultado el cuadro de la batalla de Beller en que lucía flameando victoriosa la bandera dominicana. Ya casi no la podía ver. En su retina se fijaba ya muy confusamente el aspecto de las cosas, aun las más cercanas. Pronto quedaría ciego. Mejor. Porque decía a cada rato: Aunque recobrara la vista, ¿para qué contemplarla

si esa bandera sólo tenía realidad en el pensamiento de los que habían hecho de ella el símbolo radiante y hermoso de toda una vida de abnegaciones y de sacrificios?

Y con la misma reconcentrada amargura de antaño murmuraba: «¡Los traidores! ¡Los traidores!». Perico procuraba llevar a su alma dolorida un rayo de esperanza apartándolo de tan negros pensamientos. «Oiga, Taita —le decía—, no se aflija tanto; yo le aseguro que pronto pondremos otra vez la bandera en el fuerte. Ya todo lo tenemos listo». El viejo, escéptico, sonreía. Aunque bien mirado, ¿quién sabe? Cosas mucho más difíciles se habían visto en el mundo. Cada vez que oía las fogosas afirmaciones de Perico sentía como que se aclaraba por grados la nube negra de su pesimismo.

Empieza a declinar la tarde, apacible, solemnemente melancólica. El viejo y Maruca sentados detrás de la iglesia aspiran con delicia el aire suave y perfumado que sube de la inmensa Vega Real extendida a sus pies como inmensa alfombra de espesa verdura. Súbito galopar cercano de un caballo y un grito de Maruca. ¡Perico! Se abrazan estrechamente formando bajo el palio de la tarde un grupo que evoca no sé qué escena de tiempos patriarcales. Presto advierten que Perico está inquieto. El mozo oculta algo.

El viejo lo interroga ansiosamente. Pues bien, claro, clarito. Mañana 24 de febrero se da el golpe en Santiago. Viene a pedirle la bendición al viejo y a darle un abrazo a Maruca. Nadie sabe lo que puede suceder. Caso de no triunfar y quedar con vida, Roque y él se irán para Haití hasta que Dios disponga. Lo que es a él, no le ponen los blancos la mano encima. Y júrenlo. El viejo, lloroso, lo abraza bendiciéndolo. Maruca, después de estrecharlo en sus brazos entra a la iglesia a ofrecer a la Virgen de las Mercedes no sé qué promesa para que Perico salga con felicidad del peligroso empeño.

V

Al iniciarse el movimiento de retroceso de los grupos ante la línea española que, como si estuviera haciendo ejercicio, firme, sin vacilaciones avanza imponente, óyese en la oscuridad una voz clamorosa gritando: «¡Los españoles están echando manga!». Cunde el pánico. La retirada se convierte en franca derrota. Prodúcese un espantoso ¡sálvese quien pueda! Por las calles que desembocan en la Sabana la dispersión se hace general. En vano Perico, Roque y algunos más prosiguen retirándose lentamente, fieramente, perdiendo terreno paso a paso, quemando sus últimos cartuchos.

Ya van a pasar frente al cementerio, cuando en la oscuridad siente Perico el ruido de un cuerpo que se desploma cerca de él y escucha una voz muy querida que le dice: «¡Me han cortado, no me dejes!». De un salto de tigre, con increíble rapidez, Perico se abalanza hacia Roque con formidable ímpetu y haciendo uso de sus fuerzas hercúleas, se lo echa sobre los hombros y arranca a correr. Ya llegan los españoles. Perico sigue huyendo con su preciosa carga. Está perdido sin remedio. La corneta española da el toque de alto en ese momento. La persecución cesa. Perico no se detiene. ¡Roque, Roque! Nadie le contesta. Desmayado ¿Muerto acaso? No tiene tiempo de pensar en nada.

De momento puede continuar el avance de los españoles. Sigue caminando en la oscuridad con Roque a cuestas. En ocasiones, no oyendo ningún rumor sospechoso se detiene por

breves minutos para tomar aliento. Sigue su doloroso *vía crucis*. Camina, camina. ¿Adónde va? No lo sabe. En medio de la densa oscuridad ha perdido el rumbo. Tinieblas, tinieblas por todos lados. Adelante. Escudriñando bien parécele divisar el comienzo de una vereda y sigue en esa dirección sin pensar en otra cosa que en llegar pronto a un bohío donde poner en seguridad su carga. Bajo los árboles que bordean el sendero la noche se hace más negra. Está sólo, extraviado, en medio del campo, sin acertar a descubrir por ninguna parte el más leve fulgor de una esperanza.

¡Al fin! ¡Gracias, piadosa Virgen de las Mercedes! Una lucecita brilla a lo lejos jamás navegante alguno en noche procelosa viendo el faro salvador sintió el júbilo de Perico al contemplar aquella luz oscilante y tenue en las profundidades de la solitaria y tenebrosa campiña. La claridad que alcanza a ver sale de la puerta de un bohío. Sus fuerzas como que se duplican. Ya está a pocos pasos de la puerta. Con algunos gritos contiene el dueño de aquella morada a dos perros que ladran con insistencia queriendo lanzarse sobre el extraño bulto que avanza y que en la noche lóbrega, a la débil claridad que se escapa del bohío, tiene espantable semejanza con no sé qué animal fantástico.

Sin pronunciar ni una palabra, sin hacer ni una pregunta, reconcentrado y sombrío, Perico coloca con cuidado el cuerpo de Roque en mitad de la reducida salita, poniéndose seguidamente a examinarlo con vivísimo y creciente interés. Le desgarra la camisa llena de sangre y ve una ancha herida en el pecho. Palpa las sienes, toca las mejillas, estrecha las manos, brega por sentir el latido de aquel corazón generoso que tanto le había amado. En él habíase extinguido ya el ritmo de la vida. Desde la cabeza hasta los pies estaba frío, muy frío, con el frío espantoso de la muerte.

¡Muerto! ¡Muerto! ¡Han matado a Roque! Sus ojos se humedecen. Solloza. La bayoneta de un soldado español le había alcanzado en la refriega y había tenido la suficiente fuerza para

correr hacia donde estaba Perico y pedirle que no lo abandonara. ¡Muerto! ¡Muerto el camarada, el pariente, el compañero más querido de travesuras de la infancia y de calaveradas juveniles! Los moradores del bohío, un campesino todavía joven y fuerte, una mujer pálida y desgredada, una chicuela medio vestir y dos robustos muchachos, con excepción del primero acabados de salir de la cama al ruido armado por los perros a la llegada de Perico, forman alrededor del muerto un coro doliente y plañidero contagiados por el inmenso dolor de aquel hombre joven y vigoroso que no aparta los ojos del cuerpo que yace en el suelo.

Preguntas y respuestas se cruzan... El dueño, Manolo, no se había aún acostado al surgir Perico en la sombra como una aparición fantástica preocupado por los tiros que se oían del lado del pueblo. Fortuna grande fue para Perico encontrarlo levantado... Si no... Manolo opina que hay que hacer algo inmediatamente. Es casi seguro que al amanecer saldrán los españoles a explorar el campo y si llegan hasta allí y descubren que los rebeldes han estado en el rancho infaliblemente van todos sus moradores presos para el pueblo. Y sabe Dios en qué parará la cosa.

Perico baja la cabeza. Sólo pide le presten un caballo para ir a la Otra-Banda, cambiarlo por Lindo, tomar algún dinero y largarse sobre la marcha para la Línea donde seguramente se está batiendo el cobre. Y si no hasta Juana Méndez para preparar el desquite. «Pero, ¿y el muerto?», interroga Manolo. Sugiere que lo mejor, vista la gravedad de las circunstancias y lo apremiante del tiempo, sería enterrarlo provisionalmente, por allí cerca, hasta que las cosas permitan dar parte a su familia y ésta disponga trasladar el cuerpo al cementerio del pueblo. Perico, lloroso, se resigna. ¡La guerra! ¡Bien está! ¡Ojo por ojo, diente por diente! ¡Lo vengará!

El cuerpo de Roque, bien envuelto en una frazada, sostenido por Perico y Manolo, es sacado fuera de la casa, camino del monte. La mujer y los tres muchachos los siguen llevando

cada uno hachos de cuaba que les permiten con su oscilante luz orientarse con relativa facilidad y esquivar las asperezas del sendero que haciendo zizás se prolonga ante la fúnebre comitiva. Tiene no sé qué de impresionante y de trágico esa doliente procesión de gente rústica atravesando el campo en las altas horas de una oscurísima noche de febrero para cavar en un rincón de la maleza la solitaria tumba de aquel campesino ignorado que prometía largos años de existencia y que acababa, gloriosamente, de dar su vida por la patria. En un sitio en que el ramaje se espesa, a algunas varas de distancia de la vereda, el luctuoso cortejo se detiene.

Con sus machetes empiezan Perico y Manolo a cavar dificultosamente el hoyo en que va a dormir Roque el sueño de que jamás se despierta. Silencio, silencio por todas partes. Del seno de la noche brotan rumores indefinibles, ruidos misteriosos. Colocan en el fondo del hoyo el cuerpo de Roque y con los mismos machetes y con las manos empujan la tierra recién extraída hasta colmar la fosa. Y sobre ella colocan dos palos en forma de cruz. Perico fija con insistencia la mirada en la tumba y deja caer frase que es la única oración fúnebre de Roque: «Volveré pronto para vengarte». En el bohío le facilitan un caballo sin silla, monta al pelo y parte a escape.

En la augusta tranquilidad de la hora escúchase, cada vez más amortiguado, el galopar del corcel que lo lleva, al través de la noche tétrica, por la llanura silenciosa. En su alma dominicana en que vibra el anhelo de redimir la patria y de conquistar un renombre personal apacentado en el encendido ambiente de los combates, acaba de brotar pujante un nuevo sentimiento como flor intensamente purpúrea: la venganza, manjar predilecto de los dioses.

CUARTA PARTE

Camino del triunfo



<https://commons.wikimedia.org>

I

En el campamento de Quinigua. Tres de la tarde, de una tarde de fines de agosto en que el sol semejaba en un cielo riente y despejado un inmenso brasero esparciendo átomos ígneos sobre la campiña aletargada. Del suelo intensamente caldeado, de la atmósfera encendida, sale un calor como de horno. Los pájaros se adormecen en lo más intricado del ramaje. Los caballos se amodorrán en los reducidos espacios de sombra que proyectan los árboles de amplia y majestuosa copa. El césped parece como calcinado, como si sobre él hubieran pasado las lenguas de fuego de un incendio reciente.

En las chozas apresuradamente construidas con pencas de palma o con yaguas y esparcidas sin ninguna regularidad, aquí y allá, por el llano que no refresca la menor ráfaga de aire, bulle la gente del campamento, charlando, cocinando, apurando tragos, jugando, durmiendo en hamacas sobre el duro suelo. Barajas grasientas se deslizan en manos de jugadores empedernidos. Óyese el sonido de los dados al caer sobre la madera. Apuestas, risas, juramentos, palabras mal sonantes vibran en el espacio. En esos momentos se está operando una concentración de fuerzas para marchar sobre Santiago, último baluarte de los españoles. De momento se esperan contingentes de Guayubín, de Guayacanes, de la Peñuela.

En los alrededores se hacen requisiciones de caballos y de reses. A lo lejos suena un clarín anunciando el regreso de algunos generales que horas antes habían salido a practicar

un reconocimiento. Algunos de los que dormían se despiertan prestando atento oído a los rumores de la campaña. En la choza principal, en la más grande, en la que suelen reunirse los jefes, un grupo de oficiales, de pintoresca indumentaria, sin signo de ningún género que indique su graduación, comentan alrededor de una rústica mesa sobre la que hay una damajuana de ron y algunos vasos las múltiples peripecias de la reciente campaña. Un hombre montado en un soberbio bayo grita, desde afuera, pegado a la puerta: «¿Está aquí el general Gaspar?». Tórnanse las miradas hacia el que pregunta, y de todas las bocas surge este nombre: «¡El coronel Perico! No, no está aquí». Escúchase seguido el ruido del caballo que se aleja precipitadamente.

Y como si la fugaz aparición del coronel Perico hubiera contribuido a excitarlos, prosigue la charla con creciente animación. Muchos creen que mañana a más tardar se levantará el cantón para emprender el sitio de Santiago. Aquella campaña de diez o doce días ha sido felicísima para las armas restauradoras. Son muchos los hechos de armas ocurridos desde la salida de David, el 15 de agosto a medianoche de Cabrera, Santiago Rodríguez, Benito Monción y otros jefes a la cabeza de ochenta hombres, hasta ese momento en que se reúnen las últimas fuerzas de la Línea en el cantón general de Quinigua para emprender la marcha sobre Santiago, postrer refugio de los españoles en el Cibao.

Con fulmínea rapidez se han sucedido los acontecimientos. En Guayubín, asaltado por segunda vez, la reducida fuerza que la guarnece se defiende con heroísmo pereciendo casi toda entre las ruinas del pueblecito incendiado. Ante la amenaza de un ataque, aislados, sin ninguna probabilidad de socorro, los españoles que custodian el Fuerte de Beller se ven constreñidos a abandonarlo, y, pasando el Massacre, buscan su salvación en territorio haitiano. La guarnición de Monte Cristy, en total aislamiento, se rinde. Hungría, que está en Sabaneta, aislado también, abandona la población y con su habitual pericia y bazaría se abre paso hasta llegar a Santiago.

En Guayacanes el choque ha sido recio, porfiado, sangriento, rivalizando ambas partes en acciones heroicas. Perico Antúñez, comandante ya, que había hecho prodigios de valor en el combate, fue ascendido a coronel por su excelente comportamiento. Ya, en ataque de Guayubín, había recibido felicitaciones de los jefes por el acierto y el arrojo con que dirigía una guerrilla. Siempre se le vio en los puntos de mayor peligro, sereno, resuelto, apostando su gente donde pudiera inferir mucho daño y recibir el menos posible.

Perico Antúñez se ha convertido en el hombre de más confianza de los generales. En la guerra se encuentra en su verdadero elemento, como si en ella se hubiera educado. Activo, vigilante, siempre con la mano extendida, dándolo todo, lo estiman los jefes y lo quieren y respetan sus subordinados no obstante sus frecuentes rasgos autoritarios. Pero a su lado, eso sí hay que pelear rudo, de firme. En Guayacanes echó hacia adelante, a planazo limpio, a varios guapetones que le cogieron asco al nutrido fuego de los españoles. Verdad es que allí llovían las balas.

En el cantón de Quinigua, por designación expresa de Gaspar Polanco, tiene bajo su mando el puesto de más importancia: La extrema vanguardia, la principal avanzada situada convenientemente en una ceja de monte vigilando el camino real por donde cuando menos se piense puede aparecer una columna española. Pero con Perico no hay temor de sorpresa. Va muriendo la tarde y lentamente atenuándose el calor del día. Un riachuelo inmediato, reducido a verdadero hilo de agua por la sequía, pone como una nota de frescura en el ambiente tibio.

Por el camino real sólo transita una que otra mujer que lleva algo al cantón. En el cuerpo de guardia de Perico se charla y se juega como en el mismo campamento sin que por eso disminuya ni un ápice la vigilancia. El coronel mantiene una intrincada conversación con su segundo el capitán Donato Pérez, buen soldado que sólo tiene el defecto de enamorarse de

cuanta mujer le cae bajo los ojos así sea un palo de escoba vestido de faldas. Y la conversación recae, naturalmente, en el plato del día, en Buceta, en el terrible Buceta, que acaba de escapar como por milagro a la persecución más rabiosa y tenaz que haya sufrido hombre alguno.

—Se metió en un avispero —dice Perico—, y cuando vino a abrir los ojos estaba cercado por todos lados como una fiera. De Dajabón tiró a Guayubín, pero al saber que habíamos cogido el pueblo buscó un práctico, siguió por un lado del Yaque, y atravesando el río y tomando por caminos extraviados desechó a Guayubín entrando horas después en el camino real. En Doña Antonia nos topamos con él derrotándolo y siguiéndole sin darle un momento de tregua. En Guayacanes, cerca del cementerio, casi estuvo cogido. Llegó a ese punto destrozado, con poca gente de a caballo. A los de a pie les dijo que si querían escapar de la quema se metiesen al monte a lo que Dios dispusiese. En la casa de Juan Chaves se detuvo un momento para cambiar de caballo. Detrás de él, corre que corre, nosotros, aunque estábamos muertos de hambre y de cansancio.

»En el cementerio fue el gran topetón. Pimentel derribó de un machetazo a un oficial español que se le figuró era Buceta y Benito Monción mató de un tiro al peón que llevaba la carga. Pero el caballo del general no pudo seguir y el de Benito tropezó con un tocón y lo sacó de la silla. Un español que lo vio en el suelo le asestó un sablazo en la cabeza y allí lo hubiera rematado si Pimentel no acude en su ayuda derribando al soldado de un sólo golpe de su machete.

»Yo iba de los primeros acechando la ocasión de echarle mano al maldito. Seguro que me hacen general. Pero aprovechando el incidente, Buceta había ganado bastante delantera de modo que aunque seguimos a su alcance hasta Pontón allí desistimos de continuar persiguiéndolo, pues nuestros caballos se caían de puro cansados. ¡Se salvó el maldito! Pito Gómez, que servía de recuero a los españoles en la columna que estaba

en Navarrete, me ha contado que él vio cuando Buceta salió del monte y se presentó a sus compañeros. Estaba pálido, sin sombrero, en mangas de camisa, faltándole media pierna de pantalón. Parecía como atontado. Tomó unos sorbos de agua y comió un pedazo de pan, reponiéndose un poco. Dice Pito que daba lástima verlo. Hacía cuatro días que estaba perdido en el monte sin haber tomado en ese tiempo “otro alimento que una taza de leche, un plátano asado que le dieron en una casa, tres guayabas recogidas en el bosque y dos cañas que tomó en un conuco”,* ¡Ave María Purísima! Y que facha dice que tenía aquel blanco que trataba a los dominicanos como si fueran presidiarios. Casi no podía hablar. Y no por miedo, díganlo, porque más valiente que ese endiablado brigadier no lo pare mujer ninguna. ¡Lo que le esperaba! Bellaco y arbitrario como él sólo, pero como guapo no hay quien le tosa.

* *Diario de Campaña del brigadier Buceta. (Nota del autor).*

II

En marcha sobre Santiago. Las fuerzas reunidas en Quini-gua han levantado ya sus reales con el objeto de dar comienzo al sitio de la rica capital del Cibao. Alfau, Hungría y Buceta con ochocientos soldados, resto de los destacamentos de toda la provincia, alimentan la firme resolución de resistir a todo trance en Santiago el formidable empuje de las victoriosas huestes revolucionarias. En las últimas horas de la tarde del 30 de agosto la vanguardia de las fuerzas restauradoras principia a divisar como velados por sutilísima neblina las torres de las iglesias y parte del caserío de la ciudad que se destaca todavía sin verdadera precisión en el lejano confín del horizonte.

Perico Antúñez, jinete en Lindo que se encabrita a cada paso tascando con impaciencia el freno, tiene bajo su dirección la guerrilla de gente decidida y probada que abre la marcha de la columna insurrecta. Como para dar un momento de descanso a sus tropas a esperar órdenes hace tocar alto y reparte la guerrilla en sitios bien escogidos por si el enemigo saliera a atacarlo.

Detiene su caballo y clava tenazmente la vista en la lejanía, en el lugar del horizonte en que confusamente se diseñan los edificios de la ciudad en que había nacido, y que fulgía, como deslumbrante aparición, en la serenidad de aquella tarde apacible, pletórica de suaves y hermosos colores. Hacía seis meses, ¡cómo pasa el tiempo! pensaba Perico, que había salido de ella derrotado, fugitivo, con el doloroso recuerdo de la trágica

muerte de Roque sobre su alma, hacia lo desconocido, y ahora tornaba victorioso, con el grado de coronel honrosamente ganado con la punta de su machete, al frente de una tropa aguerrida dispuesta como él a quitar del Fuerte de San Luis la bandera española que allí flameaba en señal de señorío para poner en su lugar la dominicana, la que traían victoriosa desde la frontera, por la que tanto había luchado su padre, el viejo Juan. ¡Qué inmensa alegría la del comandante cuando lo viese así, triunfador, respetado, lleno de gloria, oyendo decir a los que le rodeaban: coronel por aquí, coronel por allá. Y llegaría a general, ya lo creo, y sería gobernador y sabe Dios si todavía algo más, porque tenía valor y ambición y sólo necesitaba que le soprase un poquito la suerte. ¿En qué lo superaban si no es en edad los cuatro o cinco generales que tenían en sus manos la madeja revolucionaria? Entre ellos había quien no sabía leer y escribir, y él sí leía de corrido y hasta escribía de cuando en vez cartitas de amores repletas de palabras melosas. Tomarían a Santiago. Claro está que la tomarían aunque para ello fuese necesario destruirla. Era su pueblo. Pero no había otro camino: libres o muertos.

Todo eso más o menos preciso y definido rumiaba Perico en su cerebro cuando un oficial enviado por el general Gaspar Polanco le comunicó que retrocediera para recibir órdenes en el sitio que se había designado para campamento provisional. Había que descansar bien esa noche, porque el nuevo día prometía ser rudo. Seguramente que muy temprano comenzaría el pleito. Y esos blanquitos eran duros de pelar; se batían como demonios. Se dejaban amachetear sin retroceder ni un paso. Desde la salida de Quinigua las fuerzas restauradoras se habían aumentado considerablemente. Numerosos contingentes aflúan de todas partes, pero mal armados, sólo una pequeña parte con fusiles más o menos viejos o averiados, y con escasa provisión de cartuchos. No faltaban trabucos y algunos portaban lanzas solamente. Pero la mayoría llevaba el correspondiente machete al cinto. El coronel Perico recibe instrucciones.

La guerrilla que manda tendrá a su cargo durante la noche el servicio de vigilancia del lado más próximo al pueblo. Transcurren las horas. Nueve de la noche. Las cornetas tocan silencio. Escúchanse únicamente el galopar de secciones de la caballería que van a cumplir un servicio de exploración, y los lejanos gritos de los centinelas que resuenan lúgubremente en la noche negra y silenciosa que arroja el dormido campamento.

Amanece. Las fuerzas restauradoras están ya desplegadas en línea de batalla en la Sabana. La línea española se extiende al frente cubriendo algunos puntos avanzados de la ciudad. El choque es vigoroso en el primer momento. Pero la caballería española, en un instante de pánico, encargada de proteger una pieza de artillería emplazada en la entrada más importante vuelve grupas decidiendo este movimiento inesperado el éxito del combate.

El sargento que sirve el cañón y que no quiere abandonarlo es amacheteado y la pieza cae en poder de los patriotas. *Finis*. Cuéntase que Buceta quiso fusilar al capitán Albert que mandaba la caballería, pero que desistió de ello por las insistentes súplicas de muchas personas connotadas. Mohíno y maltrecho vuelve Buceta al Fuerte de San Luis donde reconcentra toda la tropa, con excepción de un corto número de soldados que deja en el Castillo, importante posición estratégica. Las fuerzas restauradoras, como irresistible avenida, se esparcen por todas partes tocando casi las casas inmediatas a la fortaleza. Benito Monción ocupa la cárcel vieja y Polanco y Pimentel se acantonan en los Chachases. Desde la Otra-Banda, donde ya Perico con otros jefes había puesto a todo el mundo en movimiento, tirotean al fuerte sin descanso. Buceta y la guarnición española están en el centro de un círculo de fuego que se va paulatinamente estrechando.

III

Aislados, enteramente aislados. El embravecido oleaje revolucionario los rodea por completo. En el sombrío horizonte ni el más tenue resplandor de esperanza. Pero en los defensores de España allí acorralados late con permanente intensidad la fuerza espiritual que hizo que sus gloriosos antepasados, llenaran de refulgente gloria las páginas de su larga y resonante historia. El Fuerte de San Luis semeja algo así como un abrupto peñón que se alza en medio del inmenso océano expuesto de continuo a los furores de los vientos desencadenados y de las olas encrespadas y rugientes. Desde la cúspide en que la brisa agita el pabellón rojo y amarillo no se logra descubrir por entre el oleaje que lo circunda la blanca vela, visión anhelada, que acude en socorro de los náufragos refugiados en aquella solitaria roca perdida en la inmensidad de los mares.

En vano Buceta, con su característica tenacidad, hace esfuerzos de toda especie en mira de comunicarse con las autoridades españolas de la costa para darles cuenta de la crítica situación en que se encuentra aquel puñado de esforzados sostenedores de la causa de España. En un sólo día ha despachado cinco expresos ofreciendo a cada uno veinte onzas de oro si se presentan con la ansiada respuesta de los despachos que llevan ocultos en las suelas de los zapatos. Ni uno sólo de los enviados ha regresado a recoger la valiosa recompensa ofrecida. Incomunicados, completamente incomunicados.

Y la situación va haciéndose cada vez más insostenible. La loma del Castillo, excelente posición estratégica que domina el fuerte, ha sido asaltada y tomada por Pepillo Salcedo después de un reñido combate. En ella han emplazado los revolucionarios una pieza de artillería traída de Moca con la que hacen continuos disparos sobre el fuerte. Las guerrillas que comanda Luperón tienen en perpetua alarma la guarnición con su perenne tiroteo y sus continuos amagos de asalto. De la Otra-Banda, del cerro de Pedro Vera, son también incesantes los disparos. Fuego por todos lados. La situación, en ese momento parece alcanzar su punto máximo de gravedad. Sin embargo, los jefes españoles aguardan confiados un pronto socorro. Mientras tanto se defienden con viril entereza sin percatarse que de momento pueden ser aniquilados por una imprevista subida de la marejada que ruge a sus pies.

Combátense todos los días. Como en las luchas homéricas los combatientes se insultan recíprocamente. Llueven de parte y parte los denuestos. Las injurias zumban como si fueran proyectiles. Cuando no están peleando, de campo a campo se arrojan a la faz frases palpitantes de rencor, palabras groseras, expresiones mal sonantes. La gritería, en ciertos momentos, tiene tal fuerza de diapason que se escucha a la distancia dominando el ruido de los mismos disparos. Parece el alarido salvaje de dos formidables gigantes desafiándose desde dos enhiestas montañas.

Arriba, en el campo atrincherado de San Luis, en el fuerte circundado por líneas de fuego, cobijados por la bandera española que el viento mueve, bandera que simboliza la más alta herencia de bélica resonancia que haya podido conquistar pueblo alguno en el campo ensangrentado de la historia, impertérritos, resueltos y heroicos, están los descendientes de los arrojados conquistadores que en épocas de resonancia épica engarzaran con sus victoriosas espadas, como perla de riquísimo valor, esta tierra hermosa, la riente Española, en la refulgente corona de los poderosos monarcas ibéricos.

Abajo, en las improvisadas barricadas, en la ciudad tumultuosa, resonante de gritos de guerra, bajo la bandera dominicana ya ilustrada por hechos de alto timbre alcanzados en las titánicas lides mantenidas para consolidar la personalidad nacional de que es esa bandera el más alto y precioso símbolo, se irguen también, firmes y dispuestos a los más arduos empeños para recuperar la perdida autonomía, gentes procedentes de esos mismos conquistadores, que conservan en sus venas gotas de su misma generosa sangre, que mantienen, en parte, su herencia espiritual, que hablan la misma sonora y majestuosa lengua, y que, quieras o no, con mayor o menor intensidad, sustenten allá en lo más recóndito de sus almas la afinidad étnica que los une con indestructible lazo.

En esos días trágicos se está representando en Santiago una de las más culminantes escenas del drama, aún inconcluso, de la independencia de América. Todavía luchará Cuba, bravamente, por la completa realización de ese necesario y magnífico ideal. La grande e inmortal epopeya se cerrará al fin con las fulguraciones épicas de Máximo Gómez y de Antonio Maceo. Pero pasará la ola de sangre, pasará la explosión de los rencores suscitados por la lucha cruenta, pasará la tempestad de los odios, y sobre el sepulcro, ya bien cerrado, de todos esos rencores, de esas odiosidades, de esas venganzas que ya no tienen razón de ser desde ningún punto de vista, flotará en lo adelante como lábaro magnífico de común progreso, de paz perdurable y fecunda, de regeneración progresista, el magno y salvador ideal de la unión cada vez más estrecha de los pueblos de raza española ligados ya por tantos vínculos seculares de indestructible raigambre. Por encima de las revueltas olas del Atlántico nos estrecharemos las manos identificándonos en una comunidad de aspiraciones y de intereses capaz de vigorizar intensamente un sentimiento de positiva solidaridad espiritual refractario en todo tiempo al avance de los audaces argonautas modernos...

IV

¡Seis de septiembre! Día de terrible grandiosidad, día cuya intensa vibración trágica aún repercute en el alma viril de Santiago apacentada de continuo en los heroísmos fulgurantes. En el cuartel general de los restauradores se sabe ya de buena tinta que una fuerte columna española de las tres armas ha salido de Puerto Plata, bien provista de municiones, con el decidido propósito de obligar a las fuerzas revolucionarias a levantar el cerco del Fuerte de San Luis.

El general Gregorio de Lora, llamado por el general Gaspar Polanco, jefe superior de la revolución, ha venido para ponerse al frente de la columna preparada con el objeto de salir al encuentro de las tropas españolas que vienen a marchas forzadas en auxilio de los sitiados. Pero Lora, ya listo, recibe contra orden. Gaspar Polanco en consejo de generales, ha hecho triunfar su opinión de dar un supremo asalto a la fortaleza a fin de posesionarse de ella antes que hagan su aparición Cappa y Suero. Al rayar el día 6 empezó a notar Buceta desusado movimiento en los puestos avanzados de los rebeldes como si estuvieran ultimando los preparativos para dar una embestida decisiva. Con mucha inteligencia distribuye las fuerzas que cubren los parapetos de la fortaleza. Tienen encargo, debido a la escasez de municiones, de no romper el fuego hasta que el enemigo no empiece a subir los muros.

Avanza el día. Nueve de una mañana resplandeciente y cálida. Por las calles asoleadas vienen ya los restauradores con

terrible ímpetu, con espantosa gritería. Llegan tan cerca que casi ponen la mano en los parapetos. Truenan el cañón. El fuego de la fusilería es incesante. Como volcán en plena erupción vomitan las murallas chorros de metralla y granizadas de balas. Y la gritería no cesa: ronca, insistente, concitando a la pelea. Se combate casi a quema ropa. El general Lora cae con la pierna destrozada por una bala. Al general Luperón le matan el caballo. Nuevamente son rechazados los restauradores quienes no se amilanan por tales reveses. Pero circula en ese momento la noticia de que la columna española de auxilio está ya en Gurabito. «¡A encontrarla!», grita Gaspar Polanco y mueve apresuradamente el grueso de sus fuerzas en dirección a la Sabana para atrincherarse en los tres reductos que constituyen los únicos puntos defendibles por aquel lado de la población. Mientras tanto, sin desalentarse, corajudo, rabioso, dispuesto a todo, Luperón continúa amenazando el Fuerte de San Luis.

Cumpliendo una orden del general Polanco, el coronel Perico ha puesto fuego «a una casa situada en la parte arriba del fuerte para que las llamas y el humo perjudiquen a los españoles allí atrincherados». Estalla formidable el incendio. Favorecido por una fuerte brisa empieza a propagarse con rapidez espantosa. Las casas de por ese lado, en gran parte techadas de yaguas, son fáciles presas del voraz elemento. Pronto formarán todas ellas una inmensa hoguera. Como si fuera adrede la brisa sopla con más pujanza. Las llamas, gigantescas lenguas de fuego, se elevan a grande altura en determinados parajes. Una humareda densa y negra llena totalmente algunas calles. Y las llamas, macabro ejército de fuego a que nada resiste prosiguen su tarea destructora amenazando no dejar en pie ningún edificio. El calor es espantoso.

En el Fuerte de San Luis se incendia el hospital provisionalmente formado para los heridos. Las ropas de algunos soldados de servicio en los parapetos de la fortaleza más cercanos a la inmensa hoguera cogen fuego espontáneamente. Desde los muros escúchase distintamente el siniestro crepitar de las

casas que arden. Pero en el fuerte todos alientan la resolución de morir antes que rendirse. Hasta algunas mujeres allí asiladas, esposas o queridas de dominicanos que siguen la causa de España, dan muestras de decisión y varonil denuedo. A una de ellas, por repetidos rasgos de valor, en un momento de entusiasmo los soldados le colocan los galones de cabo. Afuera, monstruo insaciable, ruge el incendio pavoroso y trágico.

Las llamas cumplen a maravilla su tarea de desolación y de muerte. Ganan ya los barrios más ricos y poblados. ¡Arde Santiago! También ardieron Sagunto y Numancia en tiempos lejanos de inmortal resonancia histórica. También ardió Moscú como purificación suprema del alma rusa cuando el corso trágico profanó con su planta invasora el inviolable recinto de la ciudad sagrada. ¡Así arden y arderán los pueblos que saben poner sobre los efímeros intereses del momento los supremos intereses de la libertad, el derecho y la justicia! En algunos sitios el humo amontonado es tan espeso y negro que parece como que se está ya en plena noche. En ocasiones cuando un viento fuerte barre grandes porciones de la densa humareda, alcanzas a ver trechos de calles en que se mueven hombres armados vociferando, a pie y a caballo, que van y vienen, pálidas figuras surgidas de no sé qué cuadro de horrible desolación del infierno dantesco.

Mujeres y niños corren precipitadamente. Algunas llevan grandes líos de ropa en la cabeza. Uno que otro perro aúlla lúgubrementemente, fatídicamente. Mucha parte de esa gente marcha hacia abajo, hacia el río que impasible ante tanta desolación deja oír el acompasado y eterno susurro de sus ondas resbalando apaciblemente. Sobre todo ese abigarrado conjunto se cierne una claridad dudosa que imprime no sé qué aspectos fantásticos a las personas y a las cosas. Arde, arde la noble Santiago. La heroica ciudad se ha convertido en una inmensa pira que se alza a los cielos atestiguando su invariable decisión de independencia o muerte. ¡Arde Santiago, pero de sus escombros, de sus casas humeantes, de sus ruinas

gloriosas, purificada, potente y libre, surgirá nuevamente el alma de la patria!

Cappa y Suero entre tanto continúan su avance. Las primeras filas españolas aparecen ya en la Sabana. Desde antes de llegar a Quinigua habían comenzado a oír el continuado cañoneo indicador del terrible combate que se está riñendo en Santiago. Poco después, en la lejanía, divisan una ancha faja rojiza que ilumina siniestramente todo ese confín del horizonte. ¡Santiago ardiendo! Adelante. La jornada ha sido ruda. Al cruzar un desfiladero cuatro soldados han caído asfixiados por el intenso calor y la rapidez de la marcha. Han repelido insignificantes agresiones. Un estremecimiento recorre las filas de los batallones al cerciorarse, todavía desde lejos, de la espantosa magnitud del incendio. Adelante. La una de la tarde.

Al fin los restauradores esperan a pie firme a la columna española obsesionados de los reductos. Dios, Patria y Libertad. Cappa lanza sobre ellos sus batallones, con el machete en la mano, sobre un soberbio caballo, sereno, gallardo, sonriente, como si estuviera en una parada, irguiendo sobre la silla su atlético busto, un militar dominicano, de tez oscura, servidor leal de España por cuya causa morirá más tarde, avanza en primera línea, en el punto de mayor exposición, animando con su voz y con su ejemplo a las tropas que asaltan los reductos. Gándara, en su historia, lo llama el Cid de la Española. De cuando en cuando, en medio del fragor de la batalla, entre el horrible tumulto de la lucha alzándose sobre los estribos y levantando el machete, grita en voz que oyen perfectamente españoles y dominicanos: «¡Aquí va Juan Suero! ¡Aquí va Juan Suero!».

En vano Polanco y los demás jefes se multiplican haciendo inauditos esfuerzos para prolongar la resistencia. En vano Luperón, abandonando el ataque del fuerte, acude a reforzarlos con sus terribles guerrilleros. Los españoles lo arrollan todo. Uno tras otro caen en su poder los tres reductos. Las fuerzas restauradoras maltrechas, fatigadas, sin municiones, se pro-

nuncian en retirada, una parte en franca derrota, otra batiéndose denodadamente, defendiendo el terreno palmo a palmo. Un grupo numeroso es desalojado del cementerio donde intenta hacer un último esfuerzo. Santiago es otra vez española. Atronadores vivas a España y a la Reina resuenan en el Fuerte de San Luis, en las calles llenas todavía con la humareda del incendio. Son las tres de la tarde de aquel día terrible, de insuperable intensidad trágica.

V

En el cantón de la Otra-Banda. Mañana apacible de estío. Caprichosas nubecillas, albos y alados esquifes, cruzan el diáfano azul del firmamento. Desde hace rato se está oyendo un ligero tiroteo del lado de Mari-López. Alguna guerrilla exploradora del cantón del general Luperón sin duda. Después de la entrada de Cappa a Santiago y de la consiguiente retirada de los cantones, sólo el de la Otra-Banda había permanecido en su mismo sitio. Suero lo había atacado recientemente sin éxito.

En el centro del cantón, debajo de una amplia enramada de pencas de palma conversan con suma animación algunos oficiales. El coronel Perico, alma de aquel cantón, no da descanso a la lengua. Se comenta con encendidos colores, la crítica situación de los españoles en Santiago. Están nuevamente acorralados. Los cantones se han ido acercando progresivamente. La columna española que venía por Palo Quemado, hostilizada incesantemente, ha tenido que retroceder a Puerto Plata.

Están otra vez incomunicados. De nada les ha valido el triunfo de Cappa y de Suero. A la carrera están agotando sus depósitos de víveres. Tienen que rendirse. De un momento a otro se firmará la capitulación. El padre Charboneau, enviado por los españoles, ha estado dos veces en el cantón de Gurabito. Todo el mundo censura a Polanco y a Salcedo por estarse dejando embaucar por los españoles que sólo quieren irse sin entregar las armas. Nada. No tienen salvación. Que capitulen.

Y son cerca de tres mil. ¡Qué triunfo para las fuerzas restauradoras! Oficiales y soldados se expresan del mismo modo. La opinión es unánime en ese sentido.

Perico Antúnez no acepta solución que no sea la rendición de armas pura y simplemente. Dejarlos irse así con el aire como de vencedores sería malograr tantos esfuerzos y sacrificios. ¡Qué capitulen! Entra y sale excitado, nervioso, violento. No puede disimular la inquietud que se enseñoorea de su ánimo. ¡Cuántas, cuántas cosas han dejado honda huella en su espíritu en los dos años y medio transcurridos desde el día, en la misma Otra-Banda, en que dio a su acongojado padre la noticia estupenda de que en el Fuerte de San Luis habían quitado la bandera dominicana para poner la española! En ese tiempo se había hecho un jefe de nombradía, que tiene ya su séquito de aduladores. Muchos le siguen porque creen que hará pronto fortuna. Es valiente, arrojado, dadivoso, y no se para en pelillos de escrúpulos. En él hay, todavía casi en germen, los elementos principales que integran la psicología del caudillo férreo y absorbente que todavía florece en algunas de estas asendereadas repúblicas hispanoamericanas.

Lo que hay que hacer se hace sea lo que fuere, es su máxima favorita. El viejo Juan, a quien había visto ya varias veces, rebosa de júbilo contemplando a su hijo convertido en un jefe de tantas campanillas. Va ya creyendo que la bandera nacional, su bandera, flotará de nuevo en las almenas del Fuerte de San Luis. Maruca goza también viendo a su hermano sano y contento. Perico sigue requebrando a Suna, siempre apetitosa, viuda ya de Chago López, muerto hacía poco menos de un año. Suna al fin, parte por inclinación y parte por miedo a las fanfarronerías del coronel, cae en sus brazos. Tan infatuado se encuentra ya con su cacho de batuta que piensa que las mujeres deben acatar sumisamente sus deseos.

La ha hecho su querida. Porque lo que él decía al capitán Pérez... Cuando se está continuamente expuesto a que en el momento menos pensado una bala española deje a uno frío,

lo mejor es divertirse, sí señor, divertirse cuanto se pueda. ¿Verdad, capitán?

Las pisadas de un caballo lanzado a la carrera suenan cercanas. Coronel Perico. Coronel Perico. Corre adonde oye la voz. Un expreso que ha venido a revienta cinchas, le dice de parte del general Polanco que reúna volando la gente que pueda y corra a reunirse con él para perseguir a los españoles que se van. Se van. Se van.

—¿Y el cantón de Gurabo? —interroga ansioso el coronel Perico.

—El general ordenó que lo retirasen desde ayer. Los españoles lo tenían bajado.

—Maldita sea su... —Perico salta sobre su caballo y sin averiguar el número que lo sigue parte como un rayo desapareciendo presto detrás de un recodo del camino.

Y así era. Los españoles divididos en dos fuertes columnas marchaban ya fuera de la población camino de Puerto Plata sin haber sido hostilizados. Algunos curiosos que veían desfilar la tropa preguntaban a los soldados que «dónde era que iban a entregar las armas». Los interpelados sonreían ante tanta candidez. Luperón, montado en cólera, ha hecho traer una pieza de artillería y con ella marcha en alcance de la columna española. La persecución se organiza. Un poco más allá de Gurabito empiezan a sufrir los españoles ligeros tiroteos. Sus filas se prolongan por el ancho camino como flexible serpiente que va progresivamente desenroscándose. Más allá de Vanegas la retaguardia española se posesiona de una aspereza del terreno, excelente posición, para entretener la fuerza perseguidora mientras la vanguardia y el centro de la columna en retirada ganan el mayor terreno posible.

La tarde desciende de los cielos serena y majestuosa. Cerca susurra tenuemente un arroyuelo de cristalinas aguas. En el horizonte, en el confín occiduo, un ancho jirón de púrpura, pincelada gigantesca, sirve de regio lecho al sol que agoniza. En la naturaleza impera una paz inmensa, melancólica y solemne.

Perico a todo el correr de su caballo surge de improvisto en mitad del camino seguido de una tropa de infantería poco numerosa. Los españoles están cubiertos por la maleza, bien apostados. Perico descubre algunos, y, frenético, blandiendo el machete, se abalanza sobre ellos. Suena una descarga. Una bala certera mata el caballo de Perico. Pero al momento de desplomarse el noble animal, el coronel, con suma agilidad, se desembaraza de los estribos y se incorpora dando órdenes y remolineando fieramente el machete. «Arriba, a ellos», grita con voz estentórea. Otra descarga. Al lado de Perico caen dos o tres. Su gente se desconcierta. Perico, rabioso, la increpa. En ese momento una bala le atraviesa el pecho. Cae. Los españoles aprovechando ese instante de pánico prosiguen su retirada lanzando un estrepitoso, «¡Viva la Reina!».

Bajo la paz inmensa de la tarde que se extingue, el coronel Perico, herido mortalmente, en las ansias de la agonía, reúne en un supremo esfuerzo el resto de vida que le queda, medio se incorpora para ver a los españoles que se alejan, y envuelto en un chorro de sangre que mana de su boca lanza en el instante de expirar este grito supremo:

¡Viva la República!

Selección de cartas*

* Selección de cartas realizada por Franklin García-Godoy para la edición de la Trilogía Patriótica del año 1974. (*Nota de la edición*).

San Pedro de Macorís,
31 de octubre, 1911.

Señor don
Federico García Godoy,
La Vega.

Distinguido crítico y artista y apreciado amigo:

Vengo de *Alma dominicana*; y en ella tomo ocasión para agradecer el envío de sus buenas obras; unas consagradas a ecuánimes e interesantes estudios críticos, y otras inflamadas en noble espíritu nacional, y llamadas y elegidas para levantar el amor de la Patria como una antorcha fulgurante.

Esa doble labor, no solamente contribuye a aniquilar el antiguo decir de que en Literatura no se pueden conquistar dos diversas coronas, sino que ha servido por modo glorioso a que sus dos tendencias se justifiquen mutuamente.

Quien es capaz de llevar el sentimiento a la sublime altura a que ha remontado en el capítulo Los de los Tristes Destinos, de su anterior relato histórico, y le ha conducido épicamente a través de las páginas cálidas, vívidas, rápidas, tropicales de *Alma dominicana*, tiene ganado derecho pleno para que sus juicios sobre asuntos literarios sean muy de tener en cuenta. Ninguno tan indicado como un agitador de sentimientos —y sentimientos altos, puros y purificadores— para opinar en cosas que atañen al sentimiento, como lo son las de Arte Literaria; ya emerjan de los eternos afectos humanos, ya pasen y se filtren por el crisol del pensamiento.

Su condición de artista, de hombre capaz de expresar bella, correcta y comunicativamente sus sentires, es, sin duda ninguna, el apoyo más robusto de su profesión de crítico. Por ambas, ¡mis efusivos parabienes!

No he seguido, se lo digo con franqueza a Perico Antúnez en la bien graduada rapidez de *Alma dominicana*: he sido arrebatado en pos de la bandera, y, desalojada de San Luis, la he acompañado tenazmente alzada en Moca; alta y señora en Capotillo; homérica en el incendio de Santiago, y orgullosa y arrogante detrás de las tropas españolas, camino a Puerto Plata, que es a su turno excelente salida para ultramar. No, ciertamente: ¡no se desaloja con impunidad una bandera! ¡Y bandera como la nuestra, que ha conocido el territorio entero a fuerza de victorias!

Por la colección de sus obras, culminadas hoy en esa epopeya del pabellón nacional, me congratulo al congratularle; pues creo firmemente que todo acierto de un conciudadano es la gloria y el honor de todos.

Soy, como siempre lo he sido, su sincero admirador y agradecido servidor y amigo.

GASTÓN F. DELIGNE

Ateneo, n.º 24, Santo Domingo, diciembre de 1911.

Montevideo,
2 de enero de 1912.

Sr. don Federico García Godoy,
La Vega, Santo Domingo.

Mi distinguido amigo:

Su nuevo libro, *Alma dominicana*, llegó a mí junto con las vagas noticias que tenemos de las turbulencias políticas de que ha sido teatro la patria de Ud. el telégrafo, puesto al servicio de la prensa, suele no ser consecuente en sus informaciones, ni las ajusta siempre al interés que por su tema y procedencia merezcan; de suerte que nada sé de las ulterioridades de la conspiración que costó la vida al Presidente de la República. Pero como quiera que se hayan resuelto estas violencias, vayan en primer término mis votos por la paz y el buen orden institucional de ese noble pedazo de tierra americana.

Por cierto que tales ecos de discordia, harto semejantes a los que de otras partes de nuestra América nos vienen uno y otro día, sirvieron como de fondo que diese mayor resalte y prestigio de interés a la lectura de las atinadas consideraciones con que prologa Ud. su libro. Despliega Ud. a los vientos todo un programa literario, en el que, como idea fundamental, aparece la idea de nacionalidad, entendida de alta manera, y en el que se difunde su convicción de la necesidad de orientar el movimiento hispanoamericano en un sentido concordante con los caracteres y oportunidades del movimiento social y político de estos pueblos, de modo que la obra del escritor concorra, como una fuerza positiva, al gobierno de las ideas y las pasiones. Ninguna aspiración más generosa ni más justa.

Yo he participado siempre de ella; yo he pensado siempre que aunque la soberana independencia del arte y el valor substancial de la creación de la belleza son dogmas inmutables de

la religión artística, nada se opone a que el artista que, además, es ciudadano, es pensador, es hombre, infunda en su arte el espíritu de vida que fluye de las realidades del pensamiento y de la acción, no para que su arte haga de esclavo de otros fines, ni obre como instrumento de ellos, sino para que viva con ellos en autonómica hermandad, y con voluntaria y señorial contribución se asocie a la obra humana de la verdad y del bien. Aún consideradas estas cosas de un punto de vista puramente estético nadie podrá negar que el arte se privaría de cierta especie de belleza si renunciara a las inspiraciones y virtualidades que puede recoger en el campo de la agitación civil y de la controversia de ideas; cómo se privaría la propaganda ideal o cívica, de un medio insustituible para lograr ciertos efectos, si nunca el arte trajese en su auxilio el maravilloso poder y la única eficacia con que llega a lo hondo de los corazones y los enlaza en comunión de simpatía.

Las circunstancias históricas tienen en esto, como en todo, considerable parte. Épocas y pueblos hay en que la función social de la obra artística se impone con mayor imperio y encuentra más adecuado campo en las condiciones de la realidad. Entre esos pueblos y esas épocas incluyo yo a las naciones hispanoamericanas del presente tiempo. Su gran tarea es la de desenvolver su personalidad colectiva, el alma hispanoamericana, el genio propio que imprima sello enérgico y distinto a su sociabilidad y a su cultura. Para esta obra, un arte hondamente interesado en la realidad social, una literatura que acompañe, desde su alta esfera, el movimiento de la vida y de la acción, pueden ser las más eficaces energías.

Expresa Ud., con elocuente vehemencia, la inextinguible virtualidad de un sentimiento nacional en la tradición y en la conciencia de un pueblo, para resistir a las amenazas de absorción a que de aparentes facilidades la debilidad material; y en la exaltación constante de ese sentimiento por los medios propios del arte, que evoca a nueva vida el legendario ser del pasado y perpetúa el culto de los héroes, señala Ud.,

con acierto, un poderosísimo estímulo de aquella salvadora fuerza interior.

Por razones de situación geográfica, en la patria de Ud. adquiere doble oportunidad ese propósito, es más urgente e ineludible la obligación moral de ponerlo en obra; pero el legítimo alcance de él abarca toda la América que habla en la lengua del descubridor, toda la América nuestra, representada y querida como una magna patria indivisible, en la que es necesario avivar la conciencia de su propia unidad y el entendimiento y el amor de las tradiciones históricas donde esa unidad radica. Todo ello está enérgicamente sentido por Ud.

Y al cumplimiento de tan noble programa lleva Ud. ya consagrados vigorosos esfuerzos con su labor de crítico y propagandista, que tan merecido relieve ha dado a su personalidad, y que complementan, al mismo fin, trabajos de otro género, como el interesante cuadro histórico que ha tenido Ud. la benevolencia de enviarme y por el que reconozco, una vez más, cuántas son las semejanzas que mantiene entre estos pueblos hispano-americanos la identidad de su origen, la pertinaz e indomeñable identidad de su origen, a pesar de la distancia material y la dificultad de relaciones que apartan, por ejemplo, a los de ese Norte tropical de los de esa zona templada del Sur. Los caracteres más típicos se reproducen, sin esencial diferencia, en una y otra parte.

Que encuentre Ud. en el alma de su pueblo justa correspondencia a sus generosos propósitos; y créame siempre su afmo. amigo,

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

Panfília, 29 de febrero de 1924.

Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Vol. I *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1844-1846*. Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1944.
- Vol. II *Documentos para la historia de la República Dominicana*. Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. I, C. T., 1944.
- Vol. III *Samaná, pasado y porvenir*. E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1945.
- Vol. IV *Relaciones históricas de Santo Domingo*. Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, C. T., 1945.
- Vol. V *Documentos para la historia de la República Dominicana*. Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1947.
- Vol. VI *San Cristóbal de antaño*. E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1946.
- Vol. VII *Manuel Rodríguez Objío (poeta, restaurador, historiador, mártir)*. R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. VIII *Relaciones*. Manuel Rodríguez Objío. Introducción, títulos y notas por R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. IX *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1846-1850*. Vol. II. Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1947.
- Vol. X *Índice general del «Boletín» del 1938 al 1944*, C. T., 1949.
- Vol. XI *Historia de los aventureros, filibusteros y bucaneros de América*. Escrita en holandés por Alexander O. Exquemelin, traducida de una famosa edición francesa de La Sirene-París, 1920, por C. A. Rodríguez; introducción y bosquejo biográfico del traductor R. Lugo Lovatón, C. T., 1953.
- Vol. XII *Obras de Trujillo*. Introducción de R. Lugo Lovatón, C. T., 1956.
- Vol. XIII *Relaciones históricas de Santo Domingo*. Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1957.

- Vol. XIV *Cesión de Santo Domingo a Francia. Correspondencia de Godoy, García Roume, Hedouville, Louverture, Rigaud y otros. 1795-1802.* Edición de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.
- Vol. XV *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.
- Vol. XVI *Escritos dispersos. (Tomo I: 1896-1908).* José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVII *Escritos dispersos. (Tomo II: 1909-1916).* José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVIII *Escritos dispersos. (Tomo III: 1917-1922).* José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XIX *Máximo Gómez a cien años de su fallecimiento, 1905-2005.* Edición de E. Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XX *Lilí, el sanguinario machetero dominicano.* Juan Vicente Flores, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXI *Escritos selectos.* Manuel de Jesús de Peña y Reynoso. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Andrés Blanco Díaz (editor), Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXII *Obras escogidas 1. Artículos.* Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIII *Obras escogidas 2. Ensayos.* Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIV *Obras escogidas 3. Epistolario.* Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXV *La colonización de la frontera dominicana 1680-1796.* Manuel Vicente Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVI *Fabio Fiallo en La Bandera Libre.* Compilación de Rafael Darío Herrera, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVII *Expansión fundacional y crecimiento en el norte dominicano (1680-1795). El Cibao y la bahía de Samaná.* Manuel Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXVIII *Documentos inéditos de Fernando A. de Meriño.* Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXIX *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos.* Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXX *Iglesia, espacio y poder: Santo Domingo (1498-1521), experiencia fundacional del Nuevo Mundo.* Miguel D. Mena, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXI *Cedulario de la isla de Santo Domingo, Vol. I: 1492-1501.* Fray Vicente Rubio, O. P. Edición conjunta del Archivo General

- de la Nación y el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886. (Tomo I: Hechos sobresalientes en la provincia).* Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886. (Tomo II: Reorganización de la provincia post Restauración).* Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIV *Cartas del Cabildo de Santo Domingo en el siglo XVII.* Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXV *Memorias del Primer Encuentro Nacional de Archivos.* Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVI *Actas de los primeros congresos obreros dominicanos, 1920 y 1922.* Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894).* Tomo I, Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVIII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894).* Tomo II, Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIX *Una carta a Maritain.* Andrés Avelino. Traducción al castellano e introducción del P. Jesús Hernández, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XL *Manual de indización para archivos,* en coedición con el Archivo Nacional de la República de Cuba. Marisol Mesa, Elvira Corbelle Sanjurjo, Alba Gilda Dreke de Alfonso, Miriam Ruiz Meriño, Jorge Macle Cruz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLI *Apuntes históricos sobre Santo Domingo.* Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLII *Ensayos y apuntes diversos.* Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIII *La educación científica de la mujer.* Eugenio María de Hostos, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIV *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1530-1546).* Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLV *Américo Lugo en Patria. Selección.* Compilación de Rafael Darío Herrera, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVI *Años imborrables.* Rafael Alburquerque Zayas-Bazán, Santo Domingo, D. N., 2008.

- Vol. XLVII *Censos municipales del siglo XIX y otras estadísticas de población.* Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVIII *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel.* Tomo I. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLIX *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel.* Tomo II. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. L *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel.* Tomo III. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LI *Prosas polémicas 1. Primeros escritos, textos marginales, Yanquilinarias.* Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LII *Prosas polémicas 2. Textos educativos y Discursos.* Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIII *Prosas polémicas 3. Ensayos.* Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIV *Autoridad para educar. La historia de la escuela católica dominicana.* José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LV *Relatos de Rodrigo de Bastidas.* Antonio Sánchez Hernández, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVI *Textos reunidos 1. Escritos políticos iniciales.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVII *Textos reunidos 2. Ensayos.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVIII *Textos reunidos 3. Artículos y Controversia histórica.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIX *Textos reunidos 4. Cartas, Ministerios y misiones diplomáticas.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LX *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961).* Tomo I, José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXI *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961).* Tomo II, José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXII *Legislación archivística dominicana, 1847-2007.* Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2008.

- Vol. LXIII *Libro de bautismos de esclavos (1636-1670)*. Transcripción de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXIV *Los gavilleros (1904-1916)*. María Filomena González Canalda, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXV *El sur dominicano (1680-1795). Cambios sociales y transformaciones económicas*. Manuel Vicente Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVI *Cuadros históricos dominicanos*. César A. Herrera, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVII *Escritos 1. Cosas, cartas y... otras cosas*. Hipólito Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVIII *Escritos 2. Ensayos*. Hipólito Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXIX *Memorias, informes y noticias dominicanas*. H. Thomasset. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXX *Manual de procedimientos para el tratamiento documental*. Olga Pedierro, et. al., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXI *Escritos desde aquí y desde allá*. Juan Vicente Flores. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXII *De la calle a los estrados por justicia y libertad*. Ramón Antonio Veras (Negro), Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXIII *Escritos y apuntes históricos*. Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXIV *Almoína, un exiliado gallego contra la dictadura trujillista*. Salvador E. Morales Pérez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXV *Escritos. 1. Cartas insurgentes y otras misivas*. Mariano A. Cestero. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVI *Escritos. 2. Artículos y ensayos*. Mariano A. Cestero. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVII *Más que un eco de la opinión. 1. Ensayos, y memorias ministeriales*. Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVIII *Más que un eco de la opinión. 2. Escritos, 1879-1885*. Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXIX *Más que un eco de la opinión. 3. Escritos, 1886-1889*. Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXX *Más que un eco de la opinión. 4. Escritos, 1890-1897*. Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.

- Vol. LXXXI *Capitalismo y descampesinización en el Suroeste dominicano*. Angel Moreta, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIII *Perlas de la pluma de los Garrido*. Emigdio Osvaldo Garrido, Víctor Garrido y Edna Garrido de Boggs. Edición de Edgar Valenzuela, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIV *Gestión de riesgos para la prevención y mitigación de desastres en el patrimonio documental*. Sofía Borrego, Maritza Dorta, Ana Pérez, Maritza Mirabal, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXV *Obras*. Tomo I, Guido Despradel Batista. Compilación de Alfredo Rafael Hernández, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXVI *Obras*. Tomo II, Guido Despradel Batista. Compilación de Alfredo Rafael Hernández, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXVII *Historia de la Concepción de La Vega*. Guido Despradel Batista, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIX *Una pluma en el exilio. Los artículos publicados por Constancio Bernaldo de Quirós en República Dominicana*. Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XC *Ideas y doctrinas políticas contemporáneas*. Juan Isidro Jimenes Grullón, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCI *Metodología de la investigación histórica*. Hernán Venegas Delgado, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIII *Filosofía dominicana: pasado y presente*. Tomo I. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIV *Filosofía dominicana: pasado y presente*. Tomo II. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCV *Filosofía dominicana: pasado y presente*. Tomo III. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVI *Los Panfleteros de Santiago: torturas y desaparición*. Ramón Antonio, (Negro) Veras, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVII *Escritos reunidos. 1. Ensayos, 1887-1907*. Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVIII *Escritos reunidos. 2. Ensayos, 1908-1932*. Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIX *Escritos reunidos. 3. Artículos, 1888-1931*. Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. C *Escritos históricos*. Américo Lugo. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CI *Vindicaciones y apologías*. Bernardo Correa y Cidrón. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.

- Vol. CII *Historia, diplomática y archivística. Contribuciones dominicanas.* María Ugarte, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CIII *Escritos diversos.* Emiliano Tejera. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CIV *Tierra adentro.* José María Pichardo, segunda edición, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CV *Cuatro aspectos sobre la literatura de Juan Bosch.* Diógenes Valdez, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVI *Javier Malagón Barceló, el Derecho Indiano y su exilio en la República Dominicana.* Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVII *Cristóbal Colón y la construcción de un mundo nuevo. Estudios, 1983-2008.* Consuelo Varela. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVIII *República Dominicana. Identidad y herencias etnoculturales indígenas.* J. Jesús María Serna Moreno, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CIX *Escritos pedagógicos.* Malaquías Gil Arantegui. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CX *Cuentos y escritos de Vicenç Riera Llorca en La Nación.* Compilación de Natalia González, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXI *Jesús de Galíndez. Escritos desde Santo Domingo y artículos contra el régimen de Trujillo en el exterior.* Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXII *Ensayos y apuntes pedagógicos.* Gregorio B. Palacín Iglesias. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIII *El exilio republicano español en la sociedad dominicana* (Ponencias del Seminario Internacional, 4 y 5 de marzo de 2010). Reina C. Rosario Fernández (Coord.) Edición conjunta de la Academia Dominicana de la Historia, la Comisión Permanente de Efemérides Patrias y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIV *Pedro Henríquez Ureña. Historia cultural, historiografía y crítica literaria.* Odalís G. Pérez, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXV *Antología.* José Gabriel García, programade coedición del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVI *Paisaje y acento. Impresiones de un español en la República Dominicana.* José Forné Farreres. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVII *Historia e ideología. Mujeres dominicanas, 1880-1950.* Carmen Durán. Santo Domingo, D. N., 2010.

- Vol. CXVIII *Historia dominicana: desde los aborígenes hasta la Guerra de Abril*. Augusto Sención (Coord.), Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIX *Historia pendiente: Moca 2 de mayo de 1861*. Juan José Ayuso, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXX *Raíces de una hermandad*. Rafael Báez Pérez e Ysabel A. Paulino, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXI *Miches: historia y tradición*. Ceferino Moní Reyes, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXII *Problemas y tópicos técnicos y científicos*. Tomo I, Octavio A. Acevedo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXIII *Problemas y tópicos técnicos y científicos*. Tomo II, Octavio A. Acevedo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXIV *Apuntes de un normalista*. Eugenio María de Hostos. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXV *Recuerdos de la Revolución Moyista (Memoria, apuntes y documentos)*. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXVI *Años imborrables* (2^{da} ed.) Rafael Alburquerque Zayas-Bazán. Edición conjunta de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXVII *El Paladión: de la Ocupación Militar Norteamericana a la dictadura de Trujillo*. Tomo I. Compilación de Alejandro Paulino Ramos. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXVIII *El Paladión: de la Ocupación Militar Norteamericana a la dictadura de Trujillo*. Tomo II. Compilación de Alejandro Paulino Ramos. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXIX *Memorias del Segundo Encuentro Nacional de Archivos*. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXX *Relaciones cubano-dominicanas, su escenario hemisférico (1944-1948)*. Jorge Renato Ibarra Guitart, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXXI *Obras selectas*. Tomo I, Antonio Zaglul. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.

- Vol. CXXXII *Obras selectas*. Tomo II, Antonio Zaghlul. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIII *África y el Caribe: Destinos cruzados. Siglos XV-XIX*, Zakari Dramani-Issifou, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIV *Modernidad e ilustración en Santo Domingo*. Rafael Morla, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXV *La guerra silenciosa: Las luchas sociales en la ruralía dominicana*. Pedro L. San Miguel, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVI *AGN: bibiohemerografía archivística. Un aporte (1867-2011)*. Luis Alfonso Escolano Giménez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVII *La caña da para todo. Un estudio histórico-cuantitativo del desarrollo azucarero dominicano. (1500-1930)*. Arturo Martínez Moya, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVIII *El Ecuador en la Historia*. Jorge Núñez Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIX *La mediación extranjera en las guerras dominicanas de independencia, 1849-1856*. Wenceslao Vega B., Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXL *Max Henríquez Ureña. Las rutas de una vida intelectual*. Odalís G. Pérez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLI *Yo también acuso*. Carmita Landestoy, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLIII *Más escritos dispersos*. Tomo I, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLIV *Más escritos dispersos*. Tomo II, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLV *Más escritos dispersos*. Tomo III, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLVI *Manuel de Jesús de Peña y Reinoso: Dos patrias y un ideal*. Jorge Berenguer Cala, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLVII *Rebelión de los Capitanes: Viva el rey y muera el mal gobierno*. Roberto Cassá, edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLVIII *De esclavos a campesinos. Vida rural en Santo Domingo colonial*. Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLIX *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1547-1575)*. Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CL *Ramón –Van Elder– Espinal. Una vida intelectual comprometida*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2011.

- Vol. CLI *El alzamiento de Neiba: Los acontecimientos y los documentos (febrero de 1863)*. José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CLII *Meditaciones de cultura. Laberintos de la dominicanidad*. Carlos Andújar Persinal, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CLIII *El Ecuador en la Historia* (2^{da} ed.) Jorge Núñez Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLIV *Revoluciones y conflictos internacionales en el Caribe (1789-1854)*. José Luciano Franco, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLV *El Salvador: historia mínima*. Varios autores, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLVI *Didáctica de la geografía para profesores de Sociales*. Amparo Chantada, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLVII *La telaraña cubana de Trujillo*. Tomo I, Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLVIII *Cedulario de la isla de Santo Domingo, 1501-1509*. Vol. II, Fray Vicente Rubio, O. P., edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLIX *Tesoros ocultos del periódico El Cable*. Compilación de Edgar Valenzuela, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLX *Cuestiones políticas y sociales*. Dr. Santiago Ponce de León. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXI *La telaraña cubana de Trujillo*. Tomo II, Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXII *El incidente del trasatlántico Cuba. Una historia del exilio republicano español en la sociedad dominicana, 1938-1944*. Juan B. Alfonseca Giner de los Ríos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXIII *Historia de la caricatura dominicana*. Tomo I, José Mercader, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXIV *Valle Nuevo: El Parque Juan B. Pérez Rancier y su altiplano*. Constancio Cassá, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXV *Economía, agricultura y producción*. José Ramón Abad. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVI *Antología*. Eugenio Deschamps. Edición de Roberto Cassá, Betty Almonte y Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVII *Diccionario geográfico-histórico dominicano*. Temístocles A. Ravelo. Revisión, anotación y ensayo introductorio Marcos A. Morales, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVIII *Drama de Trujillo. Cronología comentada*. Alonso Rodríguez Demorizi. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.

- Vol. CLXIX *La dictadura de Trujillo: documentos (1930-1939)*. Tomo I, volumen 1. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXX *Drama de Trujillo. Nueva Canosa*. Alonso Rodríguez Demorizi. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXI *El Tratado de Ryswick y otros temas*. Julio Andrés Montolío. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXII *La dictadura de Trujillo: documentos (1930-1939)*. Tomo I, volumen 2. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXIII *La dictadura de Trujillo: documentos (1950-1961)*. Tomo III, volumen 5. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXIV *La dictadura de Trujillo: documentos (1950-1961)*. Tomo III, volumen 6. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXV *Cinco ensayos sobre el Caribe hispano en el siglo XIX: República Dominicana, Cuba y Puerto Rico 1861-1898*. Luis Álvarez-López, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVI *Correspondencia consular inglesa sobre la Anexión de Santo Domingo a España*. Roberto Marte, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVII *¿Por qué lucha el pueblo dominicano? Imperialismo y dictadura en América Latina*. Dato Pagán Perdomo, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVIII *Visión de Hostos sobre Duarte*. Eugenio María de Hostos. Compilación y edición de Miguel Collado, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXIX *Los campesinos del Cibao: Economía de mercado y transformación agraria en la República Dominicana, 1880-1960*. Pedro L. San Miguel, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXX *La dictadura de Trujillo: documentos (1940-1949)*. Tomo II, volumen 3. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXI *La dictadura de Trujillo: documentos (1940-1949)*. Tomo II, volumen 4. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXII *De súbditos a ciudadanos (siglos XVII-XIX): el proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo)*. Tomo I. Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXIII *La dictadura de Trujillo (1930-1961)*. Augusto Sención Villalona, San Salvador-Santo Domingo, 2012.

- Vol. CLXXXIV *Anexión-Restauración*. Parte 1. César A. Herrera. Edición conjunta entre el Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXV *Anexión-Restauración*. Parte 2. César A. Herrera. Edición conjunta entre el Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXVI *Historia de Cuba*. José Abreu Cardet y otros, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXVII *Libertad Igualdad: Protocolos notariales de José Troncoso y Antonio Abad Solano, 1822-1840*. María Filomena González Canalda, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXVIII *Biografías sumarias de los diputados de Santo Domingo en las Cortes españolas*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXIX *Financial Reform, Monetary Policy and Banking Crisis in Dominican Republic*. Ruddy Santana, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXC *Legislación archivística dominicana (1847-2012)*. Departamento de Sistema Nacional de Archivos e Inspectoría, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCI *La rivalidad internacional por la República Dominicana y el complejo proceso de su anexión a España (1858-1865)*. Luis Escolano Giménez, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCII *Escritos históricos de Carlos Larrazábal Blanco*. Tomo I. Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCIII *Guerra de liberación en el Caribe hispano (1863-1878)*. José Abreu Cardet y Luis Álvarez-López, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCIV *Historia del municipio de Cevicos*. Miguel Ángel Díaz Herrera, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCV *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen I, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCVI *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen II, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCVII *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen III, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCVIII *Literatura y arqueología a través de La mosca soldado de Marcio Velez Maggiolo*. Teresa Zaldívar Zaldívar, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCIX *El Dr. Alcides García Llubes y sus artículos publicados en 1965 en el periódico Patria*. Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CC *El cacoísmo burgués contra Salnave (1867-1870)*. Roger Gaillard, Santo Domingo, D. N., 2013.

- Vol. CCI «Sociología aldeada» y otros materiales de Manuel de Jesús Rodríguez Varona. Compilación de Angel Moreta, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCII *Álbum de un héroe. (A la augusta memoria de José Martí)*. 3^{ra} edición. Compilación de Federico Henríquez y Carvajal y edición de Diógenes Céspedes, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCIII *La Hacienda Fundación*. Guaroa Ubiñas Renville, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCIV *Pedro Mir en Cuba. De la amistad cubano-dominicana*. Rolando Álvarez Estévez, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCV *Correspondencia entre Ángel Morales y Sumner Welles*. Edición de Bernardo Vega, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCVI *Pedro Francisco Bonó: vida, obra y pensamiento crítico*. Julio Minaya, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCVII *Catálogo de la Biblioteca Aristides Incháustegui (BAI) en el Archivo General de la Nación*. Blanca Delgado Malagón, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCVIII *Personajes dominicanos*. Tomo I, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCIX *Personajes dominicanos*. Tomo II, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCX *Rebelión de los Capitanes: Viva el rey y muera el mal gobierno*. 2^{da} edición, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXI *Una experiencia de política monetaria*. Eduardo García Michel, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXII *Memorias del III Encuentro Nacional de Archivos*. Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXIII *El mito de los Padres de la Patria y Debate histórico*. Juan Isidro Jimenes Grullón. Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXIV *La República Dominicana [1888]. Territorio. Clima. Agricultura. Industria. Comercio. Inmigración y anuario estadístico*. Francisco Álvarez Leal. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXV *Los alzamientos de Guayubín, Sabaneta y Montecristi: Documentos*. José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Santo Domingo, D. N., 2014.

- Vol. CCXVI *Propuesta de una Corporación Azucarera Dominicana. Informe de Coverdale & Colpitts.* Estudio de Frank Báez Evertsz, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXVII *La familia de Máximo Gómez.* Fray Cipriano de Utrera, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXVIII *Historia de Santo Domingo. La dominación haitiana (1822-1844).* Vol. IX. Gustavo Adolfo Mejía-Ricart, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXIX *La expedición de Cayo Confites.* Humberto Vázquez García. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y la Editorial Oriente, de Santiago de Cuba, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXX *De súbditos a ciudadanos (siglos XVII-XIX): El proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo).* Tomo II, Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXII *Bromeando. Periodismo patriótico.* Eleuterio de León Berroa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXIII *Testimonios de un combatiente revolucionario.* José Daniel Ariza Cabral, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXIV *Crecimiento económico dominicano (1844-1950).* Arturo Martínez Moya, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXV *Máximo Gómez. Utopía y realidad de una República.* Yoel Cordoví Núñez. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y la Editora Historia, de La Habana, Cuba, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXVI *Juan Rodríguez y los comienzos de la ciudad de Nueva York.* Anthony Stevens-Acevedo, Tom Weterings y Leonor Álvarez Francés. Traducción de Ángel L. Estévez. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y el Instituto de Estudios Dominicanos de la Universidad de la Ciudad de Nueva York (CUNY DSI), Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXVII *Gestión documental. Herramientas para la organización de los archivos de oficinas.* Olga María Pedierro Valdés, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXVIII *Nueva historia mínima de América Latina. Biografía de un continente.* Sergio Guerra Vilaboy, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXIX *La olvidada expedición a Santo Domingo, 1959.* María Antonia Bofill Pérez, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXX *Recursos de Referencia de Fondos y Colecciones.* Departamento de Referencias, Santo Domingo, D. N., 2015.

- Vol. CCXXXI *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1575-1578)*. Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXII *Cuando amaban las tierras comuneras*. Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXIII *Memorias de un revolucionario*. Tomo I, Fidelio Despradel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXIV *Memorias de un revolucionario*. Tomo II, Fidelio Despradel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXV *Treinta intelectuales dominicanos escriben a Pedro Henríquez Ureña (1897-1933)*. Bernardo Vega, editor. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXVIII *África genitrix. Las migraciones primordiales, mitos y realidades*. Zakari Dramani-Issifou de Cewelxa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXIX *Manual de historia de Santo Domingo y otros temas históricos*. Carlos Larrazábal Blanco. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXL *De súbditos a ciudadanos (siglos XVII-XIX): El proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo)*. Tomo III, Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLI *Paso a la libertad*. Darío Meléndez, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLII *La gran indignación: Santiago de los Caballeros, 24 de febrero de 1863 (documentos y análisis)*. José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLIII *Antología*. Carlos Larrazábal Blanco. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLIV *Cosas añejas. Tradiciones y episodios de Santo Domingo*. César Nicolás Penson. Prólogo y notas de Rita Tejada, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLV *El Código Rural de Haití de 1826*. Edición bilingüe español-francés. Traducción al español y notas de Francisco Bernardo Regino Espinal, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLVI *Documentos para la historia colonial de la República Dominicana*. Compilación e introducción de Gerardo Cabrera Prieto, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLVII *Análisis del Diario de Colón. Guanani y Mayaguaín, las primeras isletas descubiertas en el Nuevo Mundo*. Ramón J. Didiez Burgos, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLVIII *Por la verdad histórica (VAD en la revista ¡Ahora!)*. Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2015.

- Vol. CCXLIX *Antología de cartas de Ulises Heureaux* (Lilís). Cyrus Veaser. Colección Presidentes Dominicanos, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCL *Las mentiras de la sangre*. Lorenzo Sención Silverio. Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLI *La Era*. Eliades Acosta Matos. Edición conjunta de la Fundación García Arévalo y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLII *Santuarios de tres Vírgenes en Santo Domingo*. Fray Cipriano de Utrera. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLIII *Documentos del Gobierno de Carlos F. Morales Languasco 1903-1906*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLIV *Obras escogidas. Ensayos I*. Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLV *Los comandos*. Bonaparte Gautreaux Piñeyro, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLVI *Cuarto Frente Simón Bolívar. Grupos rebeldes y columnas invasoras. Testimonio*. Delio Gómez Ochoa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLVII *Obras escogidas. Cátedras de Historia Social, Económica y Política*. Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLVIII *Ensayos, artículos y crónicas*. Francisco Muñoz del Monte. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLIX *Cartas, discursos y poesías*. Francisco Muñoz del Monte. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLX *La inmigración española en República Dominicana*. Juan Manuel Romero Valiente, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLXI *En busca de la ciudadanía: los movimientos sociales y la democratización en la República Dominicana*. Emelio Betances, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLXII *Obras completas. Compendio de la historia de Santo Domingo*. Volumen 1, tomos I y II. José Gabriel García, programa de coedición del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXIII *Obras completas. Compendio de la historia de Santo Domingo*. Volumen 2, tomos III y IV. José Gabriel García, programa de coedición del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXIV *Ni mártir ni heroína; una mujer decidida. Memorias*. Brunilda Amaral, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXV *Zarpas y verdugos*. Rafael E. Sanabía, Santo Domingo, D. N., 2016.

- Vol. CCLXVI *Memorias y testamento de un ecologista*. Antonio Thomen, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXVII *Obras escogidas. Ensayos 2*. Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXVIII *Cien años de feminismos dominicanos. Una colección de documentos y escrituras clave en la formación y evolución del pensamiento y el movimiento feminista en la República Dominicana, 1865-1965. Tomo I. El fuego tras las ruinas, 1865-1931*. Ginetta E. B. Candelario y April J. Mayes (compiladoras), Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXIX *Cien años de feminismos dominicanos. Una colección de documentos y escrituras clave en la formación y evolución del pensamiento y el movimiento feminista en la República Dominicana, 1865-1965. Tomo II. Las siempre fervientes devotas 1931-1965*. Ginetta E. B. Candelario, Elizabeth S. Manley y April J. Mayes (compiladoras), Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXX *La conspiración trujillista. Una fascinante historia*. Andrés Zaldívar Diéguez y Pedro Etcheverry Vázquez, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXI *Memorias del IV Encuentro Nacional de Archivos. Archivos regionales: derechos, memoria e identidad (Santo Domingo, 19, 20 y 21 de febrero de 2014)*. Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXII *The Events of 1965 in the Dominican Republic (documents from the British National Archives)*. Edición facsimilar. Presentada al Archivo General de la Nación por el embajador Steven Fisher, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXIII *Obras casi completas. Tomo 1. Recuerdos, opiniones e impresiones*. Federico García Godoy. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXIV *Obras casi completas. Tomo 2. Cartas*. Federico García Godoy. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXV *La Vega en la historia dominicana. Tomo I*. Alfredo Rafael Hernán-dez Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXVI *La Vega en la historia dominicana. Tomo II*. Alfredo Rafael Hernán-dez Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXVII *Archivo General de la Nación. Ayer y hoy*. Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXVIII *Antes y después del 27 de Febrero*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2016.

- Vol. CCLXXIX *Las columnas de bronce. Biografía de los hermanos Eusebio, Gabino y José Joaquín Puello*. Franz Miniño Marión-Landais, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXX *Bibliografía afrodominico-haitiana 1763-2015*. Carlos Esteban Deive, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXI *Notas sobre Haití*. Charles Mackenzie, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXII *Crisis de la dominación oligárquico-burguesa (1961-1966)*. Álvaro A. Caamaño y Ramón E. Paniagua Herrera. Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCLXXXIII *Balaguer y yo: la historia*. Tomo I, Víctor Gómez Bergés, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXIV *Balaguer y yo: la historia*. Tomo II, Víctor Gómez Bergés, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXV *Páginas dominicanas de historia contemporánea*. Antonio Hoepelman, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXVI *Relatos biográficos de Francisco Alberto Henríquez Vásquez*. Investigación de Pastor de la Rosa Ventura, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCLXXXVII *El modelo anticaudillista y desarrollista del presidente Ramón Cáceres (1906-1911)*. José L. Vásquez Romero, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXVIII *La Barranquita. Hablan los patriotas y la traición*. Manuel Rodríguez Bonilla, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXIX *ENCUENTROS. En la República Dominicana*. Miguel Sarró, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXC *Minería dominicana. Desarrollo irracional*. Teóduo Antonio Mercedes, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCI *Antes y después del 27 de Febrero*. Segunda edición, Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCII *Los dominicanos*. Ángela Peña, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCIII *Obras completas. Guerra de la separación dominicana. Partes de la guerra dominico-haitiana...*, Volumen 3. José Gabriel García, programa de coedición del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCIV *Obras completas. Compendio de la historia de Santo Domingo arreglado para el uso de las escuelas de la República Dominicana. 1867*. Volumen 4, tomos I y II. José Gabriel García, programa de coedición del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2016.

- Vol. CCXCV *El proceso restaurador visto desde Cuba. Su impacto político y en la Guerra de Independencia cubana (1868-1878)*. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCVI *La Era II*. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCVII *Cronología: Revolución de Abril de 1965. Del 24 de abril al 25 de mayo*. Tomo I, Gerardo Sepúlveda, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCXCVIII *Historia de Santo Domingo. La separación (1844)*. Vol. X. Gustavo Adolfo Mejía-Ricart, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCIX *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1578-1587)*. Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCC *Voces de la Revolución de Abril. Testimonios*. Departamento de Investigación y Divulgación, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCCI *Horacio Vásquez. Mensajes y memorias*. Tomo I. Compilación de Ricardo Hernández, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCII *Los intelectuales y la intervención militar norteamericana, 1916-1924*. Compilación de Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCIII *Obras casi completas. Tomo 3. Notas críticas*. Federico García Godoy. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCIV *Obras casi completas. Tomo 4. En la hora trágica y Días sin sol*. Federico García Godoy. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCV *Descripción topográfica, física, civil, política e histórica de la Parte Francesa de la isla de Santo Domingo*. Tomo I, M. L. E. Moreau de Saint-Méry. Traducción de Victoria Flórez-Estrada Ponce de León, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCVI *Descripción topográfica, física, civil, política e histórica de la Parte Francesa de la isla de Santo Domingo*. Tomo II, M. L. E. Moreau de Saint-Méry. Traducción de Victoria Flórez-Estrada Ponce de León, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCVII *Introducción al estudio de la historia de la cultura dominicana*. Ciriaco Landolfi, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCVIII *Los silencios de Juan Pablo Duarte. Luces y sombras de un hombre excepcional*. Francisco M. de las Heras y Borrero, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCIX *El gran olvidado*. Rafael Andrés Brenes Pérez. Compilación de Mario Emilio Sánchez Córdova y Margarita Piñeyro de Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2017.

- Vol. CCCX *La Comisión Nacionalista y la ocupación americana de 1916.* Compilación de Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXI *VI Conferencia Interamericana de Costa Rica, 1960 (sanciones contra la República Dominicana). Intervenciones de la Comisión Interamericana de Paz, 1948-1962.* José Antonio Martínez Rojas, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXII *El cementerio de la avenida Independencia: Memoria urbana, identidad caribeña y modernidad.* Amparo Chantada, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXIII *De súbditos a ciudadanos, siglos XVII-XIX (El proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo), tomo IV.* Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXIV *Bibliotecas privadas y vida cotidiana en la colonia de Santo Domingo.* Carlos Esteban Deive, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXV *Historiografía y literatura de Salcedo, 1865-1965.* Emelda Ramos, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXVI *Nacionalismo y resistencia contra la ocupación americana de 1916.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXVII *Mis dos Eugenio.* Giannella Perdomo, Santo Domingo, D.N., 2018.
- Vol. CCCXVIII *Palabra, canto y testimonio.* Fernando Casado, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXIX *Crímenes del imperialismo norteamericano.* Horacio Blanco Fombona, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXX *Obras completas. Memorias para la historia de Quisqueya. Rasgos biográficos de dominicanos célebres. Diccionario geográfico-histórico. Volumen 5.* José Gabriel García, programa de coedición del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXXI *Obras completas. Epistolario I. Volumen 6.* José Gabriel García, programa de coedición del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXXII *El pasado como historia. La nación dominicana y su representación histórica.* Roberto Marte, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXXIII *Normas editoriales Archivo General de la Nación.* Departamento de Investigación, área de Publicaciones, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXXIV *Tras los pasos de Balaguer. Desde los aprestos para la Vicepresidencia hasta las elecciones de 1966.* Pedro Carreras Aguilera, Santo Domingo, D. N., 2017.

- Vol. CCCXXV *Un leviatán tropical: las redes clientelares de Trujillo en América Latina y el Caribe*. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXXVI *Vida social y cultural de La Vega en la primera mitad del siglo xx. Según el periódico El Progreso*, tomo I. Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXXVII *Vida social y cultural de La Vega en la primera mitad del siglo xx. Según el periódico El Progreso*, tomo II. Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXXVIII *Brevísima selección sobre las ideas políticas en los escritos de Francisco Antonio Avelino*, Francisco Antonio Avelino, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXXIX *Redes del Imperio*, Laura Náter, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXXX *La telaraña cubana de Trujillo*. Tomo I, segunda edición, Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXXXI *La telaraña cubana de Trujillo*. Tomo II, segunda edición, Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXXXII *Sin escudo ni armadura*. Orlando Gil, Santo Domingo, D. N., 2018.

COLECCIÓN JUVENIL

- Vol. I *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos*. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. II *Heroínas nacionales*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. III *Vida y obra de Ercilia Pepín*. Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. IV *Dictadores dominicanos del siglo XIX*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. V *Padres de la Patria*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. VI *Pensadores criollos*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. VII *Héroes restauradores*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. VIII *Dominicanos de pensamiento liberal: Espaillet, Bonó, Deschamps (siglo XIX)*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. IX *El montero*. Pedro Francisco Bonó, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. X *Rufinito*. Federico García Godoy, Santo Domingo, D. N., 2017.

COLECCIÓN CUADERNOS POPULARES

- Vol. 1 *La Ideología revolucionaria de Juan Pablo Duarte*. Juan Isidro Jimenes Grullón, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. 2 *Mujeres de la Independencia*. Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. 3 *Voces de bohío. Vocabulario de la cultura taína*. Rafael García Bidó, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. 4 *La ocupación de la República Dominicana por los Estados Unidos y el derecho de las pequeñas nacionalidad de América*. Emilio Roig de Leuchsenring, Santo Domingo, D. N., 2017.

COLECCIÓN REFERENCIAS

- Vol. 1 *Archivo General de la Nación. Guía breve*. Ana Félix Lafontaine y Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. 2 *Guía de los fondos del Archivo General de la Nación*. Departamentos de Descripción y Referencias, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. 3 *Directorio básico de archivos dominicanos*. Departamento de Sistema Nacional de Archivos, Santo Domingo, D. N., 2012.

Alma dominicana, de Federico García Godoy
se terminó de imprimir en los talleres gráficos
de Editora Búho, S.R.L.,
en el mes de septiembre de 2018 y
consta de 1,000 ejemplares.

